

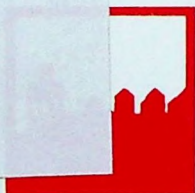
José María Muñoz Quirós

EN ÁVILA MIS OJOS



e Alba

2



DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ÁVILA
INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA

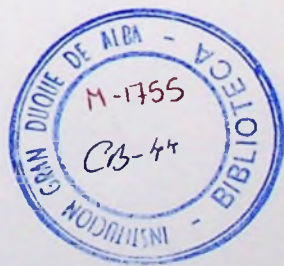
Serie Minor

 Institución Gran Duque de Alba

Portada e ilustraciones:

Fernando Sánchez

 Institución Gran Duque de Alba



 Institución Gran Duque de Alba



José María Muñoz Quirós

EN ÁVILA MIS OJOS



Institución «Gran Duque de Alba»
DE LA
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

Dibujos: Fernando Sánchez

I.S.B.N.: 84-89518-65-3

Dep. Legal: AV-186-2000

Imprime: Imprenta C. de Diario de Ávila, S.A.
(IMCODÁVILA, S.A.)

Ctra. a Valladolid, km 0'800
05004 Ávila

A todos mis amigos y amigas abulenses, con mi gratitud por su compañía en tantos años de amistad



Institución Gran Duque de Alba

En este libro se reúnen casi cien artículos, todos ellos publicados en "El Diario de Ávila", en la última página, pertenecientes a la sección que yo titulé "El Cuaderno de notas" y que se inició el día 4 de mayo de 1990 con el artículo "Primera anotación", finalizando el 17 de marzo de 1991 con el titulado "D. Baldomero". Se publicaron un total de 251, de manera diaria y correlativa.

Cuando diez años después ve la luz, en forma de libro, una nutrida selección de ellos, los reproduzco tal y como salieron en el periódico, salvo erratas de impresión que ahora corrijo, pero he querido que mantuvieran la misma frescura imperfecta que tuvieron en el momento en que los escribí.

Aparece el libro acompañado de los bellos dibujos de Fernando Sánchez, y en portada un fragmento del cuadro también del pintor y que, por cortesía de Isabelo Álvarez, reproducimos aquí.

El Autor



Institución Gran Duque de Alba

PERSONAS



EL OBISPO BLANCO

La ermita en la orilla del débil río, a la sombra de una arboleda hoy sacrificada, guarda, en su románico talle diminuto, dorado y bello, todo el sabor del recogimiento y de la intimidad.

En su interior, donde la luz se tamiza en una atmósfera que nos traslada a otros tiempos, encontramos la estatua orante y señera del obispo San Segundo.

El misterio aumenta al traspasar el umbral y, en el místico secular silencio, nos sobrecoge y nos contagia tanta paz, tanto tiempo acumulado, tanto bisbiseo de rosario y oración que aún perdura entre los muros fuertes de la ermita.

Las líneas de la estatua orante, recogidas en pliegues, en una austera esbeltez, se espiritualiza en el gesto y el ceño, dulcificados por un mágico e inadvertido sorbo de santidad, beatífico y mudo, trasladado a otros detalles; y toda ella, como tocada por un vuelo mortecino y oculto, se eleva en su serenidad y casi se escucha un murmullo de sus labios, un leve murmullo que si acercas la cara, puedes alentar todavía.

El obispo blanco, marfileño y pálido, conoce los ocultos secretos y deseos de todos los peregrinos que acuden, cada año, el día dos de Mayo, a la ermita, y arrodillados, con su pañuelo envuelto en la mano, la introducen en la oquedad de su peana, a los pies del enmudecido obispo de alabastro, y en tanta frialdad, rezan y piden, suplican y confían sus corazones a San Segundo. Sería hermoso conocer la historia peculiar y oculta de tantos peregrinos, que en definitiva, sería la historia de una ciudad y unas vidas, no como insalvable curiosidad, sino como parte activa de la memoria más auténtica, la desnudez de los anhelos en

su más firme verdad, en la verdad que surge de lo más hondo de una credulidad y una esperanza.

Y de la ermita a los pies del Adaja y frente a la inmutable muralla, San Segundo se trasladó hasta la catedral, en medio de grandes festejos, antaño, a la capilla adosada al ábside, y fue solemne y popular, como han de ser los grandes acontecimientos (y éste lo fue), y hubo todo tipo de celebraciones, y el pueblo vivió con entusiasmo el traslado de los restos del obispo hasta la capilla levantada en su honor y su nombre. El mismo Lope de Vega participó en los actos conmemorativos a los que acudieron grandes escritores de la época.

Este obispo blanco y marfileño pertenece a la tradición más añeja de Ávila, y su festividad (a pesar de los cambios y contratiempos que ha sufrido a lo largo de los años) ha sido una fecha entrañable y esperada, hoy cada vez más popular, donde acuden hasta las inmediaciones del río, a la iglesia románica que esconde la palidez arrodillada del obispo, muchos abulenses que desean perpetuar la fiesta y la alegría.

La presencia, en las costumbres y los ritos de nuestra ciudad, ha hecho permanecer la memoria de este obispo festejado y convertido en singular personaje de nuestra historia, tanto que el dramaturgo genial Lope de Vega, en el periplo religioso de su azarosa vida, llegó a ser capellán, efímero y poco cumplidor, de la capilla de San Segundo, en la catedral de Ávila, y tan digno capellán, vividor y genio de la escritura y el verso, une su nombre al de San Segundo y Ávila, une una etapa de su existir al deseo de conseguir la capellanía que al final consiguiera.

El obispo blanco y melancólico continúa arrodillado, en perpetuo y eterno orar, en la ermita dorada, en los arrabales de Ávila, frente a las aguas del Molino de la Losa, casi escondida y tímida, pero entrañable y firme, con la firmeza de sus pequeños ábsides románicos, con la firmeza de su ayer y su leyenda misteriosa, de su historia y su soledad centenaria, abrazando en su interior la callada serenidad de un obispo en lo oscuro.

M. DEL VALLE

La claridad es un don: si ves el mundo a través de sus destellos, estiaje de luz, estivales ritmos, fresca lozanía, como sobrellevar el perfume en una imagen, reconducir el misterio hasta una sola plenitud donde el color perdura, aletargado, y se deja amansar por unas manos que se han perdido en la lenta manera de tocar cada cosa.

Lo que permanece es el aroma, algo insalvable, inmaterial también, y en lo tangible, en esa fruta que se perturba y se acaricia con la vista, lo recóndito es la lenta realidad de no querer amanecer, de no poder ser más que en su propia esencia, y no hay más verdad porque las veladuras del silencio no las conocen, ni el vendaval de sensaciones puede apeteecer más cordura.

Se necesita sólo saber volver al punto donde comienza la inocencia, allí donde se principia la visión de una flor y un paisaje, un mantel o un cristal que se deja notar en su ilegible transparencia, en su vana y desnuda certeza. Se necesita tan sólo saber pasar por las orillas de una impresión sentida en el exacto instante de lo mínimo, donde nada se parece a lo ya conocido, y con esas nostalgias, construir un instante para habitarle solo.

Y mientras tanto, la claridad, la realidad propuesta, la ensoñación oculta, el lirismo que se desprende de una manera de contar, de percibir el mensaje traspuesto al lienzo, la comunicación que es en definitiva, lo que los ojos buscan y no aciertan a saber mirar con otros medios, la intuición que acelera la perceptible poética que se nos da en cada parcela de esta misma historia, de tantas variaciones para un mismo tema, como en

sinfonía que vuelve a su núcleo para, con más ahínco, alargar la melodía a registros no sospechados.

Y sigue siendo un don la fruta y la naturaleza, no muerta, activa y en su esplendor, situada en el momento de la contemplación, donde es expectante siempre el objeto y su entorno, la vitalidad que allí adquiere en su contexto de irrealidad, fuera de tópicos y manierismos, sólo esbozada la fragancia, la materia narrada, el instante buscado, formando así un pequeño cosmos que habitamos en complicidad curiosa desde afuera.

Entrar hasta esos universos minúsculos es todo un ejercicio de placidez y de íntimo regocijo; entrar hasta el centro de la sugestión puede costarnos un esfuerzo desusado, porque ocurre igual que al leer unos versos que en su primer acercamiento creemos haber comprendido todo su mensaje y, sin saberlo, hemos olvidado la verdadera sensación de sus palabras que estaban, como ahora, en el solo placer de pronunciarlas.

OTRO PLATERO

Aún transita por las calles, a paso lento, como perdido y asustado por el ruido, sin mirar más que el suelo en trotecillo limpio y sumiso, burro de carga, otro Platero envejecido, menos blanco y sedoso, menos peludo ya, y no de algodón, ni tan suave que no tiene huesos, porque este mostrenco burrillo pardo casi sólo esqueleto, no tiene a Juan Ramón para mimarle y dialogar con palabra preciosa, ni pasearle por el campo, fuera de las últimas callejas de la ciudad, entre verdes y malvas, entre amarillos campos, sino más bien, este burro que no es como Platero porque no es blanco ni parece todo de algodón, está destinado a sobrellevar, en sus carnes menguadas, los pesos y las cargas de su amo, que no es Juan Ramón, ni le habla al oído, casi amorosamente, ni le cuenta las tristezas hondísimas ni las pesadumbres inocentes, está destinado, tan sólo, no a pasear por Moguer, a deslumbrarse por las blancas casas al sol de Andalucía, sino más bien, a sufrir las malezas y los cantos que han empedrado nuestras calles, a dormitar en una cuadra vieja y muy oscura, a salir a los caminos, todavía, buscando restos entre la cochambre, no como Platero que tenía los ojos de azabache y sabía los deseos ocultos de su dueño, y habitaba sus intimidades y sus anhelos, este burro triste que deambula es parte de un paisaje que se pierde, como hace años, cuando las mulas cargaban los cántaros de leche, o los botijos, y se paseaban por la ciudad acompañados por sus dueños, y caminaban sobresaltados por las moscas que pululaban por sus hocicos y revoloteaban por la cabezota, acompañando su lentitud, mientras movían sus rabos jugueteros, espantando y coqueteando con el viento.

Pero este burro de hoy, que miro en la extrañeza de una ciudad de coches y de ruidos, solitario y raro, casi una novedad desconocida por las fachadas de ladrillo, por las aceras de cemento, por el asfalto y el humo, no es como Platero, ni como aquellos otros que poblaban las ciudades antaño, este burro tristón, irreconocible, como un desconocido habitante de remotos momentos, trasplantado, no puede enredar entre las margaritas, ni cabecear contra las mariposas, ni tan siquiera, ser libre en la pradera y el cercado; su existencia entre los paseantes despistados pasa desapercibida, y cuando mira alrededor encuentra sólo prisas y distancias, desconocidos seres, miedo, mucho miedo, casi terror de todo, porque este burro no es como Platero, acariciado por los niños, amigo de las estrellas, nocturno y amoroso, no tiene un cielo para soñar ni una mano que pasea por su lomo con ternura.

Aún transita por las calles a paso quedo, sin mirar más que el suelo a trotecillo limpio y sumiso sin confiar en nada, otro Platero envejecido, casi no puede con la carga en su cuerpo esquelético, zarandeado por una melancolía que seguramente siente más pesada, ocultándose de todo como por un maleficio de la ciudad, y pasea sabedor del camino, y se pierde entre el tumulto este borriquillo que no es blanco ni peludo, y tiene muchos huesos, y no es de algodón sino de noche y cenicienta carne, que cuando se aleja va dejando sobre las cosas un oculto mensaje de tristeza.

TERESA Y BERNINI

En Roma, donde todo el arte parece que encuentra su preciso lugar, que ha sido realizado para adornar un rincón o para ocupar un espacio concreto, y se compaginan las ruinas romanas con el Renacimiento, y toda esta efusión de belleza que sobrecoge, todo el rigor de sus siglos presentes, se combina con la luz y con el espíritu cosmopolita de la ciudad, naciendo y surgiendo de cualquier espacio, desde cualquier plaza, en cada vía y en cada instante. En Roma, la ciudad de los papas y del imperio y del barroco en las manos del gran artista Bernini, del barroco que se esparce por todos los vuelos misteriosos de sus obras aquí y allá, presente en el Vaticano, en la Plaza de San Pedro, en las infinitad de iglesias que tiene la ciudad, en fuentes y escaleras, en columnas y en esculturas funerarias.

En Santa María de la Victoria se encuentra una de sus obras maestras, la escultura que representa el Éxtasis de Santa Teresa. Esta recreación barroca de uno de los episodios que Teresa de Ávila cuenta en su propia Vida, ocurrido en el Monasterio de la Encarnación, narra, en imágenes encendidas, la gracia de la Transverberación, el misterio que Teresa nos contó con palabras claras y con plasticidad absoluta, lo que facilitó a Bernini la ejecución de su escultura. El grupo escultórico formado por la gran intensidad de la figura de Teresa, recostada en un desmayo suave y placentero, envuelta en una confusión de mantos y de pliegues, toda ella revuelta en un caos ordenado, en una soledad interior que emana de todos sus miembros olvidados del mundo, sin vida ahora, como petrificados por el sentir hondísimo de una fuerza mayor que ella, de una realidad más

alta, de una presencia abrasadora. Los pies y las manos no pertenecen al cuerpo, se han quedado hundidos en un desierto de fuego, en un cansancio inmenso, y toda la fuerza máxima se agolpa en su rostro, en sus ojos cerrados, en su leve reclinar de la cabeza, en la desposesión del instante, caída en un placer y en un dolor, en una compleja red de sensaciones, como flotando en nubes y elevada de las cosas, sacada del momento, robada de lo que está sucediendo en ese instante.

Y junto a Teresa, un ángel bello y dorado, pálido como Teresa, casi apoyado en los mantos de la Santa, pero elevado por encima de su cabeza, en movimiento preciso, con los brazos, toca con uno de ellos a Teresa y con el otro hace intención de clavar el dardo hirviente en el corazón de la Santa, en un movimiento de vuelta que ya ha producido el éxtasis y el desmayo místico. El rostro del ángel, atento al rostro de Teresa de Ávila, muy atento a la mirada huida, desde un nivel algo más elevado pero en perfecto paralelismo, mira, se comunica, goza, y se sonríe sutilmente, con una complacencia infinita, en su media sonrisa que en su rostro emerge después de haber clavado el dardo de la llama de amor en el corazón traspasado de Teresa. De la altura, baja un haz de luz de bronce que baña sus cabezas y lo ilumina todo...

CAZADORES

Cuando amanece, apenas rompe la luz o en ese instante antes de rozar la mañana, los perros ladran y se mueve la vida, con ese sonido garrasposo de las horas primeras, con esa lentitud que inicia el día sus caminos callados.

Amanece y el cazador camina hasta el raso sendero o hacia el llano donde los árboles parece que se esconden, agazapado el perro, nervioso de impaciencia, calmo de extraños olfatos en su entorno, y abrigado hasta la mirada, el cazador sale de la ciudad, con el zurrón repleto, al hombro la escopeta y agolpada en su cintura la pólvora fría y expectante. El campo está sereno, y se respira toda la helada prematura, todo el verde caído en sopores de viento, acumulando la neblina que huye, dejando ver los primeros colores de los matorrales del otoño. Llovió y resbala el pedregoso sendero, pero la búsqueda comienza, la posición premeditada, el lugar que se sabe más de paso. Otros llegaron antes, ya en posición de quien espera del cielo un vendaval de alas, un milagro de las nubes viajeras. Se habla bajo, se oye el rumor de palabras desiertas, de toses escondidas, y el día se hace como si una decidida mano hubiera descorrido la mañana, hubiera puesto el color sobre las cosas, sin saber cómo, sin intuir su destreza de surtidor de días.

Ladra el perro obediente al amo y sus movimientos incesantes. Ni un instante parado; sólo mira el horizonte rojo que va deshilachando un cúmulo de estrellas escapadas, sombra de la noche, eco de su existir. Todos los trinos de la madrugada, en los árboles altos, en las planicies de los llanos, en los matorrales, en la dura piedra castellana, sobre las ramas olvidadas en el

suelo, todos los trinos esperados como la música que enciende la añorada pasión de los cazadores, mientras se van sucediendo las horas, mientras camina la mañana y suenan los disparos, perdidos en la lejanía, clamorosos como bienvenidas, y el cielo ya es azul de un intenso brillo sobre todas las cosas, sobre las cabezas, sobre la pequeñez de cada instante. De cuando en cuando, una nube oscura y amenazante rasga sus velos negros sobre el cielo, y el cazador teme la lluvia, y sus pasos se encaminan buscando, siempre buscando, hasta hacerse un alto en las horas para comer su bocadillo, sobre una piedra, apoyado en un árbol, bien cubiertos, y no dejar ni en este instante de olfatear los ruidos de su entorno, de descubrir una brizna de movimiento extraño, en una apreciación desmesurada y honda.

Pasan las horas y los disparos pasan y las piezas se cobran con la calma y la feliz aventura de ver recompensada la mañana; otros siguen en la espera del acierto y la expectante llegada del vuelo silencioso, sin fortuna en la búsqueda, sin haber sido coronados por el vuelo, sin haber sorprendido la madriguera entre las piedras, sin haber escuchado un lejanísimo rumor en el aire.

Y vuelven, cubiertos de frescor de la tarde, llenos de la última sombra que les acompañó de lejos, y cansados, con la escopeta al hombro y ceñida la pólvora fría en su cintura, tal vez colgando la pieza o sin nada que mostrar, orgullosos, al llegar al hogar, donde el amigo que pregunta sabe que otra vez, quizás, que otra mañana, y así, sucesivamente, mientras dura el tiempo abierto de la caza. Mala suerte y ni un ala en la mirada. Otra vez será.

LORCA Y ÁVILA

Debió de impresionar la desnudez fría de la ciudad que alestargada espera la primavera. Aquel muchacho granadino que tenía la afición de tocar el piano, de soñar demasiado y escribir lo que imaginaba bello o lo que la realidad alimentaba su espíritu inquieto.

Todo empezó en la ruta de Castilla, en una de esas rutas estudiantiles que animaban la enseñanza de principios de siglo, ruta que abría horizontes en los jóvenes y mostraba la realidad de una España silenciosa y quieta, de una España sumergida en un letargo de siglos.

Ávila era parada obligada de aquella excursión que acercaba a los jóvenes andaluces, con su profesor al frente, el paisaje de Castilla, las viejas ciudades con olor de tiempo, el mundo de Unamuno y Machado, la tierra poetizada y sentida de los grandes poetas, y de cerca, y en el lugar mismo, sentir la cercanía de su verdad y de su muerte. Federico García Lorca debió de quedar impresionado ante el color y la luz matizada y dulce de Castilla, en contraposición con el color barroco y la luz cegadora de su Andalucía, de su Granada, y esta diferencia, esta manera nueva de sentir y de vivir, tan distante de su medio habitual, se impregnó en su corazón de artista, en su oído de músico, en su mano de dibujante, en su mundo poético aún lejano y en latente existencia.

Ávila se muestra, en su castillo cercado por la cinta de la Muralla, en las calles oscuras, en el espíritu teresiano, se muestra ante sus ojos como misterio de tiempo que él siente muy próximo, que le preocupa y le inquieta, y esa desnuda manera

de existir, de presentarse nítida, de nacer y morir, queda reflejada en las páginas de su primer libro "Impresiones y paisajes", en prosa poética, primera salida literaria de un Lorca casi adolescente, producto de su sensibilidad mágica ante las cosas, pintura de palabras donde recoge la sensación de encarcelar los lugares y los paisajes en el fondo de su recuerdo. Y Ávila está allí, presenciada por Lorca en el momento donde la ciudad se debate entre el último hielo y el primer sol de otro tiempo, y está allí, recibida en su pluma andaluza, en su visión clara y diáfana, en su constancia colorista y oscura, a la vez, con la catedral soñadora y el alma dulce de Ávila, las cigüeñas que le impresionaron en sus altas miradas de torres abismales, muscando su ritmo sutil y suave.

La prensa relata el paso del grupo por la ciudad, en crónica de la época, reseñando la presencia de los estudiantes andaluces, y ya Federico García Lorca destaca, con su música y su interpretación al piano, en una velada donde el granadino interpretó diversas piezas musicales. La magia de Lorca queda patente ya en su primera juventud, antes de ser el gran poeta y el gran dramaturgo, antes de sus libros y sus versos, músico en Ávila, soñador en Ávila, impresionado en Ávila, en su día y en su atardecer, en sus torres y en sus piedras, en su gris melancolía y en su cielo escapado de las horas; música y verso que se presiente ya en la mirada del joven, en la cigüeña musical de sus primeros versos, en la prosa limpia y lírica de su primer libro, en todo él. Los estudiantes recorren las plazoletas donde los toros y los grandes mazacotes de piedra lloran el paso de los años, se dejan olvidar su prisionera memoria y se asientan en la quietud de un largo mutismo. Todo ello está en Lorca, se quedó en Lorca, lo apuntó Lorca, un joven que por vez primera pisa Castilla, y de Castilla la soledad fría y gris de Ávila, quieta en el tiempo.

MANOS

Las manos del campesino dibujan los caminos de la tierra; con ellas elabora su diaria tarea, su trabajo permanente, y se queda prendido el misterio de su labor, la dureza de sus afanes, allá en las manos, como estigma de la vida, como señal de lucha.

Manos serán que tengan fruto herido, surco en densa hondura, profunda huella de los días, porque de sus manos vive, como instrumento útil, como designio fuerte, como verdad sabida, y vive con el fracaso y con la suerte, con la tensión de sus armas más claras, llevando al fin de sus horas el cansancio y la ternura del trabajo, ese cansancio que saborea en lo suyo, que penetra en su ser, y esa ternura de ver nacer y de recolectar lo que es su fruto. Las manos nos señalan y nos muestran la vivacidad de cada cosa, la realidad escondida e impenetrable de todo, desde ellas acariciamos y sentimos, aprehendemos el mundo, lo sabemos y a su vez nos conoce, nos llama cada cosa también. Intercomunicar, hablar sin tregua para ser partícipe de la expresión, y dejar en las relaciones humanas un poco de lo nuestro, como deja el campesino su alma, su sudor y su esfuerzo, o el músico acaricia la guitarra, o el pintor señala la materia, amasa la realidad que va a conducir a su tela blanca; las manos para servir al hombre en la indicación de los espacios, para simplificar los caminos, para allanar la duda.

Las manos son interrogaciones que el ser humano lleva atadas a su sino, en ellas asienta la precocidad de sus tareas, el futuro de sus deseos. Si acarician, escriben ríos de paz; también hieren con su temblor y su duda, con su impregnada incerti-

dumbre. Pero cada mano escribe renglones sobre el tiempo, sobre el aire, sobre la claridad, sobre el fuego y sobre la muerte; escribe el destinatario de sus deseos y el precio de la comunicación sin límites. Nadie podrá escapar de su fuerte presencia sobre el mundo, de su concordancia eterna con la vivencia, y hallarás la mano que te ofrece el trigo o la desidida, hallarás la mano que levanta palomas o la que envuelve la mañana con luz de sedas. Hallarás la mano arrugada del labriego que el sol quema y la noche guarda con celosa soledad, y la que vendimia con apasionado gesto cada racimo, o baja del árbol cada fruto con parsimonia lenta.

Las manos sostienen el perfume de la soledad, la elegía del alba, el clamor de los días, y en sus llanuras carcomidas o tibias se escribe, dice, el destino, porque fácil es adivinar dónde se posó o dónde murió un deseo, porque fácil es comprender en qué desierto de piel se agostó una esperanza: manos serán, una vez más, como el pan de cada día, tan necesarias para desempolvar los caminos del agua, para desalojar matorrales de sequedad en cada camino inesperado. En toda la gracia de las manos manda la tierra; desde ellas se origina la huida del silencio y se trasvasa la melancolía, se habla sin palabras y se construye el tiempo.

Ha debido surgir, desde las manos, un clamor de pájaros y un latido que habla con lenta voz sobre nosotros, y al mirarlas, tendidas en el horizonte, sin límites, nadie supo decir lo que decían, sólo supimos que eran manos, que también la naturaleza las lleva iluminadas, y nos están diciendo con su gesto, con su pequeña voz, que al menos es posible la caricia, que es posible la vida desde su existencia ancha sobre el mundo.

SOMOZA

D. José Somoza, en Piedrahíta, volaba en sus melancolías y se dejaba acurrucar por todos los instantes plácidos de su entorno. Sentía cerca Gredos y miraba las alturas como quien siente que la soledad se parece a un desierto de piedra, sobre todo la soledad que se vacía desde el interior y se llena de silencios.

Hombre abierto a la vida porque creía que el ser humano tiene el deber de saberla vivir, y en su periplo cortesano, en su tiempo de lucha, en su victorioso sentimiento de libertad, este hombre bonachón y solitario, pausado y gentil, amistoso, agotó la vida en la sabiduría de su creencia, en la generosa complicidad con lo verdadero y lo auténtico.

D. José Somoza sabe de los entrelazados caminos del hombre, de los gustos y las modas de los poderosos, lo sabe casi todo porque él medita cada instante, se reconcentra en sí mismo y deja volar su romántico soñar, su lírica coronación de vuelos. Poeta desde la finura neoclásica, pero partícipe de una manera más personal de escribir, de crear, a su gusto, si bien dentro de unos cánones, si bien dentro de una estética propia del momento. Lo que importa es el hombre, y lo que importa es el grado de verdad que lleva en las palabras y en las posturas, en la madurez de su sentimiento. Somoza es casi un olvido de todos, casi una sombra que pasó y que apenas dice nada. En Piedrahíta está su tumba sencilla, casi invisible entre tanta lápida, humilde, como él lo fue, como pretendió morir y como vivió en apartada soledad sus años postreros. Esa humildad y esa simplicidad, tan molestas a su vez, eran su carta de presentación, la sin-

tonía de un hombre querido y admirado por muchos en su tiempo, que decidió la soledad, que escribió desde su descanso en la villa de su nacimiento, lejos del poder como lejos de tantas cosas que él no comprendía. Tiempo el suyo complejo y difícil, delicado frente a tantas cosas, comprometido... Pero Somoza, desde su autenticidad y su compromiso íntimo, jamás se traicionó, jamás perdió la entereza de su valor. En Piedrahíta se puede ver la casa de Somoza. Puede verse sobre todo el paisaje de Somoza, que importa aún más, y allí está todo lo que medita y revive en sus ratos de paseo solitario, en sus paseos interiores, en sus paseos meditativo, cabizbajo y un poco decaído, enfermo; allí está todo lo que ha rodeado su personalidad en los momentos de la decadencia de sus ansias políticas, en la edad de la reflexión.

José Somoza casi es un fantasma olvidado en alguna antología, en pocos libros de texto, tal vez en algún estudio de la época. Poco si tenemos en cuenta la importancia del personaje, la calidad de su obra, la transcendencia de su presencia en Piedrahíta, la escuela que se formó en torno a la duquesa de Alba, todo un movimiento desconocido que la justicia histórica y crítica deberá reparar. Somoza queda a la espera: su verdad era la prudencia y la libertad, el hondo sentido de la verdad y la justicia. Escribió libros de versos y de cuentos y soñó mucho.

EL CASTAÑERO

El fruto del otoño y el preámbulo del tiempo navideño, las castañas de cáscara oscura y corazón blanco, amarilla la piel de su interior dorado, calientes en el fuego que las ensancha y las embriaga de tierna carne dócil.

El castañero se esquina en la plaza y en sus brasas derrama la fogosidad de las castañas, palpitando como si vivieran, dando origen a la suave humareda que desprenden, perfume de la calle, perfume desde lejos, cálido y confortable, siempre en su esquina donde el transeúnte pasa sin poder no rendirse ante el remolino del fruto asándose en el castañero, en la negra parrilla que el fuego va oscureciendo y quemando con cuidado. Vieja es la tradición, y tan lejana, que es casi amenazante la pérdida de su presencia, su perenne remover la cálida cáscara marrón que reviste como invernal capa las pálidas carnes de su adentro. Vieja es la tradición de la castañera (casi siempre envuelta en su mantón negro, en las frías horas, con su pañuelo envolviendo su cabeza y dejando un pedazo de rostro, casi sólo mirada, al aire libre. Casi siempre castañera de edad madura), y su presencia en la ciudad se hace necesaria como parte de una lejana costumbre, de un olor ritual, de un calor sentido.

El fruto del otoño se acomoda en su cucurucho de papel y calienta las manos, algo palpita en su entraña blanca como jugo de dureza y de suavidad, como contraste de requemada piel y no manchado corazón, y en esas sensaciones, y junto al recuerdo que despierta de otros tiempos, y al lado de la tarde que el frío acoge con manos heladoras, las castañas han ido consumiendo manifiestas brasas y quemados silencios.

En el Mercado Grande se asienta aún el único resquicio de la costumbre, y queda en el mismo lugar, año tras año, su presencia frente al asador de castañas, frente al humo cansado que se esparce por todos los arcos de la plaza, y el sopor de sus brasas cuando se pasa al lado, y el constante mover de un puñado de oscuras castañas abiertas en su vientre, holgadas, en el Grande, en la esquina de obligado paso, de tentaciones sutiles. Como vieja estampa que se repite, el castañero se sumerge en una nube de humo que transmite hasta la lejanía, y en sus vuellos va el olor del tiempo y la mezcla del recuerdo afincado en un sabor que vuelve, como retorno necesario, hasta nosotros. Se despiertan los sentidos y se renueva la costumbre: alerta el otoño y sus frutos maduros y caídos, el calor en los dedos, el fuerte aroma de su carne y la cáscara que se suelta como caparazón que ha mudado los fuegos. Se despiertan los años, la lejana memoria de otras veces, y en esa maquinaria de despertar, la presencia del castañero es un estímulo que aviva siempre otros momentos, que desemboca en algo más infantil, en un día señalado por su misma presencia.

El castañero espera la llegada de las gentes para tentar lo oculto, el placer de ese fruto, y en su reino de sacos y de brumas, en su sentada espera, rinde culto al invierno, levanta el sacrificio de sus móviles manos celebrando protocolos de fuegos. Allí se consume un manar de instantes, una tradición esperada, una consagración de los sentidos. Camina el muchacho con su puñado de castañas, alertándose de la imposible degustación abrasadora, el papel de periódico enrollado en un cono de palabras, y es posible que el castañero sepa que de su asador oscuro emerge el fruto del otoño condenado a emociones sentidas.

G. CAPROTTI

Dicen que el pintor italiano Caprotti, una noche de invierno crudo y nevado, conoció Ávila, y desde entonces, hasta su muerte, vivió enamorado de ese paisaje y de esa ciudad misteriosa que le acogió y que el 24 de abril de 1918 le hizo hijo adoptivo, le entrañó en la ciudad donde se fue construyendo un lugar y un espacio para el arte, una mágica y ensoñadora realidad que en su casa palaciega, en su estudio, rodeado de sus recuerdos y de sus cuadros, habitaba junto a su esposa Laura.

Caprotti da Monza, no escapará ya nunca de la realidad que su visión de artista había creado de Ávila. La envolverá en sus pinceladas, la renovará en su pensamiento, conocerá de cerca su luz recóndita y su mensaje misterioso y místico, nevada soledad para su pensamiento lejano, para sus ojos encantados, y en sus cuadros se irán reflejando sus experiencias, su cercanía sentimental, su amorosa recreación de las cosas más suyas, hasta completar una gran obra que se guarda en su palacio, en la casona de los Cepeda, más tarde de Superunda, un lugar histórico que el pintor acomodó para sus necesidades artísticas y para su íntimo hogar, para su arte y sus horas de amistad junto a sus amigos. Unamuno le visitaba, en Ávila, al calor del hogar y de la leña, en la casona palaciega que se reviste de tantas cosas bellas, de todos los matices que sus habitantes saben conjugar con su antigua serenidad, ardientemente añeja y austera.

Caprotti pintaba con el corazón en su más ardida serenidad, desde la realidad misma, desde la noche en su luna y en su azulado clarear de estrellas, pintaba siempre desde el conocimiento directo del hombre, desde la luz del rostro cercano, como un

verdadero retratista, como un auténtico impulsador del alma de Castilla, de esos personajes anónimos de los mercados, de las ferias, gitanos de morena y dulce expresión en unos ojos infinitos, viejas enlutadas con una tristeza intensa, agrietados rostros de palidez absoluta, enigma de la vida y del dolor, del sentimiento y de la emoción. Caprotti pintaba el color del viento helado, la frescura de la nieve, el olor del humo de las chimeneas, en lo más inmediato y a la vez más sencillo, más cotidiano. Sus personajes quedan como la reafirmación de la vida, como el estado quieto de la solemnidad cotidiana, absolutamente sencilla y efímera en otras circunstancias.

No hace muchos años que murió su viuda, Laura, artista como él, recolectora de piedra y artesanía de esmaltes. Su vida junto al pintor fue la intensidad de una compañía por los caminos del mundo que recorrieron juntos, y su legado, su obra, la conservó en su casa de Ávila, la guardó mientras aprendía más y más de su recuerdo, de su presencia intacta entre las cosas, ella que compartió cada cuadro y cada sombra, cada rostro y cada gesto, cada amanecer en los pinceles de Caprotti, desde la mirada atenta de la gata blanquinegra Fedra, a su lado, sabia y silenciosa entre todos los objetos bellos de la casa.

Ávila estaba nevada como una blanca cima de palomas, y Caprotti no pudo olvidarlo nunca: de su fría noche de invierno resurgió otro silencio más, esta vez en el color inmemorial de su piedra pálida, en la soledad de sus calles y en el aroma a viento nuevo de cada torre y cada almena.

LA HUIDA

Ha descendido lento, y por el muro se ha dejado caer. Y no se oía más que el jadeo de su pecho. La oscuridad resguarda todos los rostros de la noche, las manos escondidas de los árboles, el culminado chorro de la fuente, el Tajo en su camino de perfiles de piedras, rodeando Toledo, en esta noche oscura, sin que nadie mirase al despertar de las estrellas, el ojo de la luna colgando en espumoso cielo de nubes desterradas. Y ha descendido lento, después de las fatigas, después de los silencios, caminando en la prisión como en un pozo sin salida, sufriendo el desconuelo de una hora en otra hora, encadenada, sin más dolor que esta soledad que el corazón llevaba, como guía de instantes, como faro de angustias, solitario en la jaula del silencio, pájaro de libertades más sentidas, de verdadera libertad, tan dentro, tan al fondo mismo de la noche que rodea al prisionero, azotado, él que sólo soñaba con padecer y ser despreciado, halló el desprecio; él que volaba las alturas más firmes de los valles, voló tan alto, tan alto; él que ansiadamente comprendió la debilidad de los hombres, el castigo y la humillación, fue humillado.

Pero ha descendido por el muro, con la lentitud de un peso que la noche conoce, con la pausa de un misterio sin esquinas, con el jadeo de su pecho rasgando, solamente, el silencio perfecto de este instante, allá, con los calzados, desde que salió de Ávila, prisionero como pájaro niño, como inocente pájaro, y ya en Toledo, con la oscuridad de la calle cercando sus ojos que no veían sino con el corazón, con el alma aplacada, con el solemne silencio que todo lo envolvía, menos la fuente, menos el hilo

de su caudal de agua cristalina, menos la melodía que caminaba por los senderos de la transparencia, menos el agua que manaba aunque era de noche, aunque era sólo y siempre noche. Bien sabía el agua de esa fuente, el resplandor de su camino, el horizonte de su nacer, aunque era de noche, sólo noche, siempre noche.

Y se ha dejado caer, como si el peso de su pequeño cuerpo torturado no soportase ya más dolores y castigos, como si su pequeñez sacrificada, más alma que materia, más alma que carne humanizada, no pudiese arrastrarse por los muros de la jaula, pájaro encerrado, pájaro de cantar dulce y ameno, sólo pájaro, hoy, cuando se alejaba de la prisión de los calzados, de su mano tormentosa, de tanta incomprensión y tanto duelo. Y ha caído, huyendo entre las sombras, huyendo por callejas, por empinadas cuestas, por plazas olvidadas, por los muros sin nadie, hasta el convento donde le esperaban. Casi sin fuerza, abatido y solo, temblando el corazón como un jilguero que enfermo busca ayuda, como un mirlo que no sabe cantar encarcelado, que olvidó entre sus sueños la dulce melodía, el gemido profundo que desde su interior brota dolido. Y el pájaro voló: las alas lleva como un gigante alero de esperanza, como un insondable mar de fuego, como un chorro de lluvia acariciable. El pájaro voló, y en la prisión de tristes noches queda como un relámpago de albura, el chorro de la fuente que mana y corre, el eco de sus horas en vela, la desnudez de su alma que aprendió a sobrevolar todos los oteros del silencio.

BRUJA

No recordaba su anterior exposición, sí su obra colgada aquí y allá, a retazos suaves, cercana a la geografía más nuestra, al paisaje urbano, a los rincones costumbristas. Quizás tenía el recuerdo de un pintor con mucho oficio, sabedor del cómo y el porqué, enfrentado al lienzo, al color y a las cosas con mirada franca, con placentera serenidad.

No recordaba, porque quizás estuviera lejana en el tiempo, su última aparición en Ávila, esa ciudad que él domina desde la visión selectiva, escapada y a veces nostálgica, como cronista que despunta en sus manos y en su obra ecos de tiempos y de imágenes perdidas... Pero lo cierto es que su última entrega a los abulenses es sorpresiva, su exposición presente está muy cerca de una manera sutil de pasar por las cosas, de un enfrentamiento hondo con el paisaje, con la cotidiana severidad de pequeños mundos encerrados en sus cuadros. Se miran, se dejan mirar, y remirar, y ocurre, como algunas veces al contemplar la tierra y sus misterios, ocurre que esos miradores tan próximos, tan nuestros, no los conocíamos, o al menos no habíamos llegado hasta su candor último, hasta su presencia enigmática. Y allí están, uno a uno, recopilados de la memoria, intuídos en el corazón del artista que los fue llevando hasta la concreción, hasta el orden, y es entonces cuando el maestro de sí mismo, cuando el silencioso pintor que en los cuadros aliena soledades, naturalezas sobrevividas, abre sus imágenes al espectador, le cuenta cosas al oído, casi le deja sólo un ademán, una brizna de aquello que él ha visto, sentido y expresado.

Los campos duros y terribles de Castilla, piedra enlazada con la tierra, piedra almacenada en la sequedad de los caminos, y horas grises que se dejan sentir, como agolpadas en una instantánea encendida, un golpe de severo esfuerzo que el pintor deja dominado en ese instante. La piedra y el verde, también el gris de los momentos, el plumaje de la tarde, el desorientado soliloquio del tiempo, y junto a esta sequedad, el agua y Gredos, tan nuestros, tan sentidos en días contemplados desde cualquier rincón de su altura vieja y árida. Los cuadros se van apoderando de la mirada, se van depositando en el recuerdo, en lo que más emociona, como sentir del arte, como vivencia más recóndita. Y una ciudad reaparece, casi boceto mínimo, casi sólo pincelada olvidándose en su molde de color y de nostálgica luz viajera. Está el pintor presente, y ocultado en todo, más presente aún: su mano se siente cercana, su dominio envuelve las cosas, las destina a su gusto hasta límites de pobreza, hasta verdores contenidos, y se van haciendo presente sus huellas, sus preferencias, su afición por lo escarpado y efímero, por lo que un solo momento deja embellecido sobre el tiempo.

Y están allí, sembrándose de pureza, flores en matojo, ramos en cuidada y ardiente simetría, colmada la flor y colmado el verde, a veces sólo en mota que se duerme donde puede habitar el color, en la latitud y en sus deseos de sutiles aromas, muy diminutos pero ciertos.

El artista sabe su oficio y lo demuestra con largura, y detrás de su oficio, sabe rememorar, hacer patente la emoción que imprimió en ese momento, desconocido, anónimo, pero tan solícito en la obra como una realidad irrepetible.

JUAN DE YEPES

Su pequeñez, su corta estatura, contrastaba con la grandeza de su espíritu. La infancia difícil en Fontiveros, de duras hambres, de privaciones de huérfano, en una España de miserias y de necesidades, sin padre ya, mal nutrido, raquítico por la escasez, el pequeño Juan de Yepes, hijo de Catalina y Gonzalo, padeció todos los rigores de una infancia humilde y pobre, en la Moraña de llanos infinitos, de trigales cansados, de horizontes sangrantes.

Niño en Fontiveros, al lado de sus padres sencillos, trabajadores con sus manos, en el telar de los Yepes, en el rincón donde las manos de Catalina mueve la rueca, teje, en horas y en sueños, entre el hielo del invierno que entumece las manos, en las mañanas que el sol baña en primavera, sin descanso, con la esperanza de conseguir lo necesario para sostener a sus hijos, para seguir viviendo. Y el muchacho, el pequeño Juan, debió corretear por las calles y las pequeñas plazas de la villa, como todos, y asomarse al paisaje austero de esta tierra de moros entre las torres de ladrillo y en la sequedad de los campos, y el muchacho, como todos, acudía a la parroquia de San Cipriano, grande y austera, donde fue bautizado en la pila de granito, donde su padre reposa en la nave central, y allí debió escuchar las palabras que siempre le acompañarían, los nombres y las sagradas historias, que como semilla se irían meciendo en su alma de niño, en sus ojos de niño, en su espíritu de niño, y que su madre Catalina fomentaba y regaba con su ejemplo y su vida.

Fontiveros, no lejos de Arévalo y Medina, conoció la niñez de Juan que crecía poco, que mal alimentado iba quedándose pequeño, sin desarrollar, aquel cuerpo menudo que encerraría

una de las más lúcidas mentes de la historia, aquel cuerpo menudo que soportaba un alma poderosa, un alma buscadora, errante por el conocimiento de la Verdad sin límites, por los caminos de la Luz y de la noche, hasta el hallazgo, hasta la consecución del camino sin retorno. Y en Fontiveros fue donde los pasos comenzaron, el punto de partida de un hombre del mundo, de un universal personaje enraizado en lo más inmenso de Castilla, pero que pone la mirada en lo que no tiene límites ni orillas, en el paisaje sin fronteras, en el vértice de la luz y de la tierra, y en Fontiveros parte, de Fontiveros sale, encamina su andar hasta lo universal, ya de todos y de todo, como si al marchar se abriesen los caminos por orillas incontenibles, por riberas infinitas. La pequeña villa que le vio nacer le deja escapar, abrir sus pasos hasta sendas sin nombre, por toda la geografía de España y del alma, por todos los rincones de los hombres y del interior silencioso de su alma, ya caminante sin otra meta que la que en su adentro ardía, la que se nombra desde la ternura y el corazón, la que el espíritu pone con mayúsculas.

Fontiveros y la niñez, donde se aprende a tejer el camino, desde el telar de los Yepes, en la casa que vio nacer a Juan, desde las manos que trabajan para vivir, desde la humildad más absoluta y la pobreza más insospechada. Las calles se dibujan como hilos de una red escondida, la que atrapó su niñez y desdobló los caminos hasta el alba, y su sombra permanece en cada instante y en cada piedra del camino, en cada solitario perfume de la brisa, en los vientos que conoció golpeando los inviernos, en el fruto de la espiga, en la música callada de las horas. Permanece en los herederos de su tierra y en los corazones de los fontiverenses; ellos cuidan su recuerdo y su huella, van a su zaga y quieren conocerle cada vez más, con más fuerza y más hondura, con más cercana soledad que habla. En la casa natal, en ese universal rincón de Fontiveros, puede sentirse la cercanía como si se descubrieran los pasos primeros de Juan, y en este santuario recoleto y sencillito, el corazón siente que algo queda como sobrevolando el instante, adueñándose de todo, hablando con secretas y fáciles palabras; tal vez sea que el silencio está lleno de la huella invisible del recuerdo.



P
F

EULOGIO FLORENTINO SANZ

El poeta romántico se ha adueñado de los enigmas de la noche: es su visión de las cosas un intuitivo modo de comprender la vida, un seductor instante hecho verso y hecho palabra, con la ardorosa revelación de la vida y en la obra.

Amigo de todos los románticos, conocedor del ambiente cortesano, de los misterios de la ciudad, de las glorias de los poetas, y traductor de los grandes soñadores, los que más tarde Bécquer iba a sentir hondísimamente en su esencia de poeta, en su entrega generosa al verso y a la inspiración. Eulogio Florentino Sanz, este arevalense que sabía tanto de poesía, que escribía al modo y a la forma de los románticos, que soñaba con las mismas lejanas sombras que sus compañeros de generación, impulsado por su carácter entre melancólico y audaz, entre irreal y combativo, como eran los ideales de estos liberales que se expresaban en verso, que hicieron de la poesía una manera de vivir, imposible, alejada de toda certeza y toda posibilidad. Fracaso emotivo, fracaso interior y vital, pero siempre dentro de los cauces de la ilusión y de la añoranza. El busto del poeta adorna una de las plazas de su villa natal, de Arévalo, y cuando se despinta, cuando va más allá de la piedra, parece que vuela en los sueños que fermentaron en su carácter, parece que mira el destino de piedra de sus ojos, el arrullo de la tarde castellana, de la morañega llanura, de los horizontes sin infinito.

El poeta apenas es conocido, casi nadie le recuerda en los libros de texto, en los muertos manuales de estudio, en las antologías de la poesía romántica. De cuando en cuando, un verso suyo, una cita, sus traducciones de la poesía germánica, sus

obras dispersas y escondidas, aparecen, se hacen presente en algún estudio de la época. Pero el poeta está allí, esperando en su plaza, sitiado por las horas, acompañado por los rumores de Arévalo, y se escapa el verso casi sin darse cuenta, deja en el aire el sonido de una música y el recuerdo de un lejano percusión cierto ayer. Eulogio Florentino Sanz conoció toda la vida crepuscular de su época, impulsó el sentir romántico con todas sus fuerzas, compartió la gloria con otros muchos poetas olvidados y se sintió romántico hasta el final, dentro de la auténtica idea del romanticismo, dentro de la verdadera sabiduría de estos escritores del siglo XIX. Pero hoy apenas es conocido, los muchachos y muchachas de hoy no conocen su obra, no conocen su destino ni su significado, y si pasan al lado de su imagen, seguramente no ven en aquel hombre curioso y célebre entonces, al poeta que imaginó la vida y sintió las cosas de otra manera, seguramente, también, con los cánones y los vértigos de toda una moda, de toda una manera de vivir, entonces, en la lejanía y en la proximidad de un enigmático tiempo. Eulogio Florentino Sanz significó más de lo que hoy podemos suponer en su tiempo y en su contexto, y desde él se abrieron muchos caminos y muchas sombras, muchos sueños y muchas glorias.

Cuando paso al lado de su busto ensoñado, en la plaza de Arévalo, entre la tarde luminosa de Castilla, miro sus ojos de frío y piedra y no tengo ni un solo verso que llevarme a la boca: en esos momentos quisiera que fuera su palabra la que hablase con el tono y con la gravedad de su belleza.

SÁNCHEZ MERINO

Aquel hombre que se paseaba por la ciudad con aire de hidalgo castellano, y miraba cada cosa con los ojos llenos de emocionada soledad, y después llevaba a los pinceles, sigilosamente, con la luz que guardaba en sus trasiegos y la melancolía que Ávila dejaba en sus manos. Este hombre que con su capa y su sombrero sorprendía siempre porque habitaba sus silencios en la soledad personal que todo lo sobrevive, en la originalidad del artista, siempre, dibujaba cada rincón con la entidad de la costumbre, cronista de la memoria huidiza, cronista de los horizontes viejos del recuerdo. Ávila se instala en el corazón de aquel hombre castellano último romántico de un tiempo ya ido, con toda la magnitud y toda la grandeza de lo pequeño y de lo esencial, y son sus plumillas, sus portadas, sus caballos, sus murallas, toda su cosmovisión recoleta, toda su emotiva realidad dibujada, un carácter que permanece, que hoy se diferencia con toda la ensoñación que lleva consigo un mundo como el suyo.

Sánchez Merino fue profesor de generaciones, cronista de generaciones, amigo de generaciones, y su presencia en Ávila era una singularísima manera de ser, una singular manera de conocer, todo un mundo que nos llega, aún, con nítida presencia en sus recuerdos. Se llega hasta el conocimiento de un costumbrismo perdido desde la presencia de los dibujos del pintor, no hay rincón que no tenga un matiz que él fue dejando en cada cosa, esas horas que se dejan escritas en el papel, que se perpetúan en una mínima expresión que se llenaba de su personalidad.

Ya casi alojado en el lugar que la vida guarda a los que supieron pasar con el corazón abierto a cada cosa, ya casi alojado en la primera esquina del recuerdo, aún vive porque aún se deja sentir en las más insospechadas publicaciones, en los calendarios, en la prensa, en las ilustraciones de libros, siempre presente con su inconfundible sentido de la ciudad, con sus personajes en tardes de ventisca, atravesando la muralla, escapando del frío, escondiéndose tras sus lenguas, calados en sus sombreros.

Aquel hombre que se paseaba por la ciudad y a todos saludaba, que se inventó una manera de alejarse del tiempo inventando otro tiempo, acercándose a los momentos de Ávila con la identidad de la sincera emoción puesta en todo lo que hacía y hoy nos queda sobrevolando el tiempo, saltándole con la intemporalidad de su personal modo de contar lo cotidiano. Todo fue motivo para su pluma y su ilimitado corazón de hidalgo castellano, y su obra, tan dispersa hoy, tan dividida en tantos lugares, es un mosaico que, reunido, tiene forma de época y alma de Ávila.

Cuando una plumilla de Sánchez Merino cae en nuestras manos, cuando uno de sus dibujos aparece ilustrando una página, cuando se reproduce un recuerdo, se identifica una sorpresa, se revive no una realidad sino un instante que recuperamos no sé bien dónde. Son ya muchos años los que han pasado, muchas cosas que se han sucedido, y la ciudad ha cambiado tanto que cuesta pensar que el mundo de Sánchez Merino haya sucedido, fuera realidad, y con este sentimiento de irrecuperable ayer siempre sentimos lo mismo ante la obra popular y mágica del pintor, el cronista y el profesor, el romántico y el hidalgo, y sobre todo el hombre bueno que vivía en él.

D. BALDOMERO

El conocimiento de los hombres puede llevarnos, algunas veces, a introducirnos en su ejemplo, a poder mirar las cosas de otra manera. Es la lección de los grandes, de los que tienen en su propia existencia un magnetismo, una capacidad de acercar lo que desconocemos, de enseñar siempre algún misterio que nos pasó desapercibido. Con su palabra y con su vida sellan la alianza de la autenticidad, del verdadero valor de cada cosa.

Aprender y sentir, dejarse mecer por los mensajes que su andadura entre los hombres, en el vivir cotidiano, ha ido elaborando como un bordado donde se divisa la transparencia y el silencio, cada pequeñez y cada inmensidad, de la misma manera, con la misma íntegra bondad y toda la sabiduría.

D. Baldomero nos lo enseña perpetuamente: en él se identifica lo vivencial, con la presencia de lo que su espíritu, en permanente reflexión, busca y llama, encuentra y vive, acoge y recibe, marcado por la fonte de su manar, por el seguro encuentro, y es su existir un ejemplo de lo que sabe cierto, de lo que los demás sentimos como próximo cuando estamos junto a él. La bondad es patrimonio de estos espíritus que han culminado, que habitan el otero de la verdad, en trance siempre de perfección y de belleza y D. Baldomero, en su trayectoria por esta vida ha ido dejando libros y palomas, palabras y obras que conocemos, y muchos amigos por el mundo, todo aquel que cercano estuvo un día, todo el que pudo saborear su amistad un instante; nunca se olvidan los momentos que la ternura de su humilde silencio habla en nosotros. Es una experiencia que el cántico de la luz, que la verdad, que la grandeza del espíritu de

un hombre nos aproxima toda esa enigmática y madura sabiduría.

Con San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús camina, adentrándose en los espíritus de los grandes místicos, siempre buscando, siempre a la zaga de sus huellas, siempre en el recóndito lugar donde es posible la perfección, la depurada existencia que no se fatiga de buscar. Es el signo de los que se hermo-sean con la Luz del amor. Leyendo en sus libros, meditando en sus páginas, de su fecunda y larga andadura como escritor, como teólogo, como investigador de senderos y de paisajes desconocidos, su prosa, su sencilla palabra pero hondísima, nos abre de par en par ventanas que ni sospechábamos, puertas secretas que él ha ido aboliendo de la aspereza para brillar, limpias, ante nosotros. D. Baldomero es un guía de segura meta, un delicado espíritu que exhala alma y verdad, un amigo fiel que siempre escucha, que siempre espera, si llamas, con los brazos abiertos.

En el perfil de los grandes siempre aparece inscrito el lenguaje de la libertad, el pensamiento abierto, el conocimiento de las grandes culturas, de los creadores de la palabra y los genios de la humanidad. Desde el estudio y la lectura meditada, se aprende que sólo desde estos anchos campos se llega a otros parajes de mayor belleza: la cultura de D. Baldomero, su caminar por el conocimiento y su curiosidad por todo son también testimonio, agradecimiento y Verdad. Recogido en esta ciudad que él ama, donde convive con la soledad y el silencio necesarios para seguir profundizando, ahondando en estas sendas de la vida, y con mayor fuerza, con seguridad absoluta, aproximarse hasta las sendas y las alturas de la belleza suprema de Dios.

LÓPEZ MEZQUITA

Vino del Sur y de la vida, con la experiencia de los años, con el largo viajar por el mundo, con un cúmulo de pasión por conocerlo todo, de su mirada no escaparon ni las tardes que crepusculaban lentamente, ni los amaneceres que esperaba como quien sabe su origen recóndito y apresa en el exacto momento de asomar su perfil de mañana.

Venía del Sur, de Granada, y no es difícil encontrar en los rostros que pintó, incansablemente, la huella morena de Andalucía, los negros ojos que los gitanos llevan clavados en el rostro de sus lienzos más vivos, la luz que se derrama sobre cada paisaje encendiéndolo todo. Este pintor de silencios y de hondísimos rostros dibujados, retratista de espíritu, más allá de los rasgos, mucho más lejos de un simple parecer, bien pudiera ser un cronista de tipos, un relator de sueños y de ideas.

Y llegó a la ciudad cansada de Ávila, se emocionó en la piedra, supo ver los misterios que se esconden detrás de un vivir lento, y le sedujo el tiempo y su transcurrir suave, la mano que acaricia las vetustas líneas de la brisa, el dormido cansancio de las horas, la piel de las campanas cuando dejan su letanía sonora sobre el viento, y fue tanta la emoción sobre todos sus sentidos, que comenzó a pintarlo todo, a descubrirlo todo como si por primera vez despertara en Castilla, se despertara Ávila para las manos ávidas del pintor.

Piedra a piedra, fue haciéndose su estudio, analizando cada sorbo de luz que allí se cuela, llenando los espacios de recuerdos y lienzos, colocando sus cuadros, colgando, aún frescos, los retratos de encargo, piedra a piedra fue levantando su taller

escondido, el íntimo secreto del creador, el santuario del hacedor de fantasías.

Todo el estudio era un trazo delicado, una acumulación de un personal concepto de las cosas, original espacio para sus originales horas allí vividas, caprichoso y profundo, como el artista entero, único dueño de sus ociosidades. Y bien caló en la entraña de Ávila, en el vivir diario que el pintor disfrutaba, en los amigos que fueron naciendo de su abierto carácter, de su amena palabra, de su conversación bien compartida. No pasó sobrevolando los rincones, los apresó en su corazón, como los grandes saben entender cada minuto en plenitud, y en su vivencia quedan los lienzos y las piedras de su estudio hoy desnudo, las sombras que habitaron el jardín verdecido, el sonido del coche en el rincón, la techumbre de madera alta y firme, los muros que alojaron cada cuadro, el caballete salpicado de motas de pintura, un bargeño y el escaño de madera curtida, la entrada de granito y cada piedra, la vidriera que daba luz tan descansada... La vida del pintor que vino del Sur y caminó por el mundo, y un buen día llegó a esta ciudad y se quedó, sorprendido, para poder pintar la urdida soledad de cada instante.

TOMÁS LUIS DE VICTORIA

Hay vidas que en su transcurrir están llenas de sorpresas, de acontecimientos y de grandes cambios, vidas que son, en plenitud, una entrega a lo que se ama por lo que se vive, tantas veces de forma anónima, muy desconocida, olvidada por grandes silencios de la historia, que cuando resurgen son sorpresas que nadie esperaba y que resuelven la incógnita de un enigma.

Tomás Luis de Victoria fue uno de estos personajes que fue silenciado durante dos siglos después de haber vivido, en pleno siglo XVI, con la intención del artista entregado a su obra, a su música, a su labor de compositor que le sitúan en la cúspide de la polifonía española.

Nacido en Ávila, siempre llevó de sobrenombre "El Abulense", asignando una clara identidad a toda su vida y su obra. Niño aún, se determina su vocación musical en la catedral de la ciudad como cantor de dulce y fina voz en el coro catedralicio. Es el principio, usual y común para tantos músicos, que se va desarrollando lentamente, en un aprendizaje profundo, en un devenir marcado por el ritmo y los sentidos en todo su esplendor, con la gracia de la infancia y la clarividencia de estos primeros pasos musicales.

El niño Tomás Luis de Victoria se convertirá en el maestro Victoria, el Abulense, y emprenderá su camino artístico que culminará con una de las obras más sorprendentes del Renacimiento musical, máximo representante de la creación de la época.

El Abulense deja la ciudad de las murallas y marcha a Roma. Se inicia su peripecia en la ciudad eterna, se abre una etapa creativa, de intensidad y entrega a la música; en Roma se

ordena sacerdote y esta vocación profunda marcará el carácter de su obra, el rumbo de sus piezas musicales, el tema de su inspiración, la habitual manera de escribir sus composiciones más personales y universales. Motetes, misas, himnos y numerosísimas obras de carácter religioso, embellecidas por su sentido íntimo de concebir la música, de equilibrar el espíritu con las notas, lo interior con lo sensitivo, consiguiendo un corpus de valiosa y rotunda originalidad que muestra, claramente, el sentimiento que late en el Abulense, en su experiencia humana y religiosa, en la complementariedad de todas las fuerzas que juegan en sus piezas más conseguidas. Aparece el hombre del siglo XVI y el buscador de fórmulas de expresión musical capaces de exponer lo que su espíritu necesitaba decir, y hacerlo con la fuerza suficiente de comunicación, de diálogo con los oyentes, con los destinatarios de su arte.

No sólo Tomás Luis de Victoria se encerraría en su capacidad de componer, de crear; ejerce de organista, instrumentiza esta fuente de notas y de percepciones que, con la grandiosidad de sus registros, llena las iglesias de fugas y de vientos elevados.

Tomás Luis de Victoria vuelve a España, a la Corte, y se situará cerca de la emperatriz María, llegando a componer para su memoria eterna, después de su muerte, una pieza musical de gran belleza.

En los últimos años de su vida, de su andadura por los caminos del arte y del espíritu, el Abulense se hará cargo de las Descalzas Reales, en Madrid, como organista y maestro: sólo un hombre de la experiencia y de la sabiduría de Tomás Luis puede ocupar tan alto honor. Las Descalzas Reales, en el corazón de la Villa y Corte, es un lugar privilegiado para ser músico, y allí, entre los reales muros de este convento, yace el cuerpo, los restos del maestro de Ávila. El destino ha querido que no conozcamos el lugar exacto donde descansa el músico, donde fue enterrado el Abulense, pero es en la paz singular de estas históricas paredes, en el interior de uno de los más bellos conventos de Madrid, perdido entre sus piedras, donde el maestro Victoria escucha las notas infinitas del silencio de la muerte.

S. RETANA

Salir a la luz, mostrar por primera vez la obra que se ha ido construyendo lentamente, a través de su propio ritmo, y que el artista ha guardado, hecho y rehecho, tocado hasta el hallazgo, es un acto de amor.

Desde este instante, el espectador puede ya acercarse y comprender hasta dónde se ha sumergido el pintor, qué investigó, con qué materiales ha elaborado su primera salida al complejo mundo del arte, y frente a sus creaciones, frente a esos pequeños y latentes mundos que se nos muestran, comprender las latitudes y los vuelos de este artista.

S. Retana estaba oculto en su rincón donde bien sabía que la soledad y el recogimiento son indispensables para encontrar y encontrarse, también para buscar sin descanso, para la previa meditación que las exigencias de la creación están pidiendo en el fondo de sus complejos lenguajes. Descifrar lo que se está intuyendo es el primer paso para encontrar: y eso lo sabe bien el artista, se olfatea en la mezcolanza de propuestas, en las tentativas y en las diversidades que se nos muestran en esta primera entrega. S. Retana ha descifrado un modo de ser y lo ha hecho desde los rudimentos puestos en marcha hacia lo subjetivo, y ese camino primero, esa emoción, fresca y dócil, no es más que un punto de partida que queda ya marcado en la propia historia del pintor, punto de inicio al que, circularmente, siempre volverá como a beber vuelve siempre el escritor a los grandes problemas y las obsesiones primeras de su primer libro.

El arte es así; lleva en su piel la engañosa mirada de lo que buscamos y no se sabe nunca donde está. Enigma sí, pero enig-

ma que lleva a otros enigmas, como sendero que lleva a otros caminos nuevos y difíciles, polvorientos y ásperos, dulces también, con la dulzura verdadera de la emoción más íntima. Así este artista que sale a los caminos de la expresión plástica desde el óleo y la acuarela, desde el dibujo y la estampación, desde la escultura y la expresión novedosa de la intensidad lúdica de la materia, como si la denominación de todo ello fuera un reto hondísimo, así este artista conecta con las grandes corrientes del informalismo, con el camino de la abstracción.

Es necesario que el artista lance proposiciones estéticas y domine todos los códigos que la aventura y la investigación le proponen, es necesario y S. Retana lo ha ido indicando en su obra como la característica más potente y densa, con la afirmación de más fuertes matices, dejando claro su inconformismo y su rebeldía espiritual y humana. Y enfrentados a su primera exposición, frente a frente con su obra, eso que nos transmite huele a sinceridad, sabe a impaciencia y a fatiga, se llena de sombras que nos comunican lo indecible, lo que las palabras nos niegan tantas veces... Esta primera salida, como D. Quijote, es una propuesta a volver a salir, a dejar atrás unas aventuras para iniciar otras, dar por finalizado unos sueños para dar rienda suelta a otros, sin olvidar nunca lo que ya transcurrido sirve para afianzar la esperanza, para estar más seguros. Volverá el silencio y el trabajo a rodear al artista: el primer paso es siempre el más difícil, el que más titubeos tiene, y S. Retana lo ha dado con la energía de quien sabe hacia donde camina.

EL GUARDIÁN DEL VALLE

El busto del poeta sólo mira el horizonte. Está fijo ensimismado en cada segundo que transcurre en cada instante que pasa, y desde su posición de vigía, desde el jardín del Rastro, está en guardia, ligeramente ensoñador, sin pestañear siquiera, adivinando más allá, mucho más allá, como si Navalsauz quedase a tiro de piedra, al menos en sus recuerdos, al menos en su soledad lejana y honda.

El gran Rubén Darío, guardián hoy del valle, guardián hoy del silencio del parque, al lado de la muralla frente a frente con el campo llano, con la lejana memoria del amor, de la presencia de Francisca Sánchez. El gran Rubén Darío está ya condenado a la espera, a descubrir en cada sombra el gesto y la palabra, la presencia y la voz, y en el jardín, junto al verde que le rodea casi coronándole de luz y verdura, en sus meditaciones eternas y profundas, en sus melancolías ya perennes.

Francisca Sánchez, la campesina de Ávila, que en Madrid conoció al poeta, el más alto poeta, que deambulaba por la noche en la búsqueda de los misterios del verso, bohemio y luminoso, genial y extraño, íntimo y vaporoso como el Modernismo, galante y sutil hasta lo exquisito, enamorado de la muchacha abulense, de la compañera ya inevitable de sus pasos y sus destinos, la madre de sus hijos y caminante, junto al poeta, por los senderos de la vida.

Nadie perdió en la soledad de los campos, tan sólo la mirada queda desterrada en la lejana tierra que el invierno viste de nieve y frío, tan sólo el soliloquio de su voz oculta permanece llamando al amor que llenó la vida del poeta, Francisca Sánchez

que acompañaba los designios de Rubén, el gran Rubén Darío, y en Navalsauz espera, cansada y melancólica, su llegada a los lomos de las caballerías, traspasando llanuras y puertos difíciles, soportando el frío y la lluvia, el lento caminar del animal, bien abrigado, pero tan despierto como un corazón esperando que sólo aguarda ver la presencia de la amada.

Pero el tiempo ha pasado, y pasó la fresca lozanía de la juventud, y pasó el olor de la rosa, y fue breve pero intensa la fragancia del vivir, y quedó el verso y la grandeza de la obra y del amor, y lo demás se fue como un viento veloz que todo lo arrasa, y queda el guardián del valle, bronce y alma, esperando, siempre esperando, acaso alguna sombra se presente en las noches de luna cuando la claridad se hace compañera, cuando el valle parece agua, cuando la distancia se roza con las manos, subido en el balcón del Rastro, asomado al mirador de los horizontes sin fin, privilegiado guardador de las horas. Ella en el pueblo, recordando. Él en América, reconstruyendo el día. Y se escapó de las sombras, se asentó en su obsesión de amor y se quedó mirando, sólo mirando, como quien se ha puesto en los ojos la añoranza, como quien lleva en la mirada el corazón y no quiere perderlo, guardián del valle, oteador del valle, peregrino de la soledad que busca la mano firme de Francisca Sánchez.

SANTAYANA

Este universal filósofo, este escritor que se expresó en inglés pero que soñaba en español, que vivió en Estados Unidos y murió, solitario, en Roma, que amo tanto sus orígenes que siempre los llevó en el corazón; este gran hombre que encontró en Ávila, un paisaje para la melancolía, una referencia para la emoción, un lugar para el reposo; este gran escritor iba y venía desde las personas y los lugares como quien va desde la memoria hasta la realidad, como quien atraviesa la inesperada sombra de los recuerdos ceñido de silencio y calma.

Jorge Santayana. El singular pensador de raíces abulenses, viajero por el conocimiento, siempre elegante ante las cosas, siempre determinado por su gran vocación de escritor, soñador como los buscadores de sombras, soñador como un cielo claro en Castilla, también invocador de la vida, siempre fiel a sus melancolías, cultivador de imágenes permanentes en un puñado de palabras. Abulense en el sentir hondo de sus recuerdos más señeros, rebuscando por dónde sucumbir en el ayer que huye y queda parado en la memoria.

Si lejos vivió, tan lejos que la realidad de sus pensamientos parecía perderse en un camino tan ausente, si lejos vivió, nunca estuvo lejos: algo permanente como la soledad y el olor de la tierra estaba prendido en sus sentidos, y habitado por la sutileza del recuerdo, habitado por sus fragancias, Santayana permaneció siempre tan cerca que nunca se marchó del todo.

La ciudad aún no reconoce, públicamente, el valor y la presencia de este universal casi abulense, al menos debería formar parte de los nombres auténticos y válidos que han visto en

Ávila toda la profundidad que estos muros firmes y graníticos pueden decir cuando se sabe mirar despacio. La presencia de Jorge Santayana debería ser conocida por todos, porque a todos debería enorgullecernos que su pluma y su corazón hayan estado, estén, tan cerca de esta ciudad fría y austera. El conocimiento del gran escritor no debería ceñirse sólo a un vano y sencillo recuerdo, sino que la auténtica presencia ha de ser su propia obra, el acercamiento hasta el escritor y sus palabras, hasta sus escritos, que es la manera más firme de conocer.

"Lugares y personas", una parte de sus memorias, recoge la etapa abulense del filósofo. Todas las memorias tienen un no sé qué de ingenuo y de singular, allí se amontonan vivencias, paseos, imágenes que perviven, nombres que se guardan y lugares que se vuelven a recorrer, en la distancia, con una nueva y distinta emoción que cuando se vivieron por vez primera.

Ávila está palpable en muchos momentos, tanto que la melancolía roza sus orillas con suavidad y se desliza por las páginas apresuradamente. Igual que en sus versos, y en su retina, y en su pensamiento, y en la vuelta, siempre que podía hasta la ciudad, y en la última hora de su vida, en Roma, lejos pero muy cerca de tantos lugares y personas que él amaba.

DON CLAUDIO

Los grandes hombres dejan su huella, perenne, duradera como el propio tiempo, intacta en su quehacer, en sus obras, en su paso por la vida que ha quedado impregnada de sus palabras y de sus actos. Y de esta manera, estos hombres y mujeres que suponen un avance en la condición humana, en la labor difícil y arriesgada de ser testigos, atemporales, de su tiempo, la misión compleja de no pasar en vano, en definitiva, de esta manera se construyen las sociedades, los pueblos, los progresos y el pensamiento del cosmos en su deambular por el tiempo.

Uno de estos grandes hombres, de estos testigos, singulares de la vida, es don Claudio Sánchez Albormoz, y digo es y no fue porque su presencia vive, su obra queda, su camino sigue abierto y es luz y guía de otros pasos y otros caminos que sin su presencia no existirían. Don Claudio, este madrileño-abulense-argentino universal no es de aquí ni de allá, es de quien necesite la luminaria de su obra, el ejemplo de su vivir y de su sufrir. También este es el destino de los grandes, más que su destino, más que su propio devenir, se produce así una metamorfosis íntima que hace, progresivamente, universales a los hombres, los despoja de su localismo, los reviste de fuerza y los lanza a los caminos del mundo, les hace ciudadanos de la tierra y pierden, pero ganan, su concreta ubicación, su minúsculo sitio en la pequeña historia de los pueblos.

El artista, el pensador, el escritor, el investigador auténtico pasa por el proceso extraño del desarraigo, si bien el corazón está donde está, si bien el pensamiento íntimo está en un determinado lugar, pero es el desarraigo lo que universaliza y lo que

hace la vida transcendente, entendiendo por desarraigo la mente abierta, la obra abierta, el interés abierto a toda la humanidad, sea cual sea el tema, la forma o el terreno en el que se trabaje.

Don Claudio bien supo de la vida como anhelo, bien suspiró por su España, bien se acordó y se lamentó de su Ávila. Y dejó páginas hermosas sobre sus dolores de exilio, sobre los recuerdos de su tierra. Páginas que son una antología del amor y del recuerdo, un friso de la esperanza y de la visión más auténtica de sus deseos. Desde Argentina, donde hizo su propia escuela, donde dejó su propio trabajo en marcha, sus discípulos más queridos, nos enviaba siempre el lamento de su distancia, hasta que un día, después de tantos años y tantos recuerdos, volvió a España para siempre, volvió a Ávila, a la ciudad de sus mayores, a la ciudad de sus hijos, a la ciudad de sus ojos, diminutos y ocultos en su pasadizo de inocencia, siempre en Ávila, y aquí finalizó sus días y dio paso a su huella por el mundo, la huella del conocimiento y el universal estudio, y un día caluroso del mes de julio, en Ávila, la campana melancólica de San Pedro sonó y alguien gritó por el alma de don Claudio. El cielo estaba azul y el sol golpeaba las almenas de la muralla. En Argentina era invierno.

D. ALFONSO QUEREJAZU

Me viene a la memoria, ahora, la presencia y el recuerdo de D. Alfonso Querejazu. Paradójicamente, yo nunca le traté: sí le ví, sí me crucé con él por Ávila, y su imagen es difícil de olvidar, no pasaba desapercibida, y ha sido después, a lo largo de los años, cuando se me ha ido descubriendo el personaje, la verdadera identidad de aquel hombre alto y desproporcionado, casi como un junco desmesurado, todo espíritu y extraño vigor interior, comunicante de muchas sensaciones que, a pesar del desconocimiento, ahí quedaron grabadas en el recuerdo, ese recuerdo que después se ha ido reelaborando con noticias que surgían de distintos testigos y diferentes fuentes.

Todo el mundo que le conoció coincide en el aspecto derrochador de su capacidad de comunicar, en la impronta de su personalidad: la palabra y la veracidad de su persona eran sus rasgos más influyentes, sus dones más próximos, y ese magnetismo producía grandes admiraciones y un respecto unánime en todos los que le trataron. Todos hablan con veneración, con muestras inequívocas de cariño y de respeto hacia este misterioso hombre que aparece, un buen día en Ávila, y se quedó para siempre; que viene de otros caminos y otras ocupaciones, y se ordenó sacerdote, y dedicó sus años de madurez a la diócesis de Ávila.

D. Alfonso Querejazu se rodea de grandes intelectuales y de importantes escritores, y esa amistad íntima y constante se fue cuajando aún más en su obra más conocida: las Jornadas Católicas de Gredos; pero la vida cotidiana de D. Alfonso, la vida diaria, la llenaba con sus clases en el Seminario Diocesano

de Ávila y otras ocupaciones de carácter religioso, todo ello desde la sencillez y la humildad que le caracterizó y que todos los que convivieron con él señalan como constante de su manera de ser. No hay duda de que la personalidad de este hombre es captada por todos y en todos influye. Olegario González de Cardedal fue uno de los más cercanos y de los que mayor huella recibe de D. Alfonso, y a la muerte del maestro, fue el encargado de preparar el homenaje que la B.A.C. publicó en sus fondos, donde recoge las impresiones escritas de muchos de los amigos participantes en las Jornadas de Gredos, junto a escritos del propio Querejazu y algunas cartas del epistolado personal. Pero de D. Alfonso hablan todos los que le conocieron y trataron, todos indican los mismos rasgos de su influencia y todos le recuerdan como un hombre que vivía desde la autenticidad de su convicción interior, y por ello marcaba profundamente a todos los que trataba y quería. Una personalidad así, una manera de vivir así, un concepto del hombre así, una religiosidad así, no podían pasar desapercibidos, es más, no pueden ser jamás olvidados; lo importante de D. Alfonso debió ser su ejemplo y su visión universal de las cosas, su vivencia intensa y su humanidad sin límites. Cuando Luis Rosales me habla de D. Alfonso, se le enciende una lucecilla misteriosa y lejana, y sus palabras son recuerdo venerado y pena honda. Vivanco lo ha dicho muchas veces en las páginas de su diario, publicado en Taurus, y todos, sin excepción, cuando nombran a D. Alfonso Querejazu lo hacen desde el más vivo sentimiento de amistad y de respeto, desde la seguridad de lo plenamente auténtico, desde el recuerdo emocionado y sincero de un gran hombre.

BÚHO REAL

La dominación de la mirada está en sus pupilas que todo lo pueden; de sus ojos se evade la realidad y se enciende la noche, como si una luminaria sensación de poder albergase su reino de oscuridad, el búho real aletea en el insondable mundo de la pasión de las estrellas.

Los ojos se pueblan de espacios inconcebibles para la diurna promesa de la luz, pero son luz, tan inmensa luz que el cenagoso instante de la oscuridad se ilumina de su sabia ignorancia, y todo lo puede, todo; lo sabe todo, lo presiente todo, con la observación de las cosas se hace guardián de los sueños, presa de las melancolías del espíritu, este gigante pájaro de plumas perfumadas, de alas de viento incontenido, de certidumbre y de pasión de lunas, este búho real se pasea por Gredos, por los caminos, las encinas, y atraviesa la noche hasta el amanecer, cuando el cansancio de la realidad impone su paso, da el coletazo inesperado y anida, presuroso e íntimo, en la seguridad, en la verdad de las ramas cuajadas, en el cobijo de los rayos que molestan su hacendosa persecución de lo infinito.

Búho real que cabalgas el prado y la maleza, que surge inesperado, perdido, cuando algún foco de luz despista su grandeza: acostumbrado a transigir con lo desconocido, a apalabrar la medianoche con los buscadores de sueños, acostumbrado a volar sin miedo, sin obstáculos, sin nadie que persiga su dorada serenidad, el dominio que impone a los sentidos, todos abiertos para el triunfo, para el dios de la noche que le corona de verdad y de albura. No será visto nunca, no será visto más que por los que brillan en su serenidad, los que confían en su trono.

Sólo aquellos que en la mirada también lleven el estigma de la noche y la sabiduría, sólo aquellos podrán intuir que existe, y será visto en la noche cerrada, en la negra más negro que la negra oscuridad de frío y ala. Su alma se puebla de rocío encendido, del aroma de las mañanas y la persuasión de la ajada noche claudicante.

Esos ojos serán, junto a la anchura de sus alas, con el poder de su generosa rapidez, serán las ventanas que aún quedan abiertas en la caverna de los sonámbulos, en el atrevimiento de los osados, en la decisión de los generosos, símbolo son, y realidad certera, sus pupilas silbantes; sobre su poderosa magnitud se adormecen los últimos de la vida y los trasnochadores corazones sin miedo. Y estarán en su propia deuda sosegada y certera los que también pudieron ser búhos de la esperanza, don Miguel de Unamuno que bien sabía mirar donde no llegan los ojos de los rostros humanos, o el pintor Díaz Castilla que tiene la suerte de ser partícipe de muchos vuelos últimos en las madrugadas de Gredos entre encinas que cubren sus aladas mañanas.

Pero el búho real distingue todas las melodías de la noche, nada le engaña, y nadie, bien lo sabe con el sentido más delicado de su sabia presencia, y cuando vuela, abierto hasta despeinar los vientos que se alejan, en su espacioso ritmo lleva los secretos más hondos, las intuiciones más precoces, el salvaje y rotundo silencio que sólo su lenta y profundísima soledad conoce enteramente.

UNAMUNO Y ÁVILA

Gustaba don Miguel de Unamuno de los viejos rincones de Castilla; las ciudades viejas y auténticas que esconden en su interior todo un fluido de vida, toda una razón de ensueño, viejas pero llenas de bellas arrugas, siempre impasibles ante el paso del tiempo, como si al detenerse escondieran toda su fragancia y su rancio sabor.

De las ciudades de Castilla, Ávila es la que mejor conserva su milenaria soledad, su medieval coraza que hace de ella un canto a las esencias de sus viejas raíces, el primitivismo que tanto gustaba a toda la generación del "98". Y Unamuno, como sus compañeros literarios y pictóricos, aman y buscan el sentido interior de Ávila, su mística supervivencia, el aire monacal y guerrero de su piedra eterna, y la recorren, y la glosan en el corazón y en la pluma, dejándonos su memorable visión de la ciudad, el eco de sus pasos por estas calles y estos rincones, respirando la misma atmósfera que la baña aún, que se guarda aún, a pesar del tiempo y las distancias, a pesar de los cambios sufridos y del progreso que se instala en su modernidad.

Fue Unamuno, lector de nuestros grandes escritores clásicos, Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, quien comparó a Ávila con el Castillo Interior de la mística teresiana, todo un castillo de piedra barroqueña dorado por siglos de soles y por soles de siglos, y en su escritura genial se arraigan las emociones de todo lo abulense, de su ciudad y de sus grandes personajes.

Pero lo que más amó Unamuno fue Gredos. Este espinazo de España, esta alta y encrestada espina dorsal, era uno de los lugares preferidos del escritor. No sólo conocía perfectamente

todos los secretos de Gredos, sino que elevó sus cimas a la categoría de símbolos, a la esencialidad de todo su pensamiento, y allí encontró el paisaje y la motivación espiritual que su agónica existencia necesitaba. Unamuno siente y se duele de España, y en ese sentir y en ese dolerse está Gredos, está Castilla, está Ávila; lugares para el reencuentro con la emoción interior e íntima del buscador, del que no se detiene en la lucha por ser, en el destino, en el dolor. Más allá de todo, mucho más lejos de todo está la necesidad de reflexionar su propia existencia, de cuestionárselo todo, de bucear por el corazón del espíritu inquieto y firme.

Gredos. Y desde esta irreal belleza que se acerca hasta el azul de lo infinito, el hombre frente a la inmensidad, el hombre frente a la grandeza de sus picos y de sus lagunas, de sus alturas y de sus entrañas de roca dura y eterna. Exiliado en la frontera de España, dolido en su más hondo pesar, don Miguel de Unamuno sólo suspirará por Gredos, le faltaba su Gredos, sentía la nostalgia de este rincón de España, de esta coraza de Castilla, sierra del dolor y del gozo, Gredos de la esperanza y del recuerdo, aliento que permanece vivo en su soledad y en su melancolía.

Unamuno y Ávila, con la fidelidad de sus dones, con el silencio de sus escondidas palabras, en el dualismo del encuentro, vieja ciudad y nueva piedra allá por las cimas siempre nuevas, en la savia del mensaje de Teresa y Juan, en el enigma de un alma que ha sentido tan hondos los secretos del tiempo y de la vida allí detenida.

LUIS MAZZANTINI

El amigo y gran taurino Benito Blázquez tiene un pequeño pero intenso museo taurino en su propia casa. Desde la entrada, por todas partes colgados los hermosos carteles multicolores de la fiesta, las fotografías, los recuerdos de toda una vida, allí reunidos, al lado de una copiosa biblioteca sobre el tema y para completar la colección, numerosos cuadernos repletos de entradas, motivos taurinos, pequeñas joyas llenas de sugerencias.

Al salir de la casa, una fotografía, entre las fotografías, me llamó la atención, era un torero ya algo entrado en años, pero con la serenidad, la elegancia y ese don que no sé de dónde les infunde un halo especial, una inexplicable galanura propia del mundo de los toros, de ese universo tan personal que es todo lo que rodea a la fiesta nacional. Ese torero era, me dijo mi amigo, Luis Mazzantini, uno de los más afamados matadores de la época, de origen vasco, conocido en el mundillo taurino por su elegancia y su sabiduría en este bello arte. El dato que a mí me interesó escapaba de lo propiamente técnico: Mazzantini fue, durante algunos meses, gobernador civil de Ávila. Mi buen amigo Benito me facilitó las fechas exactas de su breve gobierno en Ávila, desde enero a mayo de 1920, y rebuscando en su fiel memoria y en su buen archivo, me comunicó nuevos datos de esta historia curiosa del maestro Mazzantini.

En la festividad de Santa Teresa, en el año 1903, fecha tradicional en Ávila que suele ir acompañada con espectáculo taurino, Luis Mazzantini Eguía toreó en la antigua plaza de toros de Ávila. Recuerdo bien la añosa plaza antigua, en San Roque, cuando la ciudad se terminaba allí, en la carretera de Toledo;

aquella plaza recoleta y de piedra grisácea, y recuerdo bien los festejos que allí, siendo niño, se celebraban. Son imágenes que pertenecen a un recuerdo casi minúsculo, envuelto en la negrura azabache de los toros arrastrados por las mulillas de colores, musicales en su tintineo claro y dulce. En aquella plaza toreó Mazzantini un 15 de octubre, imagino que de uno otoño gris y melancólico, a principios de este siglo y algunos años antes de ser nombrado gobernador de la ciudad.

Actuó como único matador, estoqueando en solitario cuatro toros de la muy acreditada ganadería del Campo de Colmenar Viejo, propiedad de los ganaderos hermanos Aleas. El espectáculo debió ser impresionante, con la plaza hasta la bandera, en un ambiente de fiesta característico en este día tan abulense. El arte de su mano y de su capote, la belleza de su faena, todo ello hizo que este día de toros, que esta tarde de toros, Ávila vibrase con fuerza ante el gran torero.

Pasados los años, por influencia y amistad del torero con la Infanta Isabel más conocida como la Chata, y el presidente del Consejo de Ministros D. Práxedes Mateo Sagasta, ambos asiduos de Ávila, donde era fácil y habitual verles, el torero fue nombrado gobernador de Ávila. La gestión del torero-gobernador, o del gobernador-torero, pasa desapercibida si no fuese por un curioso dato que acompaña al periplo de su presencia en Ávila: Mazzantini decidió subir el pan la cantidad de un céntimo, medida tan impopular y tan poco oportuna que las mujeres de Ávila, alarmadas por la carestía, decidieron hacer frente a la decisión del gobernador Mazzantini. Quizás fue ésta la primera manifestación femenina de la historia, al menos de la pequeña historia de Ávila, pero lo cierto es que el gobernador, ante la fuerza unida de las mujeres, no tuvo más remedio que anular la orden y dejar el pan en el precio antiguo. Posiblemente Mazzantini era uno de los más populares toreros de España, si bien como gobernador tuvo que enfrentarse con faenas más duras, con empresas más delicadas...

E. LÓPEZ BERRÓN

Este pintor moraño, de la tierra teresiana de Gotarrendura, tan cercano a los trigales de Casilla, pero viajero por los paisajes de España, viajero por las tierras de Ávila, y desde la impresión, desde el color y la luz en sus ojos, pintor con los designios de la tierra.

Afincado en Madrid, pero tan abulense que desde el Hogar de Ávila imprime su amor a la cuna, y desde el pincel la recrea y la enamora, como él bien sabe, tanto que se vislumbra en su hacer un pequeño pero intenso silencio volcado en sutileza, transformado en tierra, la que le llama y la que le envuelve con sus lejanías tan próximas. López Berrón tiene como primer don el ser tan cercano a todos que la amistad se vuelve en él ternura y verdad sentida. Lo sabemos todos los que de alguna manera lo hemos podido vivir, y hay en su talante todo un artista que precisa comunicar decir, expresar de muchas maneras su sensibilidad patente. De la Moraña lleva esa ilimitada visión del horizonte, y en Madrid ha aprendido a contemplar la ciudad, los rincones y las calles, la luz distinta, el pasar de las gentes a su lado, la impresión de la lluvia y los rumores complejos de la gran ciudad.

Desde sus cuadros se llega a los parajes diversos de nuestra geografía, y el mar, y la campiña dorada, y el Arco de Cuchilleros, y el Museo del Prado, y la ría de Bilbao se presentan en sus cuadros con la melancolía de días y de instantes nublados, lloviznosos, casi románticos. Esa es su lección secreta, su mirada transformada, su pasión de artista. Recorre los lugares para revivirlos después, para interpretarlos, y lo hace

con la suavidad de momentos dormidos en un segundo de vida y de acción. Paisajista es, con el magisterio de no sólo narrar lo que el paisaje dicta; mucho más lejos se expansiona su deleite y su sutil paso por las personas y las cosas.

No hace muchas Navidades, ha paseado por el mundo la imagen de Ávila en las tarjetas de felicitación de la U.N.I.C.E.F., y esa imagen tan conocida ha llegado a los hogares del mundo en la celebración de la Navidad, con una finalidad absolutamente humanitaria y universal. Esto añade a su personalidad la categoría de su humanidad, y juntas producen un artista que en sus raíces se aposenta en Castilla, en la más llana Castilla, pero que en su visión aparece el mundo, se abren sus deseos de llegar hasta donde el corazón presiente. López Berrón dedica todo su tiempo a pintar y a imaginar, a llenar sus horas de todo un mosaico de vida, placentera vocación que le llena y le habita, que le contagia el optimismo que su pasión por las cosas nos muestra de forma evidente.

Es preciso acercarse hasta su obra, hasta su mensaje inquieto y transparente. Después vendrá el silencio que se adueña de ese rumor oculto de su palabra allí dicha en el color y en la sombra, en el agua que se toca, en la lluvia que va deslizándose sobre los empedrados o en las fachadas. Otras veces luz de trigo y de avena, toda la luz posible de su Castilla más sentida.

A. OTEIZA Y ÁVILA

Un buen día, el viajero que recorre el mundo, que navega los ríos y los mares sin descanso, llega a Ávila. Circunstancialmente, lo que estaba previsto como un alto en el camino, se fue demorando, se fue dilatando hasta hacerse presencia constante, lugar de referencia, vuelta necesaria para seguir trabajando en su tarea, en su plan creativo.

Antonio Oteiza, ese vasco que es más bien hijo del mundo, heredero de la experiencia, viajero sin fronteras, como su vida como su visión de las cosas, como su capacidad de crear y de inventar, siempre, con la derrochadora capacidad de enfrentarse a la obra, al barro, a la forma, al sentimiento de las cosas que en su mano se pluraliza y se hace ancha. Sorprende en la obra de Oteiza el sustrato de los grandes maestros que en él se indeterminan hasta la peculiar forma suya de creer en el arte, de disfrutar en el arte, de saborear la creación como se saborea un silencio o un instante grande en el corazón, y A. Oteiza sabe mucho de lucha y de búsqueda, de reencuentro y de huida, de éxodo y de vocación sin límites.

Hay detrás de su obra todo un tratado sobre arte, una concepción muy meditada, una creencia muy honda: Oteiza se subordina siempre ante la vivencia, ante la acción, y se pasea por las cosas con el mismo desapego que un segundo de nadie, que un momento callado y elemental; esa es su poética más intensa y su verdad más transmisible. Porque el arte es para Oteiza como una continuidad, como una búsqueda de sí mismo, un ancho abismo por donde se despeña desde lo más íntimo, un precipicio necesario para sobrevivir. El artista está con el hom-

bre, inseparablemente, está con el ser humano que duda, que lucha, que piensa. hay un compromiso que más que nada obliga, determina y solidifica un carácter hecho para la vida, para el derroche del amor y de la amistad.

Encontró Oteiza en Ávila un punto de reflexión y un lugar tocado por los misterios del tiempo y la belleza. Se dio cuenta que Ávila es sobre todo ciertos ecos que a él mucho le servían... Pero a su vez le queda demasiado pequeña, y por ello escapa y vuelve, huye y se marcha y retrocede, camina por sus mundos y, de cuando en cuando, retorna como el caminante que siempre encuentra un pozo fresco y una luz temprana.

Porque lo que más le interesa a A. de Oteiza es la vivencia cercana, lo popular, el valor universal del arte, la interdisciplinariedad de todos los elementos que forman lo artístico, y se aleja de visiones constreñidas y demasiado elementales, pequeñas como la visión y la permanencia de todas las cosas que se quedan en su esencia más mínima, en su verdad a secas.

Oteiza y Ávila. se entienden desde la voz de San Juan de la Cruz, desde las grandes palabras de sus piedras bellas, desde la gratitud de su mirada que busca y siempre se revela, gran luchador de la vida, gran capacidad de escapar de lo inmediato para refugiarse en lo atemporal y traslúcido y permanente, sólo humilde y pequeña pero intensamente humana y alta como la transcendencia.

M. ZAMBRANO Y SAN JUAN DE LA CRUZ

En la edición de un monográfico dedicado a la escritora María Zambrano por la editorial Litoral, la famosa colección de estudios de la Generación del 27, que dirigió Manuel Altola-guirre y Emilio Prados, en este número especial, publicado en el año 1970, se editan algunos breves ensayos de la escritora, junto al homenaje de pintores y escritores.

Uno de los dos ensayitos lo dedica María Zambrano a San Juan de la Cruz, y esta rara pieza de la escritora, apareció por vez primera en la revista Sur de Buenos Aires, en el número 63 de diciembre de 1939. Comenzó a escribirlo María Zambrano en Barcelona para la publicación "Hora de España".

"De la Noche Oscura a la más clara mística" titula la escritora, recientemente desaparecida, su trabajo sobre el poeta de Fontiveros, y la rareza de esta pieza, así como su singular belleza, sorprende al lector, sobre todo por la delicadeza con que María Zambrano estudia la poesía de San Juan de la Cruz, por la hondura con que ella trata la obra del místico, "el Santo de una ciudad castellana, temblorosa y ardiente, el Santo de una antiquísima religión cuyo nombre es ya la poesía, el Santo que es poeta...", dice la escritora, partiendo desde la capacidad de poetización de San Juan de la Cruz y su dedicación singular a la poesía, como esencialidad de su carácter y de su sentimiento.

"¿Qué religión es esta del Carmen que permite la poesía, que la engendra?", continúa María Zambrano, y se pregunta por

todas las extrañezas del Santo, por todas las grandezas de su vida interior, de su capacidad de decir, de sentir, y se lamenta "hace tiempo, muchas decenas de años, monótonos que nada vuela, que la tierra se ha vuelto definitivamente sólida y ha embebido en sí misma todos los sucesos que la poblaron..." porque reconoce la escritora "que no estamos acostumbrados a que alguien vuele sobre su aire transparente". Reconoce la especialidad del sentir castellano del santo, su dureza y su sequedad sobrecogedoras, "la tierra amarilla es costra endurecida que cubre las entrañas que se presienten de fuego, la "morada" de ese fuego que ha ido a esconderse". En bellísimas palabras dice María Zambrano "¿Cómo sería Castilla cuando de ella salían pájaros que cantaban, que oían y transmitían la música callada, la soledad sonora? ¿Cómo sería cuando un Santo poeta era su poeta y su Santo?", explica toda la esencia literaria de San Juan de la Cruz desde esas raíces de Castilla, los años en Salamanca, los importantísimos de Ávila, los momentos extremos de la cárcel-convento de Toledo, y lo hace con la claves necesarias para dotar de vivencia su lenguaje, "la ley de Castilla es la soledad, la soledad desnuda sin música ni palabras, muda soledad por la que no canta ningún pájaro..." Impresionantes páginas que hace más de cincuenta años, desde el exilio, en la soledad también de la lejanía, escribió la escritora malagueña, María Zambrano, en la delicadeza de la emoción de su sensibilidad y su conocimiento, páginas que deberían reeditarse en este año como doble homenaje, a quien las escribió y a quien llenaron de belleza al escribirlas.

EL MAESTRO

De forma definitiva, casi como una lección que no puede olvidarse, la niñez se marca por la influencia del maestro. Quizás más antes que ahora, cuando la información y la mayor parte de la actividad se realizaba en la escuela, lejos de las televisiones y los videos, lejos de la inmensa labor de los medios de comunicación que asaetea con sus mensajes constantemente.

La primera vivencia se adentra en esa relación personal, en el valor de la persona, en la carismática presencia del maestro. Aparte de las primeras letras, de la maestra de párvulos, que merecen un largo apartado dentro del recuerdo, está el maestro que hoy me viene a la memoria, como tantísimas veces, y que marcó, con su presencia y con su saber hacer, grandes páginas de la vida, muchas y singulares relaciones que no pueden olvidarse. Aquel maestro, desaparecido hace ya algunos años tenía el rodaje de muchos cursos a su espalda, algo encorvada por el tiempo, y en su sabiduría pedagógica conocía perfectamente cómo llegar, cómo acercarse hasta el alumno, de tal manera, de tal forma, que hacía de la convivencia un placer siempre renovado. Era su táctica sencilla pero muy difícil, tanto, que su contacto diario era la renovación que nosotros sentíamos sin poder explicarla, sin llegar a saber, entonces, dónde radicaba su secreto. Sencillamente era un experto en el conocer, en el querer, en el lado tenue de la ternura, y con ello conseguía resultados manifiestos y sorprendentes.

Imagino que los alumnos de ahora no son como los de entonces, pero también estoy seguro que sus diferencias no son

tantas que se polaricen, que hagan muy distinto el ejercicio de la enseñanza: las generaciones suponen cambios, nuevos horizontes, mentalidades en evolución, pero lo esencial del ser humano, lo que se sitúa en su centro más permanente, no cambia, o varía poco. Por las manos de D. Serapio, que así se llamaba, pasaron muchos alumnos, generaciones enteras, y estoy seguro que todos, sin exclusión, le recordamos con la misma intensidad, y muchas veces viene hasta nosotros su pequeñez de altura, su sonrisa abierta como un paisaje, su bondad acariciadora, su sensibilidad para el trato y eso que hoy, moderadamente, llamamos de diversidad. Sabía, con intuición certera, que cada muchacho era un mundo, que su capacidad era diferente, que su trato y su dedicación eran esenciales para sacar todo el provecho que él buscaba.

Me llega, como muchos días, su imagen sencilla, envuelta en los inviernos en su gabardina clara, su talante paternal, donde se vertían todas sus ilusiones, que eran las nuestras, y siempre su sombrero de ala, su sombrero que había sustituido a su boina negra de siempre. Hay cosas que no se olvidan aunque el tiempo intente llevarse su perfume, el néctar que de ellas queda en nuestro recuerdo, porque todo lo que le afectaba a él, nos preocupaba por extensión a todos, o al contrario. Eramos partícipes de muchas cosas que nos ataban, con hilos de seda, a su propia vida. Cuando D. Serapio apareció con su "seiscientos" blanco, nuevo, recién estrenado, la novedad fue tan intensa que parecía que todos estrenábamos, aquel día, coche. Alrededor del vehículo, rodeándole, nos enseñaba su nueva adquisición con la complacencia de quien lo comparte hondamente. Sería innumerable contar los años que pasamos a su lado a través de los recuerdos ordenados de esos días. Cuando nos despedíamos de él para iniciar el bachillerato, se rompía el paraíso, iniciábamos una nueva andadura huérfanos de su bondad y sus palabras. Yo sé que las generaciones presentes podrán llegar a sentir esto, a vivenciarlo así... una parte de nuestra vida fue salvada por el amor y la caricia del maestro.

LUGARES



 Institución Gran Duque de Alba

LA PRIMAVERA

La primavera siempre es diferente. Su abril emana y transforma la vida con ritos ancestrales, siempre nuevos. Y en Ávila, ciudad sin primavera, sólo los que permanecen atentos, expectantes tal vez, pueden notar como un súbito desorden, como un irremediable don, hace surgir, desde pozos y sombras, la fuerza de un chorro nuevo y poderoso. No a los ojos, nunca en los fértiles sentidos trastocados y mudos, más allá, donde una reticente vendimia de jugos y de mieles puebla la vida oculta o la maleza, allí surge, y la vemos, puede verse, nacer y enmudecer, con fresco aliento y poderoso enigma. La primavera en Ávila, es un regalo de los dioses, aparece sin ser nunca notada, sin anunciar su advenir indeciso, pero está, se deja ver en una sutileza de cristal y de llama, en los pies de la sombra que apresura sus destellos plumizos, en la quieta presencia de un ala o de una brizna de hierba. Y en ese lento pervivir, en ese lento coraje que erradica del viento no sé qué pésimos designios, va apareciendo su anunciada paloma, como un polvo que se pega a las cosas antiguas, a la solera de la vida, y entonces, saturando la piedra de nuevos colores, desfila ante la cotidiana realidad y la baña, dulce y suavemente, mientras la ciudad va regalándose una flor o una espiga. Pero la primavera siempre es diferente: a pesar de su anunciada fecha en los calendarios, y más en Ávila, donde parece no existir, como si nunca hubiera sitio para su paso, para colarse en los balcones y en las plazas, en los parques aletargados de tan largo invierno, en las retamas y en los cerrillos de los alrededores.

Sólo quien ha descubierto los mágicos secretos de su lenta llegada, podrá notar que el cielo desprende una más acariciable

luz al mediodía, y que las horas se alargan en un ritmo inconcreto, a pesar del reloj y de otras horas más íntimas y claras, a pesar de la sorpresa de la noche y del frío. Porque la primavera, en Ávila, se busca en un despertar que la piedra acusa lentamente, como una metamorfosis difícil de ser identificada, y en su cambiante existir se va despertando un chorro de melancolía que se mezcla con la luz diáfana, siempre, de las horas suaves del atardecer. Y esa metamorfosis que es lenta y tan inadvertida va derramando un olor que se esconde en los rincones de los muros, en las tapias desnudas, sobre las piedras viejas, en el destello que la luz rompe en la almena. Y así va apareciendo, sin apenas notarse, una inquietante música de pájaros que en El Rastro musicuea en las mañanas, que en vuelo preciso recorre y pinta círculos de viento. De pájaros y alas se llena la ciudad y se anida en una lentitud sorprendente sobre brotes de flores y de hierba que reverdecen aquí y allá, como desconectados, sin posible armonía.

Porque la primavera siempre es diferente aunque suponga la inaugural presencia de la vida cíclica y nueva, renovada en un expectante rito.

Ávila sabe despertar después de tantos días de oscuro frío, aunque no sea reconocible más que con los ojos recónditos que hacen posible lo mágico y lo inexplicable, como esta primavera que ahora se asoma, que en mayo empieza a abrir los ojos, esos ojos que han ido despertando lentamente sin que apenas parezca un renacer, cuando la piedra, el cielo y los campos van ya notando su mano temblorosa y caliente, frágil y ardua, y la mirada pueda, por fin y en desconcierto, notar su abierta plenitud de savia nueva.

EL PALACIO DUCAL

De seda y oro, algo pálida aún, la duquesa ha abandonado su rincón preferido; la mecedora frente al balcón y los jardines, rumor y verde, donde el primer reflejo de la mañana inaugura la posesión del palacio, el primer rayo que en la fachada gris de piedra fuerte y poderosa, va calando hasta bañar la estancia. Y entre el gran cortinón de raso rojo, en haz de fuego, una placidez de brisa y de rocío contamina la habitación donde se des-pereza, lenta y furtivamente, antes de descender las escaleras alfombradas de geométricas formas, antes de hundir su pie sobre el mullido camino hasta el gabinete privado, cuando la mañana es aún silencio en el entorno, en las habitaciones del servicio, en las alcobas de invitados. Un trajinar escurridizo y difuso, que apenas se percibe, llega desde las caballerizas y las cocinas, como un sonar de pucheros y porcelanas, y el piano descansa plácidamente en un rincón, adornado con flores, aún vibrante de la noche anterior, cuando sonó en la última velada al amor de la conversación y el vino.

La duquesa piensa en la corte y sonríe. Por sus ojos des-ciende una mueca de anhelo y se frunce su rostro en un despre-cio inconcluso, casi un matiz desconocido, sacudida por tales pensamientos, y un escalofrío recorre su cuerpo sin saber bien por qué remotas razones.

En Piedrahíta los labriegos ya han comenzado su tarea, y en las huertas y en los campos se trabaja desde hace horas, cuan-do el sol, tímidamente, asomó en la mañana. Gredos descansa en la altitud de roca y entrona la piedra y sus perfiles, y se va apoderando del palacio todo el despertar y la vida, rompiendo-

se el remanso, escuchando las fuentes que ya inician sus chorros, limpiando los senderos de hojas amarillentas, cuidando los rosales que han abierto sus frutos, y ya el patio de armas prepara las carrozas, se adecentan los cuartos, todo se pone en marcha como en una armonía del existir apacible del campo y sus regalos, lejos del intrigante vivir de Madrid y la Corte, del poder y sus pompas, de toda servidumbre.

La duquesa recorre los jardines con lentitud y paso sosegado, mirando las pequeñas margaritas que crecen; de cuando en cuando, se detiene un instante cubriendo su cabeza con la sombrilla de bordados y puntillas orladas, gozando de una paz que embriaga, y piensa; por su mirada vuela un instante el recuerdo, pero un sacudimiento de su cabeza rompe los fantasmas que añora, y desprecia en lo más hondo de su alma esa vida, la vaciedad de un mundo que se envilece y premia el servicio sumiso. Cuando respira siente que se llena de libres suspiros y que puede sentir lo más auténtico, la verdad con mayúsculas.

El palacio se queda solitario a lo lejos, levantado en la dura corteza de la roca, bañado por el sol que, poderoso, invita al goce y al descanso. Su sobriedad contrasta con las terrazas de flores y macetas, con la verdura ya nacida, con el frescor cálido de las enredaderas, con el agua que mana. Allí Goya sintió la vida libremente y llenó sus pinceles de esta paz insumisa. Allí habitó el secreto de tanto paraíso don Ramón de la Cruz y escribió sin descanso. Y los poetas fueron a cantar a la vida y a olvidar desengaños... Por sus piedras respira Somoza y se escuchan los ecos de sus pasos perdidos. Allí se hizo posible la libertad y el viento.

La duquesa lo sabe y en su pecho lo esconde como secreta venganza muy oculta. Ella misma se siente como pájaro libre. Al respirar se lleva todo el aire que pasa, y cuando mira Gredos, cuando mira a la altura, el corazón se siente renacido de nuevo. Acaricia una rosa, muy despacio, recorriendo el sendero, escuchando las fuentes; hay en su rostro, de cálidos secretos, un resurgir de paz y de esperanza.

LA SOMBRA DEL CIPRÉS

La sombra del ciprés aún es alargada. La muerte agota sus mismos lutos, esas oscuridades que agolpan la tristeza en el centro del alma, naufragando el instante en una playa desnuda y sin espacios: la sombra del ciprés se prolonga hasta rozar con su aguja de hielo el dolor y la espera, la ingente zozobra de sus brazos tan largos, la identidad irreconocible de sus pasos muy quedos. El muro blanco y el ciprés erguido, que dijo Machado, y la desolación de la tristeza que el ciprés pone en su asombrado instintivo secreto, esta altura que llama hacia la altura y que empuja para abarcar un despegue de furtivas noticias.

Aquel muchacho que en el ciprés encontró la sombra después de haber mirado la ciudad nevada desde los Cuatro Postes, tanta blancura mágica en luna llena, con la noche, para que aún sea más idílica una ciudad que en la nieve ha encontrado su perfecta caricia. No es fácil imaginar la visionaria pasión de la luna irradiando sus brazos frescos en la piel antigua de Ávila y sus torres, y sus graníticos matices, ensoñando lo que recibe en sus brazos cada noche, cuando se hace buscar de estrellas el silencio.

Aquel ciprés de la sombra altiva y semejante a las manos que permutan la cotidiana existencia en la quietud más honda, trasladando su languidez a la tierra y a los contornos de la muerte; aquel ciprés que dejó su letargo antiguo y primitivo sobre el polen de la desolación, llenando los huecos de la noche con más noche, vaciando las esperanzas y abandonando el quimérico guante que acaricia con sigilo.

En Ávila, Delibes encontró la sombra de un ciprés que daba sombra a toda una ciudad que cobija en sus ramas, como abrazando sin desvelo, cada rincón y cada pensamiento, cada plaza vacía y cada esquina helada por el tiempo. Y aquí su vista encontró la inquietante búsqueda de la muerte, murió también un poco paseando los lugares por donde la sombra de sus seres imaginados fueron también la sombra del ciprés, para llenar de vida sus páginas necesitó beber de un vivir cincelado por un tiempo muy quedo, por la severa ley de una ciudad parada frente al mundo. Y atravesó todos los rincones que guardasen, en sus hornacinas de polvo y de ceniza, una señal del tiempo ido, una marca de todo su esplendor fustigado por la nostalgia de los años.

La primera salida de Delibes al mundo literario, inició su camino en Ávila y la muerte, en una plaza clara donde un palacio señorea sus heráldicos blasones legendarios, en las calles estrechas que conducen al río, en la muralla que apacigua, bruscamente, los vientos; la emoción de una atmósfera que sirve a la muerte. Y allí, en la vieja ciudad de las murallas, Pedro y su oscura languidez arrancó por un sendero que hacia un ciprés conduce, ya irremediablemente, como empujado por el fatídico destino, los días van dejando un poco de negritud en cada cosa, y acercándose al límite de la esperanza, todo se tiñe del perfume de esta ciudad que se desprende por sus poros del ayer y las sombras.

El pesimismo de la existencia invade los corazones acostumbrados a perder, siempre a perder, a dejar en el camino, olvidados, los designios y los deseos, las pasiones y los anhelos, la capacidad de apegarse a las cosas y no poder soltarlas, o hacerlo con dolor. No desear nada para no dejar nada, para, llegado el momento, no dolerse. Todo pasa. Todo finaliza. Al final sólo hay un ciprés y una sombra que, en los días de viento, se agita desasosegadamente. Prescindir para no dolerse, bien lo sabe don Lesmes, prescindir del ornato y la fría penumbra de sus estelas y sus pasos. No oír más que el eco nítido de su peregrina presencia...

La sombra del ciprés aún es alargada.

EL TEATRO PRINCIPAL

Los baúles continúan cerrados: rebuscando entre los restos que aún perduran, será posible ser D. Juan Tenorio, arrugada la tela como pingajo, y una pluma verdosa perdida entre calzas oscuras, medias deshilachadas, zapatos descoloridos, y largas capas negras que antaño relucían bajo la luz cetrina del escenario en las noches de función y de gala.

Ahora se desparraman junto a viejos papeles y recortes amarillos de tiempo (Gran Mago de la India; bailarina famosa; grandioso éxito en Madrid, hoy en el Principal) y los rostros se van perdiendo, por el suelo, mil veces pisoteados, roídos por quisquillosos ratoncillos que vagan, ecos de un esplendor que se diluye y se pierde en la destrucción más dolorosa.

Pero las luces se encienden y reaparece la mágica liturgia del espectáculo. Aseguro que es cierto, que unos minutos, quizás algo más, las luces se encendieron y el Teatro Principal era un hervidero de miradas expectantes, la platea y los palcos, lentos y distantes murmullos, casi como un cosquilleo de sílabas que resonaban en la bóveda, en las paredes sonrosadas, entre las butacas de terciopelo carmesí; y sobre la fiebre del público ya ansioso, la música que ensaya el prelude de la función, chirriosa y distorsionada, probando los instrumentos con ejercicios repetitivos como jaula de pájaros cantores, sin armonía, mientras las luces van descendiendo sus tonos lentamente y el escenario se ilumina feroz en un instante.

Todo es silencio. Las últimas garrasperas parecen despedirse en una tregua consabida, y rompe la orquestilla sus ritmos y sus sonos que el público aplaude vigorosamente.

Sólo se puede ver un pintoresco campo verde y naranja como telón de fondo, meciéndose no sé por qué fugas de aire o por imperiosas corrientes entre izquierda y derecha; es posible que la zarzuela fuese un idílico prado en primavera, o así lo pareciese, cuando la voz resquebrajó la sala, la voz solemne del tenor, entre esfuerzos gloriosos y chorros de garganta que corrían hasta lo más recóndito del teatro, y volvían chocando en los rincones, devolviendo esa furia quejumbrosa, para partir de nuevo en otra dirección, y de nuevo volvían, como cuando un río va dejando en la orilla las secuelas de su tránsito por los montes.

Fuera, la noche de Ávila es fría y negra, donde alguna farola, como perdida, acerca un hilillo de luz sobre las sombras, y se escucha, lejos y muy distantes, algunos ecos que perturban el inmenso silencio de las calles, algunas notas que pudieron escapar por debajo de las puertas y las junturas de las ventanas, huyendo, frenéticamente, hasta la noche para perderse, definitivamente, entre lo oscuro.

La vetustez del teatro perdió su esbelta limpieza de grani-to, comenzó a desquebrajarse como un rostro que los años han ido marchitando, reapareciendo arrugas, dejando ver su edad sin ningún miramiento.

Esquinado y en constante abandono, aseguro que a veces, cuando pasamos frente al portón que albergó tanta dicha, aún puede escucharse, remota y clara, dulcemente tal vez, la voz de un tenor que más que cantar, llora.

EL VERANO

Ya es verano. Y llegó como suele acercarse a Ávila: primero indeciso, tímido, casi sin darse cuenta, con pasos lentos y seguros, parándose en todos los rincones, en cada mañana, cada vez más suave, cada vez más íntimo, como si su presencia fuese limpiando el cielo, despejando las horas en una inquietante espesura de sol y luz, tempranos, y poco a poco, acelerando su paso, se cuela en los balcones, salta las tapias y se instaura el calor, ya irremediable, en las casas, en los parques verdes, en los campos quemados.

Algo nuevo sucede, y siempre igual, cada junio cuando se va acercando este cambio de ritmo, esta vertiginosa nueva forma de vivir, esta revolución de las costumbres; tiempo para el reposo, para el sueño sin prisa, para desaprovechar el tiempo con toda la consciencia, como a traición, vengadoramente, y disfrutar la ciudad con todo el entusiasmo, embellecida por un sol que emana la claridad sin regateo, y recorrer los paseos, aposentarse en las terrazas, cultivar el cuerpo y sus placeres en la regalada ternura de cada momento.

Esperamos siempre ver llegar esta efusión y este desenfrenado goce que nos bendice con sus dones, dándonos la intensidad de la vida, el cálido beso que el verano deposita, en el alma también, en la plácida memoria de otros veranos, punto de referencia para recordar, las tardes relajadas, la quietud de las horas. Y así, de esta sencilla manera de volver a vivir, el verano es un estado de ser, una necesaria paralización de lo que acostumbramos, de los hábitos que se ven destruidos por un nuevo tiempo más personal e íntimo.

Recibir a los amigos, alejarse de los lugares de siempre. Responder a la pereza que llama a nuestra puerta. O simplemente dejarse mecer por sus días como por un encantamiento furtivo y generoso.

He de confesar que el verano en Ávila es un descubrimiento renovado cada año, y que yo prefiero disfrutar este tiempo en su gentileza inusitada, en la mano que te posa en la piel, en su nítida pasión de luz y cielo.

Nada es comparable a sus horas vacías en estos meses de remolones sueños y días infinitos. Nada es comparable. Quien descubra cómo se va asentando en nuestras vidas su pausado llegar, su lenta presencia, su clandestino fruto, comprenderá que en Ávila el verano es siempre diferente y nuevo cada año.

PUERTAS DE ÁVILA

Entrarás en Ávila: antes de que su luz te acoja, antes de que "la casa" que Unamuno sentía dentro, y habitaba de sueños y de soles, te sorprenda, elige por qué puerta deseas llegar a la ciudad, por qué misterio penetrarás al castillo de Ávila, a su fuerte e inmensa soledad, y cuando pases, cuando llegues a sus alrededores y atraveses sus umbrales, mira al cielo.

Cada puerta te mostrará un secreto. Por cada plaza o cada calle entenderás algún enigma. Por cada hueco de su inmensa muralla, verás una distinta magnitud, una irrealidad diferente. Que nada escape de tus ojos: si vas por San Vicente, por la gran puerta de señoriales almenas, una calle sombría y una fuente, palacios sobrios, torres que sobrevuelan a lo lejos, darán la bienvenida a tu mirada, se te ofrecerán como esperando siempre una caricia de sol, sentirás que su viejo silencio es hondo como un pozo, y entenderás el alma de Castilla, entenderás su recóndito mensaje muy callado.

Pero si llegas al Mercado Grande y traspasas la puerta del Alcázar, una plazoleta con un verraco y una fuente que baña la muralla cuando sus chorros se disparan en piruetas de agua, te darán la mano, y sentirás allí el tiempo como un escalofrío, mezcla de gentío y de quietud, de vida y soledad, de tumulto y ausencia. Y atravesarás la calle de la Cruz Vieja hasta la plaza de la Catedral, ancha y fría, donde el viento pasa más veloz y más gélido.

Podrás también entrar por la puerta del Rastro, asombrando tus ojos en la plaza, muy cerca de la Plazuela de la Fruta, siguiendo los muros del vetusto palacio de los Dávila, y por la

calle Caballeros, llegar hasta el Mercado Chico, porticado y acogedor, viendo cómo las golondrinas escapan a sus nidos y la campana de San Juan golpea suavemente en esta hora.

La puerta de La Santa conduce tus pasos hasta la cuna de Teresa. Si has decidido entrar, si llegas hasta allí con el corazón mecido por la curiosidad, Ávila se dibuja en un palacio y en una iglesia que respira espíritu teresiano por todos sus rincones. Todas las puertas son la llave de una emocionada realidad, y al entrar, parece que te empujan, que te llaman, que te dan la mano para seguir caminando la ciudad, pisar y sentir profundamente todos sus secretos.

La Puerta de la Catedral, la del Arco Mariscal o el Puente Adaja, cada una en un enclave diferente, mostrando una distinta ciudad que siempre hace alardes de ser nueva cuando se ha conocido y se descubren matices impensados.

Entrar en Ávila, como rito que debería perpetuarse, sabiendo bien lo que se quiere, teniendo como horizonte un pensamiento, muy meditado, como decía Luis Felipe Vivanco en uno de sus más sobrecogedores poemas, cuando sentía la necesidad de habitar la paz de la ciudad, lejos de lo que supone "deformación política del alma", huyendo hasta los campos de la provincia, y entrando en Ávila, por cualquier puerta, con el corazón predispuesto a la emoción que esta ciudad depara en cualquier sitio.

LA ESTACIÓN DE TRENES

Hay pocos sitios, en las ciudades, con tanta historia cotidiana y tan singular pulso como una estación de trenes. Es posible que este lugar, por lo común, tenga matices románticos: la despedida, la espera, la emoción de un momento y muchos sugerentes instantes que van unidos al amor, la amistad y la nostalgia. Generalmente, una estación de ferrocarriles se determina por las vías largas y tensas que son caminos vacíos, y ofrecen esa desolación propia de lo desconocido, de lo ilimitado y enigmático.

La estación de Ávila, alejada del centro de la ciudad, un poco al margen de las viejas piedras, tiene rápida salida al campo, y aún se acentúa más la sensación de punto de partida, mucho más en las tardes de invierno que allí se respiran en su tenebrosa frialdad, cuando ver pasar los trenes cargados de viajeros aísla la mirada en una vaga sensación de vacío.

Los hilos se entrecruzan formando una telaraña en el viento, imprimiendo sobre el aire letras confusas, signos imposibles, y al final, el cielo de nubarrones y manchas blancas, amenazantes, emborronando la distancia. Cuando los trenes se pierden, y cuando parece que se esfuma la luz verde y roja que sólo es ya un punto, algo escalofriante, como un desconocido desierto que de pronto se abriera en lo invisible, se produce en ese extraño lugar que deja de ser, por unos momentos, una estación donde se llega o desde donde se parte, se convierte, por la magia de sus símbolos, en un escenario donde confluye la vida y sus incógnitas, las preguntas eternas y la participación de la soledad íntima de los hombres.

Nadie ha pintado la estación de Ávila con mayor lirismo que Ricardo Sánchez, porque no se limita nunca a reflejar la plasticidad del lugar, sino que sabe captar, con todos sus recursos, esa irrealidad, casi un hueco de vida donde nadie habita, y unos trenes que conocen la niebla para perderse, como en otro vivir, como en un sueño impensado, mundo de cielo y andenes, de vías muertas y vagones sin nadie, y rememora, como Dámaso Alonso en su mujer con alcuza, el gran tren que es el vivir, siempre de paso, siempre esperando y siempre diciendo adiós, a veces ignorando quién conduce este gran tren y en qué lugar parará algún día...

La estación de Ávila, con sus andenes y su viejo reloj, con la fuente pequeña donde tantas veces, siendo niños, nos colgamos para beber de su escaso chorro, y la fonda y los grandes letreros donde se anuncia la ciudad, ahora luminosos, y el sonido del silbato para dar la salida, y las agujas que siempre fueron como un enorme misterio incomprensible, y las taquillas donde jugábamos, y la tarde clara y gris, de lluvia fina que limpiaba los negros raíles brillantes del roce de las ruedas, la estación de Ávila, todas las estaciones, lugar para imaginar y soñar paisajes que nunca se han vivido, lejanos pueblos donde los trenes llegan y vuelven, como nuestro pensamiento, o quizás, como nuestra existencia que no conoce la próxima estación de este viaje.

LA FERIA

A través del tumulto, en ordenada confusión, los campesinos venden y compran su ganado. Un aliento de luz se dulcifica al posarse en la piel de un caballo, al reflejarse en un rostro, al evadirse en la atmósfera que puede olerse, con sabor de Gredos, retenida en unos ojos o ingenua en la pincelada que escapa, como en abandono, de un grupo que dialoga.

Los lugareños intercambian su sabio conocer, esa experiencia de mirar y distinguirlo todo, de repente, con un conocimiento sutil, repetido y exacto, en esta feria que es ritual de encuentro, que es génesis de un carácter, forma de ser, heredado misterio que radica en la tierra y el campo, que es parte ya de su vivir, de la cotidiana manera de interpretar el mundo, esencialmente viento y primitiva pureza.

Díaz Castilla bien lo sabe cuando lleva hasta el lienzo su vivencia y la contemplación de sus cosas queridas, hoy esta feria que es más verdad que la misma vida, la que es posible encontrar en su Piedrahíta o su Gredos, quizás porque rehace sus propios paisajes, porque reinventa lo conocido y lo desconocido, oculto en el secreto de las cosas que no pueden mirarse sino es con el corazón, o con la mirada traslúcida de una experiencia meditada y transformada en otra realidad más certera.

Esta feria puede ser el retrato de cualquiera, porque no importa el rostro, no importa nunca la identidad personal sino la referencia grande de un momento, y así nos llega, en cualquier día y en cualquier espacio, pero siempre en Castilla, y lo sabemos, lo podemos palpar en la luz y en el color (verde-rojo-amarillo-luto) y en la comunicación secreta de los hombres

revestidos en su humildad, con el latido de lo más esencial siempre, en esa comunión con la naturaleza descrita y dura de este instante.

Díaz Castilla lo ha pensado mucho antes de ir a su feria, y ya vivió la ternura de ese caballo percherón, de ese ganado que convive en un espacio de identidad, en la palabra siempre confiada del trato, en la ingenuidad y la confianza, dones de la verdad sin mancha, dones de la autenticidad que habita este momento de aire y luz encontrada.

Quien pueda soñar, que sueñe... porque es obligación ir mas lejos que lo que tocamos con las manos y sentimos en los engañosos sentidos. Quien pueda verse en medio de esta feria en un martes de cielo claro y amapola, en una mañana de rumor y sierra, quien pueda, a pesar de tanta certidumbre, imaginar y presentir las palabras y los gestos de estos labriegos, la verdad que allí habita, ese conocimiento que surge espontáneo de la llaneza de estas gentes, sabiduría de la naturaleza.

Díaz Castilla lo ha pensado mucho antes de ir a su feria, la dibujó en el corazón y la puso color en su pensamiento, y después sólo bastó que se hiciera de día para acercarse, sin mirar, a ese instante sabio de memoria.

VESTIGIOS

Tenía noticia de su existencia lejana, quizás alguna fotografía, algún viejo recuerdo, o por la palabra y la descripción de la antigua ciudad, si bien reciente, allí existió, cruzando la plaza de las Gordillas, los vestigios de un acueducto.

Ahora reaparece, como lo hacen las aguas de algunos ríos que se esconden en sus arenas y sus fondos, un pedazo de aquella vieja fortificación, algunos arcos de su antiguo vivir, acompañando el nervio de la calle, junto a los restos de una casa caída. Allí se nos presenta, por sorpresa, al pasar y descubrir que como el pensamiento de las entrañas, la afirmación de la realidad, lo que estaba oculto aflora, se dicta y permanece en su misma realidad. Vestigios nada más, pero testimoniando lo que no recordaba, lo que supe que desde las Hervencias bajaba para alimentar el curso de las aguas en su trasposición hacia las fuentes, en su viaje de camino; ahora se divisa su permanencia y su desigual silueta, recortada en la piedra, adosada a un tiempo que quizás no tenga medida, que quizás se escapa con toda su lejana memoria. El agua no pasa pero el tiempo se esconde en sus relatos callados, se desencadena con su suavidad de hilo de tiempo, y se avecina hasta el secreto recóndito de su pasado allí, en la superficie de su esqueleto, en la letanía de sus arcadas altas.

Vestigios de los senderos de la lluvia, de los senderos del agua recogida, de las vicisitudes del caudal, y en esta proximidad se desbordan los años que han pasado, como en la cárcel de sus pelados vestigios hoy, en plena calle, en plena y desnuda sequedad de musgo y de hierbas en su corteza, acueducto para el arraigo de una fuente, para un chorro vecino, en sus alas

donde se esconde la sequía ahora, la indudable sequía de unos años y unos hechos ya en el olvido. Apresuradamente este resto se divisa como el precio del desarrollo, como el pago del tiempo a otras modernidades, como la sucesión de las cosas apretadas a su medida, y en el quejido de su existir se vuelve a denominar el tiempo a su manera, con cierto pudor, con cierta calma, encogidos los sueños en su paso de piedra.

Las cosas tienen algo escrito en su alma sutil, en la delicadeza de sus destinos, en la fragilidad de sus palabras impronunciabiles, y esa vida propia se evapora o se potencia con sagacidad, con desusada maestría, sucede que en ese instante acaparan todo un impensable sistema de limitaciones de inutilidades, de carencias, y es cuando más son el eco de lo que fueron, cuando su vejez o su distancia son más joven y más cercana, en ese lenguaje que poseen desde el instante en que perviven por algún secreto instinto de supervivencia. Este vestigio viene a pronunciar nostalgias y pasares por un improbable camino ya erigido. Es sólo su red de infinitud quien se cierne al urbano paisaje de esta hora, quien con cierta timidez aparece desnudo en su antiguo secreto desvelado.

MOLINOS

En el río mueven su pasar los días y las aguas. A la orilla secreta de los árboles, entre las frondosidades, ocultamente como el agua, pasan sus lentos y móviles instantes, donde la molienda promovía con seguridad el grano, al paso, al detenido paso de sus chorros y sus corrientes débiles.

En el Adaja tímido de siempre, en la vera de Ávila, siguiendo el transcurrir del agua con mansedumbre, con esperanza de sosiego. Y al acercarnos a su pasado, a lo que permanece de su quehacer, de su labor de entonces, muele hoy el recuerdo de días que se instauran en un incomprensible pudor de tiempo. Molinos de la piedra, de la planicie de los años, de la serenidad de las aguas, los que al mover su corazón cercenaban, con suavidad, la cosecha y el trigo, movidos como el reloj de un oculto tiempo en sus entrañas, con melancólica y vetusta sobriedad de otros tiempos. Los molinos de los ríos de las tierras de Ávila, quietos aún en su mismo nido donde movieron la flor y los perfumes de la entraña, con inquieto sobresalto, con amorosa calma, allí sus esqueletos de vida recordada, allí su sombra en el quicio de la orilla, y como un impenetrable orgullo del ayer se desparraman sus alas en la presencia de la tarde.

He visto esos molinos que se recubren de la humedad del agua, a la orilla del Tormes, por ejemplo, pero de tantos ríos que se pierden en hilos de claridad por los caminos, y cerrados hoy, como en un abandono que clausurase una etapa, un tiempo ya pasado, quedan sombra de una vitalidad, de una vida agitada. He visto esos molinos recogidos, juntos a una sombra fresca, entre un puente y un sendero, hoy ruinoso con todas sus entre-

telas dormidas dejadas en un clamor que ya no habla. El eco de su rueda y sus corrientes añora ese incansable dominio de lo que se sucede sin descanso. He visto esos molinos que más me recuerdan a una infancia de cuentos y de historias, de misterios y de nocturnos secretos, los que en los cuentos siempre están habitados por personajes diferentes.

El folklore popular recuerda a los viejos molineros de Castilla, y nunca falta la molinera que encandila a los clientes y justifica su tarea y sus pícaras intenciones... Se centra en el molino las historias que se suceden en la literatura como un tema repetitivo que nos acerca la importancia de los molinos en esta cultura de entonces, en la propia vida, tan cercana a la de los hombres y mujeres, lugar común de leyendas y narraciones, de canciones del pueblo, de letrillas que se improvisan y que se sienten. Los que hoy quedan en pie guardan esos retazos de personajes que bien pudieran haber vivido esas historias, que bien dejaron su paso en el cantar improvisado de los mozos de los pueblos. El molino de arriba, el molino de abajo, la pícara molinera, el molinero que mezcla la molienda a su manera, engañoso. En el Adaja hoy podemos mirar con el sabor de su propio tiempo el Molino de la Losa, bellamente reconstruido cerca del puente, frente a la entrada de Ávila, vigilado por las aguas serenas y los reflejos de piedra de la ciudad, dejando pasar por sus arterias íntimas el paso de las aguas, su rumor y su chorro interminables.



 Institución Gran Duque de Alba

LA VIEJA CASA

Hacía tiempo que no pasaba por la casa vieja de la abuela. Después de su venta, cerrada a cal y canto, había comprobado que su ancianidad permanecía intacta, que las ventanas que daban a la calle seguían en su oculta y misteriosa permanencia en el silencio, y que el patio continuaba allí escondiendo la caseta y el corral, al otro lado de la lejana huerta, de la granja ya desaparecida.

Con sorpresa, ahora, al pasar algunos meses, me encuentro un edificio que casi se culmina en su acelerada construcción, ya casi dispuesto para vivir en él casi finalizado, en el solar donde la casa de la abuela había estado tantos años levantada, minúscula ya al lado de otros edificios de altura, modernos. En ese momento supe que ya no había retorno, que las cosas se van por sus propios derroteros y que las vivencias pertenecen, más que a la realidad, a otro mundo imposible, a otra categoría inde-mostrable e íntima. Aquella casa se llevaba muchas cosas, y su ausencia se perdía en una uniformidad, en el equilibrio de la norma que acelera el final sin remedio.

La sensación fue extraña, y parado frente al nuevo edificio, allí donde estuvo asentada la otra casa, iba comprendiendo que cuando desaparecen las personas se llevan con ellas la clave de lo que les rodea, de la misma manera que cuando desaparece un recuerdo se borran las imágenes y se cancelan muchas sensaciones. Aquel nuevo edificio donde, hasta hace muy poco, se mantenía en pie la fábrica de piedra y de ladrillo antigua, venía a ser el manchón, irreconocible, de toda una época, de todo un desarrollo que notamos muy próximo y que, por otra parte, está

tan lejano, en una mezcla irreconocible de melancolía y de rareza. La vieja casa era mucho más que eso, mucho más; en su endeble materia se encerraban ecos y voces, casi palabras y músicas comprensibles, latiendo, despertando siempre, y su permanecer en ese contexto hacía resurgir la infancia y los rostros, los lejanos instantes de su mano, la pequeñez de la abuela, enlutada, y su moño blanco siempre bien peinado.

Al caerse por la pala mecánica, al dejar paso a otras vivencias, la vieja casa se queda sólo en la memoria de los que la conocimos, pertenece sólo a nosotros, como si su sombra se escapase en los bullicios de la distancia y fuéramos capaces de discernir lo que allí se sigue diciendo. Hay tardes de verano claras como el oro, entre la madera, sobre las persianas, en la siesta de entonces, acogidas a un clamor de pájaros, tardes de luz sonámbula como la propia caricia de la brisa, entre los tiestos de claveles blancos y rojos en el patio, o los maceteros en florecer abierto. Allí seguirán, aunque no existan, las butacas de mimbre ya oscurecidas por el tiempo, al lado de la ventana, cómplices de lo que pasaba rápido y fulgurante. Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos como dice Pablo Neruda, pero lo que sí que es cierto es que algo de aquello se ha quedado en el vuelo del tiempo derramado de sutiles motas de su presencia, y que nunca del todo quedamos indefensos ante nuestras vivencias.

He vuelto a pasar, después de mucho tiempo, por la vieja casa de la abuela. Donde se alzaba su vejez pequeña, su antiguo soporte, han levantado un edificio nuevo, alto y claro. Me detuve un instante y aún pude oír que alguien llamaba, que desde el umbral se dejaba sentir el trajín de la casa, que algo despertaba de su rutinaria existencia y se movía. Estaba anocheciendo.

LA BIBLIOTECA

Paso muchas veces por el jardín del Rastro, y en medio pervive la fuente, el verde, el mirador que acompaña a Rubén Darío en cada hora, y a un lado, nueva, rehecha, la biblioteca recogida, de ladrillo reciente, sobre aquella otra que yo me acuerdo, la vieja biblioteca donde pasamos tantas horas, en veranos, mirando cuentos, leyendo, tal vez, las primeras páginas de nuestra vida.

Allí continúa, a pesar de los cambios, a pesar de que tiempo haya servido para permutar su vejez en una novedosa estructura, el recuerdo se va, en cambio, hacia aquella, hacia la otra, la que sirvió de compañía en mañanas azules de pájaros y de libros, de historias que permanecen sobre nosotros de manera permanente, perpetuando así la línea invisible de la memoria de las cosas, de la imaginación permanente. Y es tan real, tan verdadera y con ella unidas tantas horas, tantas insignificancias, que ya se hace permanente, que está, de la misma manera que lo que leíamos, que lo que aprendimos, en nuestro recuerdo y en esa región donde se posan las cosas que se quedan.

La biblioteca que así nombro, resguardo de los libros de la misma manera que se guardan las sorpresas, del mismo modo que se aproxima hasta el verano un rayo clarísimo de esa luz de Ávila, que también guardo, apegado, tímido, somnoliento, casi borracho de estar tan cerca, casi absolutamente fervoroso en la melancolía. Los libros, los viejos cuentos, han sido el fermento de nuestra materia inolvidable, la que se acelera en los trasfondos de la inocencia, y con ellos, con sus propios sueños rehechos, maduros y eficaces, el corazón ha ido manteniendo su

caparazón de esperanza. La biblioteca de antaño, al borde del jardín que la sombra resguarda, los viejos castaños gigantes, la fuentecilla abrumadora, el chorro permanente de su agua fecunda. Algo pasó con sus historias, algo debió pasar con el cuento desencuadrado de tantas manos, algo debió suceder con la inminente soltura de su fuego sagrado, con la razón inconcebible de sus oros. El Quijote se adormecía en sus pastas verdes, un poco descoloridas, quizás por el sol, aquel Quijote para niños, más corto, más desprendido de ciertas aventuras, pero al fin germen de otros quijotes de tiempos después. Esa raíz se quedó en la tierra, cayó con valerosa y difícil suavidad, y en el destierro de sus palabras se hizo la memoria, se construyó el destino de esos personajes tan lejanos.

Volver a revivirlos sería como el seguro juego de su creación en nosotros, allí en el parque más reales aún, más creíbles, sofisticadamente grandes, en nuestra infancia tan chica. Lejanos duermen y lejanos viven, pero estrechos en su cuarto, en la vieja biblioteca que les contenía, de noche, en la inclemencia del tiempo, bajo la lluvia o contra el sol traidor que les amenaza siempre. Su ser de trapo, su corazón de paja viven; en el refugio, y no quiero volver a entrar, en el refugio, de su tiempo, de su clara existencia, como libros que la voz fuera detectando más vivos, en nosotros viven, y su realidad ajada perpetúan sus rastros y los que imaginamos, sus aventuras y las que nos hicieron vivir, porque allí siguen fomentando, no sé de qué manera, esa realidad que se escapa a toda lógica, que la literatura forma en su nómina inmensa de nombres y de seres.

El Rastro acoge el perfil secreto de sus ojos y el nombre de vuestro nombre, libros amados, de libros de la caseta, de la delimitada posibilidad de ese anaquel de sueños y de vidas. El agradecimiento debe deciros que si seguís latiendo, que si permanecéis en vuestra paz de entonces, muchos otros recibirán el misterio que las generaciones nos traspasamos con silencio y con vida, con la paz de vuestra feliz compañía siempre.

ÁVILA MÁGICA

Todas las historias son posibles: la que persigue el dato, la que hace renacer los episodios más destacados de un momento, la que estudia los hechos a la luz de la distancia, y la historia mágica que encierra los mitos y las leyendas que pueblan un lugar, un nacer y el desarrollo de una existencia no convencional.

Esta última historia aclara los conceptos más íntimos de los pueblos, y lo hace desde su rigor espectral y su detallismo desconocido, desde una lectura que bien puede ser una interior conciencia de lo maravilloso y lo increíble, lo irracional pero hermoso... Todos los lugares tienen su punto de partida, su nacer a la historia, entremetido en un sinfín de entresijos curiosos, de hechos mágicos, de personajes fantásticos, héroes que se afianzan en su grandioso hacer, en el batallar potente de su brazo, poder y fuerza, casi colosalmente determinados para adentrarse en la mítica historia que protagonizan con sus dotes sobrenaturales.

Así es la historia mágica, la que conlleva el peligro y la aventura como formas de ser, la que se desprende de un original fundamento casi increíble la que somete la voluntad de los pueblos ante las grandezas de sus hombres; así es la historia cuando se trata de envalentonar sus orígenes, de explicar el comienzo inexplicable de su aparición, y se pasa de boca en boca, de pueblo en pueblo hasta redactarla en la colectiva conciencia que se adueña de lo mágico de sus historias.

Y Ávila, que en su legendario existir bien ha podido alimentar su leyenda, no queda fuera de este planteamiento que la

convierte también en mágica, que hace de su más alejada memoria centro de grandes trabajos y magníficos hechos, y se apodera de sus muros y sus entrañas caídas el enigmático origen que la historia ha explicado para su nacer, para situarla en el origen de la historia inconcreta y maravillosa. Son varios los historiadores que explican la historia mágica de Ávila, que hablan de Hércules, de Alcideio, de los hermosos y complicados secretos de sus primeros pasos en la vida, que intentan explicar, desde esas relaciones singulares de la invención y la leyenda, toda la grandeza de una historia también interminable, y engrandece, de esta manera, lo que contado de otro modo no deja de ser vulgar e insignificante.

En el origen de los pueblos está la muerte y la vida, la soledad del héroe y sus destrezas, la imposición y la lucha, la irrealidad transformada en leyenda, el desgraciado amor y el final feliz de los que sufren. Grandes pasiones y grandes victorias, todo desmesurado como sus protagonistas, todo a la medida de sus hechos: valor y honra; valor para salvar y honra para los tiempos venideros, para los cronistas de la fantasía.

Es la historia mágica de Ávila una posibilidad de novelar, de contar los secretos de su azarosa primera página en el mundo, casi los pasos primeros que se dan en la anchura de los tiempos, en el hueco con que se inicia la presencia determinante en el curso de la historia, esa que después se hace documento y se interpreta, después de haberse poetizado, como suele ocurrir, en metáforas de luz y de misterio.

ROSAS

Sobre el papel, las rosas se cobijan.

Las invade una fragancia que el pintor ha descubierto para poder llegar a su verdadera esencia, a la naturaleza de todo su esplendor, al resultado de una imagen que se perfila, estampada desde la cárcel de la plancha a la blancura del papel. Allí están, Florencio Galindo fue rescatándolas de su jardín privado, del dominio de la idea, desde la sumisión de la forma, y las dejó sembradas en cualquier lugar, sobre la tarde o en la tierra de la luz.

Estas rosas que no pueden tener más color que su propia severidad, que la mirada pone lo que resta, lo que completa su paraíso dulce donde se apodera de un pétalo, o se ajardina de alambradas que se intuyen, símbolo desde la plenitud convertida en corola. Estas rosas que el pintor fue desentrañando como un imposible de belleza, a ráfagas de contenido suave, fruto de la memoria y del tiempo, hasta dejarse aposentar en un quieto instante sobre el blanco, frente al blanco, pálida mano que se aflora de copiosas referencias intuitivas.

Las rosas son la caduca verdad de lo que existe, por eso mismo bella, porque duran lo que su soledad soporta frente al viento, al mismo lado que la caducidad, junto a lo pasajero, y mientras fueron, mientras duró, nada pudo ensombrecer la espléndida lozanía de su terciopelo luminoso. Pero están en el papel, están inscritas en su perennidad, en la ligereza de su trazo, en el sueño de lo que fueron, y allí, sin cansancio y sin prisa, sin deterioro, se adormecen en la misma verdad con que nacieron, en la parsimonia de su plácido vivir ya trascendido;

en el límite mismo del arte la realidad se queda solapada, se fuga con ciertos temores, se esconde, y lo que queda, lo que se filtra de su abandono, es el disfrute de su consecución, la gracia de su logro.

Estas rosas no irán a la región de los vuelos sin alas, no se escaparán de su muda existencia clandestina, no conocerán la ajada piel de sus contornos: de su salvada memoria, el papel de testimonio invencible, resucita la posible permanencia, más aún, permanecen hasta rozar la juventud sin espacios, la lozanía sin privaciones. El artista lo quiso, lo consiguió en su afanosa lucha contra el temor de sus limitaciones, y el arte lo ha querido, porque ese es su misterio, porque esa es su legítima defensa contra todo, y al permanecer se universaliza cuando el pintor llega hasta las entrañas del origen.

Mirad cómo estas rosas se pasean por un tiempo sin horas. Mirad cómo no llega hasta su roce ni la mínima amenaza de muerte. Si así lo ha conseguido el artista, quede memoria de ello, quede la huella de su emoción, el disfrute de su obra.

Estas rosas abandonan el reino de lo mutable, y sólo en los ojos que las huelen queda el fragor de su perfume, se concentra el aroma que dejan en su vivir abierto a la luz infinita. Nada aprisiona ya, nada encarcela: la libertad se nutre en su ser sin materia, en el esbozo que se asume a su existir perfecto, al refugio que encuentra realidad, al fin, ya sometida.

En el papel, las rosas se cobijan.

LA HORA DE NADIE

Se produce cada año, al final del verano, cuando el sol declina y la luz comienza a escaparse, a huir, a relajar sus días con encantamiento suave, como si se fuera repartiendo el tiempo de otra manera, casi a golpes de sobriedad, y entonces se acorta aún más, con unas tijeras invisibles, la duración del día, el reparto gozoso de la luz, la dimensión del sol en su pesadilla encantada, y ahí, en la división del tiempo, el otoño entra ya con toda su delicada parsimonia, con todo su temblor y su néctar caído.

Los relojes se preparan para sufrir los cambios y retardar el origen de la mañana, para sucumbir a la nueva dimensión de su medida, una hora menos que se roba al reflejo y al ocaso, al alba y al atardecer, al silencio de los fuegos de la noche. Una hora menos que es una hora más, esa hora de nadie, esa de la conciencia colectiva y del desajuste de la medida, cuando amanece, amanece menos, se adueña de los oros de la mañana un preludio de nadie, un modo incontenible.

De quién es esa difícil sorpresa del tiempo que no se guarda en sus parámetros; de quién la gracia de un instante inconcebido no controlado, no maduro. Tal vez sea el espacio vacío de los relojes del olvido, tal vez sea la rendición de la batalla, el caos de la ingrátida realidad o un poso de valor que se prende en el olvido para morir. Esa hora de nadie, la veinticinco, la que ninguna esfera sabe, la que se pierde con un suspirar de sueño; esa hora se esfuma en el amargo pañuelo de los vientos, en las torres altas, en los paisajes desnudos, como el tiempo que se dedica al amor se pierde en la boca de los dioses, y no se recauda nunca con medida.

Allanado el camino de las horas, se posará ese tiempo en el lecho de los olvidos, en la fauna de la prisión escrita, en los arbustos que se pierden de frío en los inviernos; es la hora de todos, la de nadie, la que no es tiempo, ni sirve, ni se aploma de soledad. Irá navegando cada año por distintos mares, por diferentes riberas, por chorros sin memoria, para un tiempo de dardos y de soledades. Con esa hora se amasará un sigilo de flor y se construirá un palacio de minutos secretos; con esa hora será recuperable lo que hacemos sin atender a nadie, sin mirar nada. El portero del aire saldrá, insomne, a la calle para abrir cada puerta, cada mirada, cada sombra que no sepa por dónde caminar, que no se dé cuenta de su destino, del extraño destino de sus pasos, y en esa hora se perseguirán los recuerdos con lazos desdichados, buscando el país de sus sombras queridas, los espectros largos del olvido.

La hora se prende de minutos abandonados del reloj gigante de la impensable mano fugitiva. Huir, huir, con carrera que conduce al deshielo del tiempo, al carril de la magia sublime. Se nos pone la mañana sus sábanas de luz y nos ciega en su intento de comprender qué sucedió, qué pasó de sus segundos encendidos, a quién le acompañó en su diurno paseo por los bosques de nadie.

El horario es una redención para seguir la senda de los días, pero esta hora sin senda, pero esta hora sin camino, esta hora que se cayó de un precipicio para morir, en ese mismo instante, sin que nadie notase su destrucción, puede que tenga todo el valor de la vida innecesaria y lleve, en su reloj sin contornos, el secreto de su medida incontrolada.

LA CASA DE LOS NEBREDAS

La casa de los Nebredas siempre me pareció un lugar misterioso, propio de las novelas donde aparecen oscuros personajes que apenas se dejan ver, que viven tras los visillos tupidos y densos de los ventanales, casi anónimamente en una vida de intrigas y recuerdos. Al pasar por su puerta férrea y distanciadora, solía mirar hacia su interior, hacia lo oscuro del jardín, todo cerrado, todo clausurado a cal y canto, como la noche para estos habitantes no tuviera fin, o el sueño fuera tan prolongado que no vivían de día.

Si preguntabas o te preguntaban, casi siempre se rodeaba la explicación con un tono bajo y distanciador, como no queriendo ser escuchado por nadie, como indagando los misterios desconocidos hasta la confesión secreta y fantástica de los razonamientos: la lejanía de los personajes crecía en historietas que más parecían secuelas de novelas que verdades posibles. Aquel redondo mirador de cristales, airoso y frágil, esquinado en toda la longitud vertical de la casa, aquellos ventanales que se reparten por todo el edificio, austeros a su vez, pero sobre todo, con más intensidad, aquel jardín que parecía abandonado, selvático, escondite de sombras y de árboles, y la pequeña escalinata que da entrada a la casa, donde una galería de ventanas claras y diáfanas, corredor de luz fingida.

Todos aquellos misterios, quizás infantiles, han volado con los años, y ahora se abren sus puertas no a la curiosidad sino a la contemplación de sus interioridades, y el caserón acoge diversos organismos públicos en la amplitud de sus muros. Tiene sabor a historia cercana, a conocidas sombras, a grande-

za; sus habitaciones y los recovecos de cada planta respiran el tiempo ido, la presencia discreta de detalles sutiles, la escalera de forja retorcida y trabajada con cuidadoso esmero, con manos hábiles. Pequeños espejos se incrustan en las paredes en armónica simetría, en un orden cálido.

El corredor de luz que da a los jardines, soleado hasta la transparencia, reparte las estancias laterales, de altas puertas y altos techos, y de la claridad con chorro de sol y cálida luminosidad que vuela y se filtra, baño calmo y encendido sobre la casa.

Los Nebreda habitaron esta casa de cortos veranos, que en Ávila son apacibles, y es fácil imaginar su lenta y cómoda vivencia, en los días que el jardín desprendía sombras sobre la tarde, sin ruidos, sin apenas un mínimo resquicio de vida ajetreteada, todo sensualmente azul de Castilla, casi azul colofón de cielo sobre los ventanales anchos y despiertos.

El mirador redondo y alto, como de destellos improvisados, resguarda habitaciones desde donde mirar la calle, el parque del Recreo, los castaños de indias y el asfalto lluvioso, ahora en otoño, asomándose desde su cristalera la curiosidad de su interior enigmático. Altos techos de pastoriles escenas, bucólicas figuras que atraviesan la pintura de cenefas doradas, y el salón de los espejos, ornado con pequeños y decorativos cristales. La casa de los Nebreda, lo cierto, es que se ha identificado con la ciudad de forma absoluta; se la ha dado perspectiva en la calle, se ve entrar y salir gente, la actividad le sienta bien, le llena de cierta familiaridad que antes no existía, que jamás vistió su belleza palaciega, su gracia singular. La casa se divisa desde lejos con toda su armonía, la calle ha despejado su distancia, abierta su posible contemplación, y se nos presenta grande y ordenada, equilibrada en sus líneas y en sus colores bajo la luz de esta hora. Lejos queda la casa del misterio, abandonada y sola, un poco la de esas novelas de extraños personajes y de sombras enigmáticas, en tardes de invierno, cuando la ciudad es toda un gran silencio.

FUENTE DE LA ALPARGATA

Todas las fuentes tienen su pequeña historia, su anecdota-rio peculiar, su significado en la vida de los pueblos y en el recuerdo de las ciudades. Desde lejanas memorias, desde leja-nos días donde la fuente centraba la atención de todos, lugar para la sed y para el botijo de barro, dócil y frágil, para el cán-taro que de tanto ir a la fuente, para el encuentro de las gentes en el instante que se dedicaba a la búsqueda acostumbrada del agua. Rito que participaba de todos y de todo, en la umbría de los caminos, de caños y de manantiales claros, como esta fuen-te de la Alpargata, allá por la carretera de Toledo, cerca de la vía del tren, sombría y melodiosa, tantas veces lugar para el paseo, referencia de la niñez, dulce sitio de todos.

La fuente y su pilón de granito bordado por las aguas que caen, indefinidamente, en chorro diverso y medurado, en chorro largo y potente, como gorjeo de pájaros dóciles, o hilo casi mís-tico, estilizado hasta la desazón en tiempos de sequía. Fuente de la Alpargata, donde se dejan los pasos su camino, donde se posan los gorriones a beber suaves y felices, primaverales a un tiempo, como el agua, como su raíz de manantial no olvidado nunca, permanente como el tiempo, como el paso de los años, prisionera de su fluir, siempre, inagotablemente como la vida que se alarga y se debilita y mana fresca o se dulcifica en un imposible, en un ancho camino de agua sobrante o en una des-nudez de frío y lluvia. Esta fuente de los recuerdos y de los sueños, de tantas cosas y tantas gentes, las que vio pasar, las que ha dejado atrás, ella en su incansable manar, ella en su imper-donable brote de libertad, clarísima como el viento que se des-

foga en el camino, entonces lejana y ahora ya tan próxima, porque todo, el tiempo y la distancia, los días y la vida se miden en esa densidad de las cosas que nos sobreviven, se mide en su verdad y en su innegable secreto escondido, donde en todo momento se pasean los símbolos de que la nutren.

Fuente de la Alpargata, agua de todas las horas y de todos los instantes que allí quedaron, al pasar hoy y siempre, al pasar junto a su apartado lugar donde aún permanece, como si nada hubiera cambiado, como si todo fuese igual, y recuperando estas aguas recuperara lo que se fue, el recuerdo de todo lo vivido en torno a sus sombras estivales, a sus rubios silencios de otoño, a sus duros hielos de enero, pero siempre en ese chorrear de las horas, en ese pulso que demora el cansancio, en su desnuda piedra y en su desnudo fuego de tiempo, en el incandescente sortilegio de sus manos, ocultas y lejanas, pero ciertas. Fuente será para volver atrás, con el botijo, con la palabra, con la mirada, y encontrar en su paraje de verde y gris del granito, en el musgo adosado a sus manos, en el verde sufrido de sus fondos, en el caño inmortal, encontrar el reflejo de un solo segundo robado a su transparencia, de un solo segundo apoyado en su brocal, en su duro seno de piedra y años. Encontrar la memoria de esos días envueltos en el temblor del agua que cae a espaciosa palabra, hablando como niño en una infancia de papel.

Abajo está, camino de El Escorial, a las afueras de Ávila, ya casi en su círculo de ciudad, en su expansión de tierra. Y sigue en la misma posición, sin cansarse, sin esperar nada, sin descanso posible. Ella, la fuente de la Alpargata no sabe que de sus aguas ha bebido un instante el alma del recuerdo.

VIDRIERAS

La luz sabe jugar contagiando sus destellos a los ojos que miran, no sin ilusión, no sin satisfecha y meditada holgura, y lo sabe cada rayo que atraviesa el cristal de filigrana y colores que se ensamblan para ser imagen que persevera en el hueco del ventanal. Allí se cucla, a modo de tránsito o de paseo sutil, como seda que se cromatiza al contacto con la oscuridad del interior, velos de sangre o pálidos velos o velos de miel o tibios velos hasta que se desprenden las imágenes en una aparición fortuita y móvil.

Las vidrieras son las sensaciones más mágicas de los templos, el lujo de las paredes y ventanales, no para dejar pasar la luz que ilumine el interior, su presencia es la culminación del efecto, la fragilidad de lo luminoso elevado a la categoría de arte, elevado a la altura de lo trascendente.

La Catedral de Ávila deja pasar su luz por todos los huecos de la piedra hasta conseguir, en este templo, los efectos más nostálgicos y poderosos que pueden verse. Es la catedral una filigrana de inusitada y rara materia imposible, un encantamiento de tonalidades que rebotan y suben y se alejan y juegan en un rincón, y dan rojo a la piedra y gris al Cristo, y se desploma en el coro, y asume la oscuridad, y refleja el recogimiento y se escapa de todos los colores, nunca igual, en cada hora, en cada momento un nuevo ensayo de claridades, una nueva definición de las cosas, un nuevo modo de identificar cada materia. Esa es la sorpresa del interior de la Catedral de Ávila, la gran sorpresa que nadie espera al atravesar sus umbrales, cuando el primer rayo de sol transfugado te hiere la vista,

cuando las vidrieras que quedan aún intactas te coronan los ojos de imaginiería insospechada, cuando el puro rayo cae a tus pies como esperando que sea pisado con ensimismamiento.

La luz de las vidrieras se provoca hasta conseguir lo que se busca, son todo un reto de conocimiento, una cuidadísima labor de artesanos, un arte que mezcla el color con la imagen y la necesidad de percibir todo ello desde la lejana distancia del suelo, desde la contemplación alejada y rápida, al llegar hasta la largura de las naves de los templos, o aquí en la Catedral de Ávila, al elevar los ojos al primer ventanal que te hiera de vida.

Vidrieras para poner color a los ritos religiosos, a la liturgia católica, y acompañar el olor del incienso, la ornamentación de platería, la música del órgano en sus ritmos más suaves; vidrieras para dejar la oscuridad del románico y sensualizar los templos, ojivales manos, caricias de luz que representa el Nacimiento, la Ascensión, la Pasión de Cristo, escenas bíblicas que, como miniaturas de cantorales elevados a altura y a la expresión de la luz, abren los templos al sosiego de todos los sentidos que se conjugan y se revitalizan de poderes externos.

Las vidrieras de la Catedral de Ávila, las que restan de las catástrofes y del tiempo, parten su interior en mundos y en sueños, y si llegas a la hora en que el sol se cuele como un haz incontrolable y denso, posiblemente el rosetón que nos mira sin descanso, parecerá que vive o que revive de su quietud de piedra y que quisiera contaminarnos de su luz más clara.

AGUA

Los ríos y las fuentes, los veneros y los caudales lentos de los riachuelos, las aguas frías de la sierra y las lagunas de Gredos.

Agua. Para la vida y para el sosiego del verano, para el ocio y la vela, para pescar la trucha que habita en el seno dorado de los cauces del río: agua que el deshielo de los más altos paraísos de la piedra deja volver a los llanos apacibles y cálidos, en toda la geografía de Ávila, desde el tranquilo Adaja que se sonríe en los puentes y llega hasta Arévalo, desde la parsimonia leve del Adaja en la ciudad que ve su chorro desliarse con la tranquilidad del cansancio, hasta las más altas aguas de Gredos, en sus lagunas profundas y míticas, en sus verdes orillas de plenitud pura naturaleza salvaje y viva. Siempre el agua, dadora del fruto de los campos, lengua de plata que atraviesa los caminos de la tierra, insomne murmullo que acompaña las noches y los días en caudales y en melodías transparentes. Agua de los pantanos, encerrada, reposando su gracia de embalse y paz, entre pinos y cielo, reposo de las gentes que navegan con sus veleros blancos, que sienten la marinera emoción de los vientos.

Agua que lleva el Tormes y que atraviesa riberas fértiles y prados verdecidos, que se asoman hasta El Barco de Ávila, aún fresco de las alturas del cristal, preñado de truchas con el estigma de su carne rosada y su piel de pintas de colores. Y agua, también, del Alberche de pájaros y rumores dormidos, caminando hacia el Tajo con pasos presurosos, río de vegas y de arboledas calmas. Todo el agua de Castilla, de Ávila, con el

Aravalle, y el Voltoya, atravesando la sierra de Ojos Albos, el Voltoya que se adormece hasta los ojos blancos de la tarde, suave en su tozuda meditación de llanura antes de entrar en Ávila, cuando se va llegando al último recodo y el río advierte sin palabras.

Aguas del Tiétar en su valle cálido y sonrosado, en la tierra de la luz abierta y generosa; el Tiétar que sabe de cerezos y de frutos del sol, que camina hacia Cáceres, huyendo en sus frágiles rutas de olor de brisa. Siempre aguas que se impacientan, que se evaporan con el verano o se hunden en las entrañas, como el letargo, de las tierras mesetarias.

Y las gargantas de Gredos que van, inagotables, descendiendo en manadas frías y cristalinas, en furia de altura, replegadas a su grandiosa materia de fuerza y de poder, como sólo las aguas de Gredos saben, como sólo las aguas de Gredos son capaces de caminar, entre obstáculos, salvando la roca y los perfiles desiguales de la sierra, dejándose caer como coletazos de agua poderosa, descendiendo como incontrolable desorden de la nieve. Todas las aguas son la mano que se pasa la tierra para desempolvase sus heridas, las arterias que se gravitan en la inmensa vega de la tarde; cualquier deseo de purificación o, mucho más inmediato, la necesaria vida de la vida, generosa fertilidad que atraviesa cada paisaje sin dañarle.

ESPADAÑAS

Es casi una imagen que se ha universalizado: la espadaña del Carmen en la puerta de la muralla del mismo nombre, sobresaliendo como el cuello que asoma a la llanura, que se pierde en la carretera de Salamanca, sombra lejana, y que divisamos cuando llegamos a Ávila, al cruzar el último cerrillo, habiendo dejado atrás los encinares, las curvas y los llanos, y entonces aparece, casi como una joya diminuta, toda cercada por los brazos ceñidos de la muralla, torres arriba, y la espadaña triunfal, como un saludo que se alza al cielo, que se advierte ya desde el instante mismo de presenciar el caserío y los tejados rojos y grises. La espadaña se va creciendo, tomando altura, desarrollando su arcada estrecha y fina como el cabello de la tarde, y ya muy próximos, vemos como corona la puerta de piedra poderosa, y entramos en Ávila cuando a un instante de sol se ha colado intensamente.

Las espadañas de Ávila... Por la ciudad perdidas, sorprendiendo en cada rincón, esperando en su anidar a las cigüeñas que conocen su estrecha belleza alta y esbelta, que desde allí dominan en su columpio de ladrillo, en su mirador de tierras, en su balcón de horizontes sin infinito. Las espadañas de Ávila que acogen en su seno las campanas colgantes melodías en las oquedades de sus arquillos redondos, y suman dentro de sus hornacinas cuando tocan, pausadamente en las mañanas o despiden la tarde en su letanía dulce y temblorosa.

La ciudad se configura en la espadaña, en cada una de ellas, las más altas y las más desnudas, las más relajadas en el viento o aquellas que, humildemente, suenan con timidez de niña. Se

reparten en las iglesias, en los conventos recoletos, en los restos y vestigios de la ciudad, e interrogan las horas, dan saludo a las palomas, se encienden de luz en los crepúsculos, resguardan anidares silenciosos, acarician despertares de nieve o de sol limpio.

Hay una brisa de espadañas: se va colando por sus ojos abiertos un chorro de viento que cruza la ciudad, que se hace corriente, que se evapora entre sus bocas, y va de norte a sur, de orilla a orilla, recorriéndolo todo, dorando el bronce de las campanas, aireando los nidos, saludando a las cigüeñas, dando la vuelta hasta perderse, una vez más, en la primera espadaña, en la del Carmen, formando ese circuito que todo lo rodea, como a la casa, ventilando los sueños y los letargos de cada instante, y así hasta perderse en no sé que lejanías.

Las espadañas no hieren, si afiladas se asoman a la altura, nada hieren; son simples manos de blanca cal o de rojo ladrillo que bien saben de qué color se pinta un amanecer cuando nace en Castilla.

BARRO

Del barro se hace la vida, la forma, la materia cuando el alfarero retorna a sus idílicos modos de entender las cosas, de representar su visión de la realidad, hecha arte y hecha sentimiento, repoblada de sus manos, acariciada y esencial, como se hacen los surcos en el campo, como se hace el vino, como se escribe un verso.

Desde lejanos mundos nos llegan ya los contornos del alfarero, sus recreaciones con la tierra, su amor por lo que hace, con desasosiego, con auténtico misterio, con milagrosa perseverancia, y nos llega la acumulación de todos sus saberes, de sus hallazgos, de la batalla sufrida con el torno, del calor del horno, de la diaria manera de mirar cada pieza para que se sienta llena de luz, de esa luz que el artista pone en cada milímetro de barro.

Ahora, en la plaza, bajo el sol que es quien mejor acaricia la tierra trabajada, los artesanos, los que trabajan con sus manos y hacen vibrar la carne de terruño, la piel del mundo, ahora, sí puedes tocar los objetos que nos presentan como hijos de sus horas de entrega, de sus horas frente a lo más alto de su existencia, que es su obra, notarás cómo el barro respira, cómo la materia se siente dichosa de esperar el instante de ser acariciada por todos, y ocupar, y poseer un sitio entre las cosas.

Del alfarero somos todos pieza única de sus manos, y tan débiles que sólo un roce puede troncharnos, que sólo un empujón nos hace romper en mil pedazos. Es la debilidad de la belleza, la debilidad de las cosas efímeras que nos son dadas con todo su esplendor, pero que saben de su fragilidad.

En el taller del artesano se almacenan, en todos los rincones piezas que no tuvieron la suerte de ser plenos objetos, que no pudieron ser lo que deseaba el artista, y allí, entre la belleza de lo que se finaliza con todo su esplendor, un botijo no tiene asa, una jarra salió torcida, un esmalte no cubrió el barro, un reflejo fue perdiéndose sin alcanzar su total armonía... porque al lado de lo que goza del beso del dios de la belleza, conviven los fracasos de la búsqueda, los fragmentos que abrieron el camino a otros mejores.

Barro rojo que crece torneado, barro amarillo como hijo del sol, barro negro que amolda la forma en sus cadenas, barro que se cubre de color y de fuego, barro también que se tortura en formas retorcidas, que se enreda, que quiere más; como la vida y sus duros caminos, como los hombres y sus actos, como la esencia del amor.

Y ahora en la plaza del Grande, rodeado del sabor de Ávila, del ritual de la Muralla, del color de San Pedro, todos los puestos enseñan con orgullo la vitalidad de sus maestros, el bien hacer del alfarero que trabajó en silencio, en intimidad, en recogido instante, y se enfrentó con el destino de emanar lo que respira dentro el barro, lo que palpita y espera, como dice A. de Oteiza, cuando se acerca a la masa compacta y hace brotar, con un leve movimiento, el fruto de la tierra.

Hay un lugar para este arte que se transmite de generación en generación, que se hace evolucionar, que se transforma. Hay un sitio para la expresión más auténtica de lo que el hombre es capaz de hacer con lo más primitivo de la vida y sus misterios: el barro.

SAN VICENTE

Lo grandioso conduce al origen del misterio, como sucede con los asombros, como sucede con el inesperado goce de las insospechadas horas del silencio cuando sobrecoje, al entrar en Ávila, esa rotundidad de sus obras que parece que tiemblan en la atmósfera y que no pesan.

La grandiosidad de San Vicente puede llegar a nublar la mirada si no procuras detenerte, calmadamente, y saborear la piedra como quien ve que está llegando a un precipicio desde donde se observa un valle luminoso o inmenso. La sensación de estar ante algo insospechado, esa sensación de habitar un segundo inconcreto, de verificar ante su total materia dorada, ante los efectos que la luz rompe en sus ábsides rotundos, frágiles en su severa dominación, y a su vez, casi desierto de líneas, todo lleno de caricias de siglos, todo repleto de materia de vuelo.

Y es romántico, y posiblemente sea su propia pureza quien nos conduzca hasta el interior, habiendo pasado la puerta de los apóstoles con los ojos más hondos, recorriendo el sueño atemporal que dialoga con la piedra, que dialoga con su carne de dorado mutismo, apóstol con apóstol, y el Pantocrátor creador del mundo, en medio, abrazándolo todo, recogiendo todo, en ese mismo instante que se deleita con la pureza rara de la memoria de la vida.

En San Vicente, la basílica, la catedral del romántico, uno de los lugares donde es fácil evadirse del tiempo, huir hasta la plenitud de la fantasía, ser traspasado hasta lo más lejano, y dejarse mecer por su interior silencio centenario, arcos y capi-

teles, bóveda y crucero, altar mayor y luz violácea, y luz que se desquebraja, y gruta de la Soterraña, y sepulcro de los mártires donde la imagen se mueve en una imperecedera visión de historia y arte. Es San Vicente, la basílica que llena una plaza con su desmesurada y vital palpito de tiempo y de hermoso mutismo, toda ella en un sigilo de pura materia, en un inmenso destello de oro.

Los mártires y la persecución sangrienta y dolorosa que el sepulcro de piedra narra, paso a paso, detalle a detalle, con la desnudez y con el realismo que la verdad sugiere, la mano del artista se ha dejado sentir hasta la transparencia, hasta la emoción que conduce a la gran obra, a la magistral realización del granito, vivificado, sometido al vivir, como sólo los grandes artistas son capaces de transformar las cosas.

Esta basílica de San Vicente que mira cara a cara a la muralla, que tiene el privilegio de ver asomarse la noche sobre las almenas, en la puerta grande de Ávila, formando el escenario que combina el gris y el amarillo, la rosa y el sauce, la campana y la almena. Esta basílica de San Vicente que atesora en su corazón íntimo el recuerdo y la noche, la gruta y la esperanza, y que en tardes de sol pálido y suave se torna anaranjada, se torna inmaterial donde los límites de su belleza se juntan con el cielo.

LUZ DE MAÑANA

Hay una historia de la luz. Se puede interpretar la realidad desde sus posibles dones, desde la presencia de sus contornos, desde la intensidad de su constancia en las cosas. Y esa historia de la luz, esa dimensión de la matización de nuestro propio entorno es posible si detenemos sus límites, la angelada promesa de cada instante allí depositada.

Se nos dan las horas en la medida en que se construyen, en la tonalidad que prevalece sobre sus esenciales formas, y es cada ser, cada individuo el que debe desglosar el símbolo de sus regalos, la escondida música oculta del instante.

Ahora es luz de mañana; y al dejar sus caricias en cada realidad, al depositar el manantial de sus ecos en toda la ciudad, Ávila se contamina de un tibio sol y de una ingenua silueta desprovista de límites posibles, y es toda ella, desde el Grande hasta Santo Tomás, un baño de cielo, una densidad de espacios recoletos, casi recogimiento, como la letanía de una música lejana que fuera impregnando cada instante. Es el momento de las cosas que se buscan detrás de los velos, que se adivinan sobre los capiteles, en las gárgolas, sobre la piedra, más allá de los arcos, y todo queda a la evasión de sus etéreos silencios, para vivir la gracia de una soledad intensa y mustia.

Luz de mañana. Acompaña este momento la campana que llama, la rosa que se despereza, el transeúnte que cruza la esquina de una calleja, la monotonía de una fuente en el parque, y ese acompañamiento se pierde en la perceptible claridad, como si formasen parte de su propio huir, lento y desnudo, apegado a esta hora sosegada.

Si la historia de la luz pudiera determinar el pensamiento de la vida, desentrañar sus sentimientos, ver palpable cómo Ávila se va depositando en su memoria, anidando, sin darse cuenta, en su cuna vestida de gris y dorado tímido, toda ella cerrada en su cintura matinal, y pudiera verse el lentísimo proceso de su cadencia despertando, si pudiéramos escribir en líneas de agua y dibujarlo sin imágenes, el resultado sería sólo una mañana, que quedaría cristalizada en un instante. Pero la luz camina con sus pies enanos, da pasos que apenas se perciben, evoluciona como el fluir del agua en un venero desconocido, y cuando queremos apresar su inmaterial caricia, ha huido, dejó ya su rastro sobre una plaza o en la torre de una iglesia, y ya no es posible apresar nada, fue breve como sólo las cosas intensas viven, esta luz de mañana, el rosado de todo el horizonte, después verdosa mancha que se va desmadejando, al final un sol de espeso corazón brillante. Y ya todo pasó; ahora nos queda el ver volver esa otra cadencia de las cosas que emprenden su existencia diaria.

EL TEMPLETE

El viejo templete continúa en el jardín del Recreo, allí en medio del verde y de los frondosos árboles que sombrean la tarde donde juegan los niños y donde lo mayores descansan, sentados, apacibles, en los bancos de piedra, los eternos bancos de granito, mientras los coches se alejan por la avenida, sobre el asfalto caluroso y requemado.

El templete, que enmudeció, musitó zarzuelas y marchas alegres, conoció un fluir de pájaros que emanaba de su barandilla, que bajaba por las escaleras, que se escondía en sus bajeras misteriosas, en las oquedades de sus pies anchos y hondos. Este viejo templete que bien pudiera ser un monumento levantado al ritmo de las tardes del verano, que aún a veces sirve, que de cuando en cuando recibe la danza de las notas, algún sonar que la orquesta va dejando caer como una lluvia de colores.

Bien recuerdo aquel parque, aquel jardín que resguardaba un muro, paredón donde se asentaba un larguísimo banco de piedra, corrido, que atravesaba el paseo de tierra y polvo. Y allí jugábamos, a la sombra, al fresco de la fuentequilla redonda, al volar de los pájaros de incansable rutina, mientras danzaban, sobrevolando, las cigüeñas blanquinegras. Allí jugábamos a la espera de la música que, algunas tardes, creo que los domingos, rompía el viento en sonoros chorros de flautas y trombones suaves.

El templete, entonces, renacía. Podíamos verle sonreír, con su sombra de pico, con su gran chorro oscuro sostenido por las columnillas, y todo el ambiente se cubría de furtivos desórdenes, de magnetismo, de un río de serenatas, de un balcón de

fiesta. Podíamos verle con la sonrisa de Falla, con la profundidad del maestro Rodrigo, con el dulce aroma de danza rusa, con el coqueteo de la Revoltosa o la alegría de la verbena de la Paloma. El Templete sabía transformarse según las melodías, adivinando el rostro de la música, recomponiendo partituras. Con la clara inocencia se podía soñar sin conocer el color de los sueños, pero intuyendo la grandiosidad de los sonidos, el espectáculo de sus sombras.

Hoy paso, en tardes tan hermosas como luz de silencio, y los muchachos siguen, y los mayores siguen, y el paredón del convento de Santa Ana es un enjambre de ladrillos, y el templete sigue, algo más canoso, más caduco, más inmóvil, quizás, pero puedo escuchar sus ecos de orquesta legendaria, pero puedo oír, no sé con qué sentidos, su melancolía de soles agolpados, su quemada presencia de muchos años de descansado enmudecer.

Pero, hoy paso, en noches como mantos de mutismo, y las estrellas siguen, y la luna sigue bordada sobre su sombrero afilado, y el rumor de la fuentequilla sigue golpeando la tierra, muy despacio, y el templete sigue durmiendo, casi desvelado, imaginado, tal vez, que una melodía le acaricia con la ternura de un violín de brisa.

NIEVE

Agua era en las primeras horas del día, pero agua amenazante, casi queriendo ser copo, casi flotando en el aire algodonosamente, mientras, en la lejanía, en las alturas de la sierra ya se dibuja blanca capa de caída nieve pálida. Amenazante, fue jugando el día a despejarse, a perder cada nube, a solearse un poco como si se fueran cayendo todos los indicios de la lluvia, y al parecer, como elevada cima, se abría la tarde y se cerraba, jugando con la luz, almacenando en su indecisión una rosada veladura sobre el horizonte, y fue agrandándose, anchurosamente, hasta cubrirlo todo.

Y la nieve resbaló sus patines esperanzados, sus terraplenes claros, y fue depositándose, tímidamente, con cierta precaución, sin desear cubrir, pero llenándolo todo, vaciando ansias escondidas, frialdades hondas. En Ávila se fermentaban los copos como camadas de un sagrado maná de invierno, el que espera la tierra para alimentar sus entrañas, el que espera el campo fértil para esponjarse hasta lo más íntimo de su adentro, el que esperaban los parques para humedecer sus caminos. Estaba derramándose el primer soplo de la nube viajera envuelta en la sede rosa de la noche, y al caer sobre la ciudad, sobre cada peldaño de una escalera, en las torres efímeras en esta hora, escondidas en el recio desflecarse de esta hora.

El suelo era ya alfombra y se pisaban los débiles copos que no soportaban las pisadas, porque esta nieve aún espera otras desnudeces mayores, otros chorros poderosos. Y se iban sucediendo en la impenetrable claridad de las farolas, arrimados los copos hasta la luz violácea que encendía aún más el blanco, lle-

nando toda su luz de mariposas húmedas, hasta cubrir, como imberbe cristal, la superficie, tornando blanco el forjado en una transformación recia, en un brochazo infantil.

Mirando esta primera aparición de la nieve se derriten los días, y sin haber esperado a San Andrés para confirmar el saber popular, reaparece, como esos amigos que llegan de lejos en un señalado momento de la vida, y traen lo mismo de siempre, hoy su ventisca de margaritas deshilachadas, su pretensión de mano cautelosa, su heterogénea parsimonia sobre la noche. Los coches se esconden en la barrera de un cuajado panel de nieve detenida, disfrazados en su quietud, inesperadamente, allí atrapados por lo insospechoso de sus brazos y el dominio de su densa capa sobre todo, quizás contentos de escapar de su miserable realidad, ahora devueltos al reino de la fantasía. Se transforman las cosas, y en esa nueva y pequeña realidad que configura su estado, un alero de piedra pudiera ser fantasma en la oscuridad, una fuente casi pastel de bodas, y los pinos serenos y nostálgicos, recubiertos de esta nata de ensueño, bien pudieran ser pañuelos en el cielo que se sostienen solos, recogidos por los dedos enhiestos de alguna sombra oculta...

Agua era en las primeras horas del día, pero agua amenazante. Ahora las primeras huellas reflejadas, los primeros copos pegados en la piedra, la primera luz rosada sobre la noche, tal vez la primera blancura desatada.

MEMORIA DEL TIEMPO

La Catedral de Burgos tiene abierta una extensísima exposición de documentos y libros de las diócesis de Castilla y León. Recorrer sus salas como quien recorre las páginas de un libro, los capítulos que forman una historia, las identidades que allí se hacen patentes en los pergaminos, incunables, libros raros, documentos de la máxima importancia histórica, presentados en diez secciones claramente diferenciadas, como hilo conductor que va completándose y armonizando toda la exposición recorrer sus salas es pasear por los vestigios más importantes del conocimiento humano, tocar la memoria del tiempo con los dedos frágiles de sus documentos y sus libros, pasear la curiosidad con toda su fuerza y todo el magnetismo que esta magna muestra deja en el visitante.

Todas las diócesis han aportado sus fondos más prestigiosos, los más destacados, los más raros, aquellos que podían dejar reflejado mejor el papel de la cultura, la fuerza de la historia y el sentido trascendente del conocimiento. Todas las diócesis colaboran en alguno de los diez capítulos que se escriben en este gran libro que atraviesa las interioridades de la Catedral de Burgos, y Ávila, en sus diversos fondos, ha enviado varios libros y pergaminos que aportan matices sorprendentes a la muestra general de la exposición: el archivo de la Catedral, parroquias, fondos de San José... Y de esta manera, es posible admirar, acercarse con detenimiento hasta las cartas autógrafas de Santa Teresa y San Juan de la Cruz que se incluyen en el capítulo de la palabra hecha amor, y hecho amor y comunicando amor encontramos la letra aterciopelada y misteriosa de

Teresa de Jesús, los rasgos serenos de la grafía de San Juan el poeta universal.

Allí parados, frente a frente con aquellas palabras, el público se detiene, casi pasa rozando, acerca su cara hasta el cristal y sin leer, solamente tocando con los ojos las líneas, siente esa extraña veneración por lo inefable, se arrodilla con el corazón ante estos ecos vivos de los dos grandes místicos abulenses.

Muchas son la rarezas, las curiosidades, las manifestaciones del hombre a través de la palabra escrita, del documento escrito, a través del dominio de la miniatura, del color, del sentimiento estético, del fundamento histórico, y cuando vamos alcanzando los diferentes capítulos de esta historia, más nos sobrecogen las grandezas y las miserias del alma humana, su acomodación a los tiempos, la sensibilidad con que ha ido forjando su paso por la vida descubierta en estos caminos de papel y letra, de pergamino y sombras, de personajes cruciales para nuestro destino, para el destino de nuestro hoy y de nuestra vida presente.

Una de las más bellas piezas que se pueden contemplar, en el capítulo segundo donde se muestran las diversas Biblias es la magnífica y grandiosa "Biblia de Ávila". Y realmente este libro, hoy en la Biblioteca Nacional por razones complejas, es un lujo para los sentidos, un placer para la vista, un mosaico de belleza en el esplendor de los albores de la cultura, un libro que la Catedral de Ávila siempre guardó con celo entre sus tesoros...

La memoria del tiempo queda allí latente y viva, sintiendo que su presencia nos completa y nos llena ese hueco oscuro que los tiempos ciñen a nuestros designios vivos y eternos.

EL ESPANTAPÁJAROS

En medio del sembrado se divisa, con su figura maltrecha y dócil, estaca y ropa desgastada, moviéndose a impulsos del viento, como a ráfagas de música descontrolada, de acá para allá, y desde lejos parece la locura de un muñeco fofa y desaliñado.

Fue naciendo con la chaqueta en desuso, que sirvió tantos años hasta desfundarse, hasta hacerse añicos, descolorida, y aquel sombrero que tenía las alas deformadas y fue verde algún día. La cabeza es la escoba que se ha ido pelando sin darse cuenta, arrastrada por los gallineros y los patios. Y todo ello, ahora, en medio del sembrado, como en carnaval, es la mentira disfrazada, el guardián del sembrado, el espantapájaros que en Castilla, de cuando en cuando, asoma entre los árboles, aparece como el ahorcado que vuela sin moverse, frágil y maleable, espectro de sí mismo, dando miedo a los pájaros que se acercan y huyen, inocentemente, que llegan a picar el trigo o la cereza y escapan sobresaltados por la extraña presencia del inocente monstruo.

Los vientos fueron desaliñando más su endeble figura desvalida, casi sólo restos de los restos, no se adivina su traza de jardinero plantado entre los frutos, casi no se adivina su figura derecha y algo cansada de su guardia perenne, aguantando todas las inclemencias duras de la noche y el día, sin descanso, sin tregua para seguir posando en su fingimiento constante. Allí está dedicando su tiempo a espantar a los pájaros, a los jilgueros que trinan al oído sus notas, del gorrión amigo, la oropéndola triste en el graznar de los vencejos que sobrevuelan su

sombrero roto y descolorido. Todos en su tentación de asomarse al sembrado, de posarse en el árbol, de picar la fruta, golosos, expectantes de los movimientos del guardián misterioso.

Un día fueron acercándose hasta sus brazos en aspa, y se posaron, sintiendo que nada sucedía, que la bondad de aquel harapo nada impedía su temor, y descansaron sobre su sombrero, viendo el paisaje desde los mismos brazos del muñeco, amigando con aquel enemigo que no se movía, y se llenó de pájaros, y se llenó de alas, y acudían desde lejos hasta aquel sembrado en plenitud que guardaba un siniestro y bondadoso vigía. Fueron picando el grano hasta la saciedad, día a día, extrañados de la impasible mirada del espantapájaros, extrañados de la libertad ganada, y todo el campo se alumbraba de un sol intenso, todo el campo se llenaba de júbilos y juegos en el aire, pajarrería abierta que se alimentaba ante la consentida presencia del amigo.

El labrador lo supo de repente, lo notó cuando ya era irremediable: no entendió cómo el sembrado era un campo de plumas y su fruto sólo restos que el paso de las aves convirtió en casi nada. Antes nunca había sucedido. Miró al espantapájaros y debió de notar cierta bondad en su postura, un gesto que nada le gustó, posiblemente no espanta nada, no servía. De un manotazo se derrumbó en el suelo; la escoba y el sombrero y la chaqueta volaron hasta caer de golpe en el sembrado, hasta deshacerse cada cosa por su lado. Allí maltrecho quedó como si hubiera llegado de un naufragio, como un náufrago de los campos en la fresca noche silenciosa y oscura.

LUZ DE NOCHE

La noche oculta en las ciudades una vida distinta, en la luz de sus rincones, en la metamorfosis que transforma las calles y plazas en su trajín, en un ir y venir, deambulando la ciudad, los lugares que más se frecuentan en la nocturnidad que se viste de fiesta, que empieza a ser distinta cada fin de semana, como dando la salida a las cosas, poniendo un punto de origen a los sueños, abriendo un paréntesis en el pulso cotidiano.

Ávila ha encontrado, en su vivir de noche, como en todas las ciudades, su ritmo, el canto que se ofrece al tiempo de nadie, a la evasión y la ruptura de la rutina vivencia, y para ello se ha calado su luz de noche, su luz distinta y nueva, la que se escapa por los rincones con cierto sabor atemporal, dentro de su imagen legendaria y remota de vieja dama que sabe guardar su belleza, y mantiene en su añosa juventud una romántica mirada que no muere.

Así la noche toma otra suavidad, y el tiempo es otro como es otro el color que se abraza a los objetos cuando la luz de los locales y la música que se escapa llega hasta la calle, y las terrazas lo invaden con su mundo multicolor con la diáfana costumbre al aire libre, frente a todos los instantes de Ávila en antigua presencia. Luz de noche para el neón y para la farola que amarillea en la esquina, a pesar de que tantos nombres encendidos lo hagan en inglés, o no entendamos que junto al torreón de la muralla o frente a cualquier piedra poderosa la imaginación no haya forjado mejores locales acordes con su entorno. Pero ahí está la luz de noche y que no falte ese otro color de la verdad pequeña de las horas, que no falte el latido que aproxime tanta

historia acumulada a la ley de nuestro tiempo, a la exigencia de nunca detenerse. Guardar nuestros recuerdos no es parar el reloj ni detener el paso de la vida, guardar lo que los siglos han dejado en nuestras manos también tiene luz de noche, y en ese reflejo también se embellece la ciudad, y Ávila se pone un traje que le sienta bien y es agradable a sus arrugas y a sus achaques de vejez, porque la vida está donde se siente el palpitir de la sangre nueva, y se busca el palpito de la noche en el color de su luz, la que define un secreto guardado en el corazón de cada sombra.

La luz de noche se pasea por la calle Vallespín, en las terrazas del Grande, bajo los arcos del Mercado Chico, en la avenida de Portugal o junto a la Catedral, donde las gárgolas de piedra lejana escuchan las melodías que llegan, y permanecen quietas, insomnes hasta altas horas, subidas en sus miradores de estrellas, y el movimiento de los coches, posiblemente, les sorprende y callan, porque la luz de noche ha acostumbrado su mirada y se posa en el gris tenue de los ojos de la madrugada, entre dos luces, entre dos manos: la que se va posando en la realidad desmayada tíbiamente y la que va barriendo la luz de noche, haciéndola desaparecer, escondiéndola en los portales y en los bares, en las discotecas y en las terrazas, hasta otra noche, hasta otra noche en que su nueva luz de neones se abre en el singular escenario añejo y lejano de Ávila.

LA LUNA

La luna se apodera de la ciudad con su blanco temblor de brillo indefenso, se cae sobre los muros y sobre las piedras cuando parece un espectro que se balancea sobre las sombras, llena de jugos y de ríos de nieve.

Cuando se asoma en lo más alto de la tarde, tímida y sin aparecer del todo, es una línea curva que quisiera esconderse, temerosa tal vez, pero va saliendo hasta ocupar la noche sobre Ávila, blanca más que el blanco, plena de una melancolía extraña. La muralla, bajo su densa plata, se disuelve en un silencio de almenas y la luna se lanza insatisfecha hasta sus brazos donde se acuna temerosa. En el río se vuelve agua, agua de luna, agua que toca el fondo oscuro y denso de su seno, y en cada instante es, siempre la luna, un guardián de la noche, una cometa de luz sobre la ciudad guiando los misterios que allí duermen.

La luna de Ávila, desde la lejanía, desde el reflejo distante, parece que pasa su pañuelo de meditación y de claridades honradas por el rostro de cada piedra, y se torna naranja y verde, ardiente como un fuego, como un gran sol entre lo negro, teñida de nubecillas que se pasean por su cara de frío; y de su piel de noche se contagia la torre y la campana, la flor y el valle, la madrugada que aparece envuelta entre sus redes de soledad, cuando vuelve a ser sólo línea tímida que apenas se deja sentir ya en el cielo.

La luna es siempre en Ávila un matiz que hace sentir que cada lugar toma otro color y otra vida, un modo diferente de pintarse el silencio, de perfumar la piedra, y esa manera de

posarse en las cosas, sobre los detalles más insignificantes, en el temblor de sus existencias apacibles, hace que la luna se integre en su cotidiana frescura, en cada estación, en todo tiempo aun cuando la nevada pone más claridad en cada calle y su brillo de matices insospechados, en las noches de otoño cuando la lluvia fina y tierna acompasa las hojas por los parques y las nubes van a pasos agigantados recorriendo la noche, dando paso a la ventana de la luna que busca su resquicio para salir corriendo, casi sonámbula en lo oscuro. O en la primavera de noches perfumadas cuando acompaña a las rosas en los jardines y se queda clavada en su belleza temprana, esperando, quizás, ver abrir sus corolas de pétalos de terciopelo. Y ahora en el verano, cuando se posa entre sus almenas, sentada en su roja desnudez, contemplando las estrellas en los cielos despejados, dando con su reflejo color a la brisa suave que envuelve el atardecer último del día.

Siempre la luna y la piedra, también la flor y el asfalto, y el verde de la hierba que bajo su luz de esmeralda con cierto miedo pálido. Siempre la luna en su techo de azabaches dormidos, en su cama de noche, vigía de las horas pausadas de Ávila, mano que acaricia cada artista de su hermosa presencia, cada silencio que se hace luminoso cuando los rayos tímidos de la luna lo envuelven, alta y firme en su inmensidad de cielo sin horizontes, como una lejanía que se abisma en lo recóndito, en lo más acusado de la noche. Siempre la luna y Ávila, abrazadas y juntas en el transcurrir de las horas que son de la materia con que el tiempo ha dibujado la inmortal soledad de la noche.

PEPILLO

Estaba eternamente como a la espera del amigo. Era amigo; su viejo almacén de tiempo y lustros aguantaba la romántica ojera que embellecía sus ventanales, que daba gracia a su cristalera, que envolvía su pedregosa piel ajada. Pero siempre esperaba, con la mirada puesta en los espejos, con el olor a cocina y el perfume clandestino de los gatos, aquel café para la charla amiga, para la siesta pública, para jugar la partida en confortables horas. No faltaba casi nadie a la cita sobradamente conocida, al encuentro que no necesitaba hora, a la reunión no sabida de antemano. Porque el tiempo allí no contaba: en la medida de sus horas, todo era más espacioso, más inesperado, sin prisas, con ese tiempo que se mantiene joven y que no se gasta nunca, porque se tiene otra diferente concepción de las cosas.

Pepillo era para la monotonía sin remedio, la que se quiere por encima de todo, la que se persigue hasta llenar con ella la existencia. Algo de otra época sobrevolaba los espacios anchos de su café, la planta de arriba, la lámpara un poco amarillenta y el telón que podía pararse cuando quisiera. Porque estaba eternamente como a la espera del amigo, con los brazos abiertos, con su delicado corazón de años un poco gastado, con su café en vaso trasnochado pero lleno de ternura, y ocupaba el espacio de paso, por donde se transita casi obligatoriamente, y todo se miraba desde allí con ojos curiosos, con intención provinciana, pero algo había en su decadente mirada que se hacía necesario.

Sucede ahora, cuando han pasado años y se recuerdan las cosas con esa distancia que pone el tiempo sobre todo, y es ahora cuando se idealiza un instante, algunas tardes de invier-

no, muchos días de cañas al mediodía, los churros y el chocolate en las tardes frías, subidos en sus miradores, y cuando se recuperan estas pequeñeces, notamos que algo muy hondo también se recupera, que algo agazapado en la memoria se presenta con su cándida espontaneidad de tiempo ido. Pepillo era así, guardián de la ciudad, casa de todos, y en sus paredes se silenciaban generaciones enteras, de padres a hijos, con las mismas cosas, con los mismos medios, casi repitiendo un rato hermoso que se hace necesario en el tiempo, porque el tiempo todo lo recoge en sus fuentes de memoria, en sus cuadernos de sueños.

Pepillo queda en la historia de la ciudad inscrito en el capítulo de la melancolía, en la verdadera soledad de los recuerdos, ya desnudos, donde sus columnas amarillas y su constante ir y venir suponían vivencia, la posible, la que quedaba, la que su legendaria belleza de café impregnaba a la ciudad, con desusado gesto, desde el mirador de invierno o las terrazas de verano, en el mismo Grande, y todo el bullicio, y toda la fuerza que Pepillo dejaba en su espacio y en su identificable soledad de ciudad pequeña, se inscribe en la historia de la ciudad, se deja dormido en el recuerdo de las generaciones, en la memoria melodiosa y algo triste del pasado. Fue Pepillo rincón de adolescencia, fue casi costumbre inolvidable como las identidades más guardadas en el cuidado de la memoria, y allá reposará, pese a la muerte que un día se llevó su esqueleto viejo, con su mirador sombrío y cada cosa que hacía peculiar su decadente existencia.

LA VIDA RETIRADA

Hemos comenzado ya el centenario de Fray Luis de León, el gran humanista y el poeta maravilloso de los versos íntimos, el sabio conocedor de las dichas silenciosas, de los relámpagos del espíritu.

A su lado navega la soledad de una vida entregada al conocimiento, esmerada y profunda, con la delicadeza de un hombre asombrado por la naturaleza, buscador de las riberas de la noche y el viento, transeúnte de la luz y de los fuegos seguros. La vida retirada, la del hombre que siente la seguridad de las cosas esenciales, quizás desengañado de una mundanidad sin horizontes, de un vacío en la dura lucha de la supervivencia. Dichoso él que sucumbió a la paz con las manos llenas de esperanza, y se derramó en sintonía con un ameno huerto, con una orilla fresca, con unas aguas cristalinas, y en ese hallazgo encontró la paz, la necesaria paz interior, la que se reviste de soledad y de amor.

Aquel poeta que murió en Madrigal de las Altas Torres, agustino, profesor en la Universidad de Salamanca, donde alzado en su cátedra miraba al mundo con el suficiente desdén y la suficiente verdad como para saborear todo lo humano pero muy lejos de ello, en esa postura retirada que tan libre hace a los hombres. Su lección estética es muy sencilla, muy honda también, pero cargada de toda la meditación de un clásico, humanista en una España donde el conocimiento se revestía de aires renacentistas, desde los grandes escritores de la antigüedad, aprendices de una cultura sin límites, curiosa, sublime en la medida en que el hombre se inclinaba al conocimiento con los

ojos abiertos y receptores de toda la belleza posible. Aquel poeta de la Flecha, en la soledad del Tormes, en el retiro de la orilla y del silencio, del alma y de la tarde cuando se acerca con su luz de ocaso hasta bañar las horas de su paz infinita.

La vida retirada, tan difícil, tan apartada de los centros de poder, de las modas al uso, lejos de los desengaños y las angustias de la envidia, la que se pudre en los corazones como veneno siempre, como aguijón para dar muerte con el espanto y el desvelo. Esa vida retirada que sólo mira las horas como una medida de la propia dimensión de ser hombre, y en medio de esa libertad, la verdad llega, la iluminación de la verdad, la constancia del espíritu frente a otras conquistas deleznales. Es el Fray Luis de la melancolía que recubre el corazón cuando se ha comprendido con certidumbre la verdad sin fronteras, y en esa capacidad, en esa holgura, la decisión del corazón habla con las palabras exactas, con las músicas más elevadas. La poesía en Fray Luis de León roza las perfecciones de un lenguaje destilado en lo más recóndito del espíritu, agazapado en la orilla de la meditación, resultado de la reflexión y del conocimiento.

Volar por las palabras de la poesía de Fray Luis reconstruye toda una vivencia, el fruto satisfactorio de la retirada que nutre los pozos de la libertad, la experiencia del dolor, la soledad de la cárcel, la angustia del perseguido, la presa del envidioso. Pero este gran hombre que murió en Madrigal de las Altas Torres, nos invita aún a saborear el deleite de la belleza, a comprender el mensaje de la libertad, a escuchar la música callada y sonora de sus palabras escritas en el libro inmenso de los inmortales.

EL TIEMPO

La medida universal del tiempo la marcan las horas de los relojes, el cómputo seguro de los minutos, la exactitud de los cronómetros que definen su intransigencia marcando los espacios con el rigor de su medida. Algo nos enseña que el tiempo es un invento más de los guardianes del orden, un invento de la demarcación de los espacios, sea en la dimensión que sea, pero al fin una manera tangible de evitar el caos y el desconcierto... Pero el tiempo es también un subjetivo sentimiento que deja mayores márgenes en circunstancias concretas, y en esto el tiempo de Ávila, nuestro tiempo, es cambiante, tan subjetivo y tan personal, que tiene otra medida, otra capacidad de sorprender, otra dimensión diferente.

El tiempo puede alargar las circunstancias que lo encorsetan, que lo hacen inamovible, y con esa posibilidad se dinamiza una suerte de amplitud, una capacidad de supervivencia. Tiempo para el detalle, para el paseo solitario, para el pensamiento, y sobre todo para la amistad, para la charla que nos conduce a la convivencia con otros parámetros, sin las exigencias intensas de otras ciudades, sin el tesón del reloj marcando su inflexible dominio circular. Por ello el medir subjetivamente el instante alarga la vida, la intensifica con un desarrollo de sus posibilidades, con una emoción más compleja. Tiempo es al final siempre, pero la remisión de su dominio, la capacidad de su holgura restituye el carácter personal, la individualidad tan deseada. Quiero este tiempo porque en él se navega de otra manera, porque en él se alarga la existencia hasta la temporalidad de lo más íntimo, hasta el sosiego de su intensidad en nues-

tras vidas; y no es lo mismo vivir con la precisión de los cronómetros para cualquier innecesaria labor, para cualquier derroche de sutileza, que habitar en una dimensión donde se personaliza más la vivencia, porque todo está más cerca, más al alcance de la mano, más posible, y en esa posibilidad se afronta el tiempo con otro deseo y otra medición.

Necesitamos un tiempo habitable y vivible, un tiempo hecho a nuestra medida, fabricado desde nuestra capacidad de soportar las cosas, sin agobios, sin imposiciones que nos prive de las menudencias confortables de cada día, en la sensibilización de nuestros minutos y nuestros instantes, no esclavos de sus designios y de sus leyes abrasadoras; libres frente a lo que nos llega hasta vencer, como enemigos sin ley y sin demora. En Ávila la temporalidad la marca un rincón y un silencio, un parque y una mirada detenida, un instante frente al poniente en su roja eclosión de horizonte; lo marca la piedra hecha con la sutileza de un instante, siempre distinta, matizada, y en esos matices va la vida enredándose con un pleno dominio de cada segundo en nuestro tiempo personal y distinto, único. La personalización de este tiempo nuestro nos lleva hasta la contemplación pausada de las cosas, hasta la medición de lo inmedible, hasta la posibilidad de disfrutar con lo mínimo y lo más esencial. Es posible que este tiempo se sienta cómodo en nuestras manos, se adormezca calmo en nuestro vivir. Habremos ganado la más dura pelea contra lo efímero y contra lo medible en los márgenes estrechos de su inmediatez.

EXTRAÑA NIEVE

En las cumbres sí; alta como nube que se perdiera en las sierras, y blanca como el pañuelo caído de esta hora, pero sólo en los puertos, sin llegar hasta Ávila, extraña nieve ésta que se aleja de la ciudad y no la cubre de su espesor helado, de su manto purísimo.

Y en cambio, como capricho, o como azar, se pierde en los paisajes andaluces, se pierde en las cálidas laderas del mar, en el Sur encendido y luminoso, que por unos días recibe la llegada de la nieve, recibe su indudable prisión de frío y heladura. Por ello es tan extraña como los confines de su propia mansa frescura, pasando de largo de la ciudad, amenazando con diminutos copos que no quedan, que se esfuman en su debilidad frente a la tierra, y Ávila, ciudad de nieves seguras, ciudad de apretados deseos de blancura, pasa inadvertida, se deja dominar por un cielo que aunque gris no nieva, que aunque amenazador, no cumple su promesa del invierno.

Es la contradicción de este día, de estas últimas jornadas. Contradicción de la nevada, de su presencia, de su huida hacia el sur, hacia el Levante, en las tierras que desconocen el frío sabor de los copos cayendo, el frío sabor de su mano en las cosas. Parece imposible este olvido, y así, como imposible, la ciudad no ha visto el descenso de lo blanco en su corteza de granito, no ha visto el pudor de la tierra, no ha visto el consumado don de la nevada. Y parece imposible, que estos parajes de la Castilla más fría y más invernal haya dejado a Ávila sin nieve; no es una queja, es una extrañeza, la que parece que lo muda todo, la que parece que lo contradice todo, y así resulta tan difí-

cil comprender el paisaje, parece tan difícil valorar este alud de días cuando adivinas que donde la nieve nunca anida, ahora lo hace, y donde acostumbra, huye.

¿Por qué esta extraña nieve? Si bien los hombres del tiempo explican el fenómeno, si bien dan la lógica explicación a los fenómenos atmosféricos, algo más mágico me parece que sucede, cuando la nieve no llega hasta las laderas de la altitud de esta colina vieja y milenaria, y sus torres no reciben la presencia de la nube preñada de aguas blancas, y se despista hasta el sur su paso por las tierras, los caminos, los viejos páramos de Castilla, encendido con su sensación el inmenso mar de olas calladas. Acude hasta Gredos, a los puertos que atraviesan el corazón de la provincia, la Paramera, Villatoro, el Pico y todas las altas vías de la montaña, y allí sí se posa esta extraña nieve que no ha caído entre las piedras, que no se dejó aposentar en el desnudo frescor de granito, que ha añorado como cada invierno su prisión de copos y de reflejos claros, como si la lejanía provocara un olvido, sentimiento que puede reflejarse en las cosas, en los momentos, en los instantes más pequeños de lo cotidiano y lo que permanece sea el recuerdo de su paso, su presencia recóndita, la ensoñación que se demora en su existir diario. En las cumbres, sí. Alta como nube que se perdiera en las sierras, que por un extraño error caminara otros cielos, huyera a otros caminos. Y Ávila, ciudad para la nieve, quedará relegada de ese baño blanco de todos los inviernos en la piedra.

LAS NUBES

Pasan las nubes como pasa el tiempo, en su blanca desnudez, en el simulado trastorno de su locura, y van pasando en el azul, deseosamente incapaces de estar detenidas, quietas, arrulladas en la serenidad de lo imperecedero, pasan sobre el limpio cielo de Castilla, ocultando la nitidez, presagiando sin descanso un interminable desorden de secretos. Las nubes, desde la Paramera, desde la sierra, desde un pasar que insondablemente se deposita sobre las cosas, dotándolas de otra luz, de otro contenido desordenado.

Se diría que siempre son los mismos cúmulos indecisos los que atraviesan, en sus pasos invisibles, la lejanía, y que van y vienen, como enloquecidas palomas sin nido, como sombras que no saben dónde posarse, como espectros castigados a un destino inconcreto. Algo impreciso forma su anuncio de lluvia, su asolanado desconcierto, su anunciación de muerte. Oscuras nubes del invierno que se precipitan sobre Ávila como el techo pasajero de la oscura mano que las mueve, desde su primitiva y eterna carga desconocida. Al pasar, nieve en vuelo, agua en insegura cesta, bochorno de lejanía, al pasar puede verse la incógnita que plantean, la voz que ocultan, el eco que lamentan, y desde esta quietud de abajo, desde la presencia que su pasar desvela, la ciudad se acomoda a cada gesto y cada paso, insatisfecha de comprender el destino que dejan en su alada memoria.

Las nubes todo lo han visto desde su altitud de estrella, en el día y en la noche atravesadas por la luna luciente y fría, visitando su redonda silueta, espejismo de sueño. Todo lo vieron

con los ojos inexistentes de su languidez, de su carrera frenética, siempre de paso, como viajero sin tren, como ruta sin meta, encadenadas a ese intransigente destino que no se detiene jamás, en su locura sin nombre. Si espejos son de este vivir, también hacia el horizonte ilimitado se encaminan los pasos, siempre fluir de tiempo, siempre carrera desnortada. Miedo al pasar y miedo al imposible que persiguen; con la misma ingenuidad que la nostalgia, con el mismo destierro amoroso, las nubes se desparraman en lo más alto hasta la cúspide de su locura, la intransigente voracidad de su paso en cadena, ocultando la sosegada beatitud de su tranquilo sino.

Pasan las nubes recibiendo en su seno lo informe y lo abstracto, lo que nada persigue, y en su arbolado mutismo callan, tal vez esperan el brote de la tormenta hasta el rayo que se caiga sobre la llanura, el trueno que despierta del sueño todo el viento. Cerradas sobre la ciudad, descargan el agua de su ira, bañan el desasosiego de las piedras, huyen los pájaros y escapan hacia otro paisaje y otra tierra. Atrás quedó el caos de lo desconocido, el temblor de sus voces. También pasan esos negros nubarrones de miedo, más despacio, más quedos, iluminando con su ira el instante y la vida. Queda azul el cielo, calma y desnudo, sin nubes. En su huida se han apoderado de los pies corredores, hasta llegar a Gredos y roncar con locura indefinible. Queda azul el cielo hasta que en la lejanía otro tropel de nubes se asoma, se desprende, se anuncia. El delgado hilo de su castigo caminante retorna su sendero, viene de lejos, acompañando en esta hora una desbandada de pájaros y alas. Redonda es la noria de este día que empezó, como una nube que también renacía, en el instante de esta hora. Pasan las nubes, pasan; sin más posible destino, solo pasar nos queda, nube de nombre y alma, pasar hasta la redonda inquietud del tiempo, pasar con la desolación y el cansancio infinito. Azorín, las nubes siguen trayendo el tiempo dormido en sus pupilas.

CUEVAS DEL ÁGUILA

La naturaleza sabe escribir en el agua, desafiar al mundo y embellecer cada misterioso y oculto secreto que esconde la tierra en sus entrañas. Sabe esculpir con la sabiduría del maestro, esculpir en la lentitud del seno del campo donde pastorean las horas y los días y los lustros y los siglos hasta formar el laberinto que sólo el agua y la tierra cimentan las honduras, como caminos que se recorren con la mano artesana de su propia cordura.

Allí se remansa el mundo, el cristal anhelado, la estalactita dibujada en abstracta caricia, allí el corazón salvaje de los oficios de la lluvia descansa y se amolda en virgen o en caracol, en ilusoria forma como si el artista hubiera enloquecido y todo lo transformase en ciencia y en misterio. La noche es en sus cavernas una cortina de gotas que peina el frío y el húmedo tacto del tiempo y sus prisiones.

Sólo es posible que esto suceda en un sueño sin noche y sin descanso, la obra de un monstruo que se quiere parecer a un dios, que en sus desolaciones ha ocupado toda su vida en levantar esta mole de ingenua belleza, de colosal y rotunda severidad, y transparará sus límites para encerrarte en un mundo de hadas, en un fabuloso recinto de caminos sin cielo, en una luminaria ermita de secretos.

Hondo, muy hondo, casi imposible, es este pozo donde puedes caminar por sus interiores veredas, atravesar la espesura de los chorros y los lagos, desierto de soledad y de peces, muerte pero muy encendida claridad. Capilla donde se oficia el culto a lo impensado, también reino del señor de lo inmenso.

En las cuevas del Águila no vuelan más que difíciles sombras de ti mismo, vagabundo en sus calles de miradas ocultas, al filo de las columnas que forman ingentes palacios sin princesas, que de pronto se alzan, que se juntan, que suben, que en manada de blancas palomas de la tierra, son como gotas detenidas en la prisión de lo inconcreto, movimientos que fueron cristalizados en el preciso instante de su forma más quieta, y nunca repetida la sucesión de sus volúmenes, y nunca repetida la sucesión de sus signos colgados, aquí y allá, en la cristalina naturaleza de sus brazos.

La naturaleza sabe escribir en el agua, conoce cada línea, dibuja cada letra, pinta el abismo y se instaura en sus brazos, se balancea como un pensamiento en la memoria, y la tierra, en su seno, en su virginal silencio de tiempo y de paciencia, ha labrado la historia mágica de la lluvia, ha cincelado lo más hondo y más nuevo de unas manos que, sabiamente, han ido dejando un sueño en sus entrañas.

PAISAJES



LA MORAÑA

Se te llenan los ojos de cielo, de horizonte perdido y de luz: al fondo un mar de trigo que amarillea y el viento mece, cimbreándose al ritmo silencioso de la tarde, cuando se va perdiendo la diáfana sobriedad de lo inmenso.

La Moraña es una plaza de campo y de meloso perfume que se alarga y se alarga como una gran explanada que baña el sol y se transforma, gris, verde, rosa junto al cielo lejano, línea perdida en la distancia, y vuelve, de cuando en cuando, a serenarse, a azulear donde parece que se juntan cielo y tierra, más allá de la vista, muy lejos de los últimos silos elevados.

En la Moraña algún pájaro vuela, colgado en los alambres, en los postes enhiestos, oteando la vida alrededor, los campos firmes y los pueblos que se esparcen aquí y allá comunicados por caminos, por carreteras polvorientas a veces, y algún pino, algún arbusto requemado, quiere dar sombra sin saber muy bien cómo guarecer, en sus copas pequeñas, la desnudez del día.

Tanta extraña belleza emociona y sobrecoge al espíritu, la grandeza de una tierra tan ancha que ni los ojos pueden abarcar sus aristas, que ni los ojos pueden llenarse hasta la hartura, porque siempre queda un poco más de lejanía, siempre un más allá que abrazar con la vista.

Lo más recóndito del paisaje es la lectura del color, la cromática sensación de que todo sucede en un espacio indefinido, en un mundo de llanos imposibles. Y esos colores, que si no miras con la clave de la austeridad y de lo humilde, no se podrán comprender, porque su más escondido secreto se alberga justo allí, en la confrontación de lo pequeño y de lo grande,

de lo austero y lo bello, de lo humilde y lo enriquecedor: mirar, mirar, hacerse como la tierra, como esa tierra, y compartir su enigma, la dudosa luz que pisa el día (como dice el poeta), y en la duda y en la revelación de sus enigmas, entrañarte en la tierra, pasear tu desnuda mirada con la profunda y vertiginosa claridad de ese valle.

Salpican las llanuras torres aiosas, campanarios, miradores del viento y los trigales. Rojo el ladrillo del mudéjar, reverbera al sigilo de los rayos, y se rompe sobre los muros firmes el color y la música del aire, y allí, junto al campo de girasoles de dorada melena, un perro ladra y un pastor regresa silencioso, y de cuando en cuando, la campana llama a la misa vespertina en algún pueblo, y es posible que el ganado que ya vuelve rezagón y muy lento, ponga con sus esquilas y campanas, un poco más de letanía sonora.

Tanta extraña belleza, la de la austeridad, donde nada es distinto, uniformada planicie que parece hecha para volar sin ningún obstáculo posible, para cansarse de correr sin descanso y querer tocar aquella tierra garbancera, aquel otro sembrado, un trigal poderoso, y ver que no se abarca nunca esta soledad y esta abrumante claridad sin contornos.

Hay que redescubrir estos paisajes, acercarse de nuevo y recorrer sus pueblos, y subirse a sus torres, y contemplar la tierra como quien mira, por vez primera, un paisaje de sobra conocido que apenas miró lo suficiente, que pasó inadvertido. Y mirarlo de nuevo, reconocer esta largura en todos sus matices, beberse cada luz que nos sorprenda, pararse frente a todo el horizonte que se divisa allí, que se hace inmenso, y levantar los brazos, suavemente, también con la mirada, para abrazar la paz del tiempo que se remansa en toda su belleza.

EL SOTO

Los parajes que rodean Ávila pueden dar la impresión de dureza y de áspera realidad, todo piedra, sólo piedra, y algún arbolillo que se pierde dando sombra infantil, o alguna encina antes de entrar en Ávila, pero el gris lento de la roca, el gris secular, el gris que se duerme tranquilo identifica el yermo de este paisaje casi místico. El mismo Adaja llega tan cansado a la ciudad que no puede derramarse más que en ráfagas de riachuelos, en senderos de agua y tanta sequedad, tanta rigurosa fluidez del río, vuelve a mostrarnos una silenciosa realidad, un sonido que identifica su austeridad.

Pero antes de llegar a Ávila el río ha pasado entre el frescor de los árboles, escondido en el rumor más alto y limpio, ascendido en la soledad de los campos soleados, y este soto de soledades limpias, de retirada vida, ve la ciudad a un paso, la mirada desde su contemplación del sonido de sus hojas, desde el anidar de los pájaros en la verdura, largo y extenso como un oasis que resguarda el frescor y la luz más nítida.

El Soto esconde el rumor infantil de los niños que juegan, el rodar de un balón sobre su tierra dura, el paseo bajo los árboles que respiran sin descanso, a ráfagas de suave viento en las tardes que el calor todo lo puede, y en este soto donde el agua se siente prisionera de una sombra interminable, se descansa del ruido, se pierde el poder de los coches que ruedan sin piedad, que se lanzan al asfalto con toda su agonía.

El más alto árbol vigila las cigüeñas que en las torres se posan, cuida de las palomas que vuelan a sus nidos, contempla cada almena de la cercana muralla y es casi el faro de los vien-

tos que se disputan su presencia. Todo el Soto es una sucesión de verticales y añosos troncos de corteza curtida, troncos que sostienen copas verdes y danzan hacia el cielo, musiquean la tarde en la melodía de sus hojas, retienen el sol que quiere atravesar la espesura rompiendo el cerco de las ramas, en toda su longitud de camino y de agua, de retirada paz que alimentan las horas.

Como la Flecha del Tormes en Salamanca, donde Unamuno se volcaba de paz y de cielo, y Fray Luis buscaba su retirada soledad de viento y alma, el Soto puede escondernos en sus sombras y abrazarnos de brisa hasta el sosiego mismo, y en este paisaje tan cercano a la piedra, tan distinto a la vez, juntar lo firme y duro del granito con lo etéreo y fugitivo de sus manos, lo que en Ávila es tiempo detenido y solícito y lo que vuela como el tiempo y la vida, sombra y destino, piedra y agua, viento y roca, estático letargo de las horas, pasajero de los días, ciudad y soto, torre y tronco ancestral, quietud y vuelo hasta sobrepasar los límites de la muralla, cuando entrar en Ávila ha sido el definitivo momento que esperaba tu espíritu asombrado.

Queda el Soto cercano y va llegándonos el rumor nuevamente: algún niño que juega; alguien, quizás, otea el horizonte.

ARÉVALO

La impresión más cercana de una villa señorial es su permanencia en el tiempo, cómo ha ido dejando su sabor en las cosas, en los rincones, en la imagen peculiar de sus raíces o, más allá, en la propia serenidad de sus parajes, de su entorno.

Arévalo lleva en su mensaje temporal la evocación de la grandeza, la rara capacidad de ambientar al hombre en un mundo ensoñado y misterioso, cuando perdido por los rincones de rojo y blanco mutismo, en todos sus imaginarios desvelos de ladrillo y piedra, en la morañega llanura donde descansa eternamente. Esta villa de torres mudéjares, de extrañezas y horizonte interminable, donde un castillo da la bienvenida al viajero como avisándole de la entereza de sus calles, de lo espléndido de sus plazas, de su ir y venir por los instantes dorados de las tardes que allí se ofrecen como escapados de un ilusorio mundo.

Y te acercarán a la plaza de la Villa, rinconera de perfiles impensados, evocación inmensa de la transposición del tiempo, plaza mayor de la Moraña, y si reparas en su irregular belleza de pórticos débiles y casas que parecen habitadas por la gran memoria de los hombres, donde las torres de líneas severas tocan un cielo hoy limpio, quietas en una perfecta armonía plana de arcos esbeltos, San Martín, casi ladrillo azul porque se mezcla y se abraza al añil de este cielo que se cuele, perezoso, en sus arcos. Santa María la Mayor, Santo Domingo, el Salvador y, a escasa distancia, la Lugareja, perfecto poema donde se dan cita las esenciales formas, la armónica caricia de los ábsides y de los allí emocionados.

Todo Arévalo es una sorpresa, una página de historia, un recuerdo revivido, una sugestiva manera de pasar por el tiempo: sería preciso desempolvar capítulos de libros que cuentan, de crónicas que nos aproximan a episodios hermosos de la historia, esos que su cronista oficial, Eduardo Ruiz Ayúcar sabe narrar con tanta emoción frente a cada lugar, junto a cada casa, frente a cada puerta, dentro de cada iglesia...

Detengo mi mirada un instante frente a la estatua, el busto, del poeta de Arévalo, el romántico Eulogio Florentino Sanz. Ese aire decadente de su rostro, esa infelicidad que todos los románticos acusaban en sus figuras, pero a su vez, esa sutileza del poeta amigo Gustavo A. Bécquer donde el gran lírico bebió de las traducciones de los poetas alemanes que Eulogio popularizó en España.

Podemos perseguir muchas huellas, muchos recuerdos (cómo olvidar a Hernández Luquero ...) y en esa persecución del corazón íntimo de Arévalo, detenernos un momento para saborear el mejor cochinillo de España, que también es parte principal de la grandeza de esta villa. Todo será así completo, el cuerpo y el espíritu estarán equilibrando emociones, se encontrarán saciados sus anhelos en el disfrute de tantas emociones juntas.

CANDELEDA

La misma línea divisoria de dos comunidades, será por eso, por su proximidad con otros pueblos que ya no son Castilla, por ese cruce de caminos que enseña, que enriquece, será por eso, por su sol permanente, por su Gredos de verde efusión, porque huele ya distinta la tierra, y es por eso que Candeleda canta y sabe la vida de otra manera, en la grandeza que da ser puente de paso hacia Extremadura, puerta que lleva a la Vera y que atraviesa campos de fertilidad y vida.

Entrarás entre palmeras y bajo un cielo tan intenso que de vela, parecerá que no es posible, que llegado a este vergel de luz y agua, todo se agranda, toma otra dimensión, la misma sierra es un bosque desde donde las gargantas de los ríos se inflaman de frescura y de ritmo suave. La cabra de los risco tiene allí su altura de bronce y piedra, su memoria permanente, y por esas laderas de espesura y de vitalidad, el sol, regala con sus manos la más dichosa fuente de verdura.

Candeleda suena, en su hablar, a cantinela y suavidad de letras que se pierden, encandiladas, que se diluyen en los labios, palabras que van asomándose hasta su tintineante sonoridad, suena en su hablar a gracejo sureño, a copia de lunas y a festejo elocuente y dulce. Es como la tierra, en la identificación que los hombres y los paisajes tienen en su esencia, y de su visión de la vida surge la entraña de sus costumbres, su identidad y la magia de flor y música.

De sus campos se nace el pimentón y el tabaco, todo el olor de las macetas en los balcones, los geranios que llenan las fachadas, la exótica resurrección del verde, el amarillo, el rojo y

el naranja en el huerto y los campos que su benigno clima hace posibles, en eterna primavera de fruto y de silbos.

Candeleda y El Raso, pegándose a la Vera que en Madrigal comienza, la memoria cautiva del tiempo en una jota, el rondón de la música y sus alegres pasos, las noches infinitas y la sierra de Gredos. Y subirás a Chilla donde el bosque se ensancha hasta rozar la ermita, allí donde una Virgen en el más bello paraje de estas tierras, se asoma al infinito mirador que contempla, rodeada de fuentes, de arboledas, de pájaros, y el cabrero que un día pudo salvar su cabritillo... Se asoma más allá de la posible luz casi un milagro de tarde apacible y dorada, las gargantas que salen de la misma sierra se duermen a sus pies, hay un rumor de árboles que se va quedando callado en lontananza.

MADRIGAL DE LAS ALTAS TORRES

El nombre de los pueblos de Castilla se identifica, muchas veces, con el misterio y su realidad física e histórica; los hay de gran belleza, que con sólo pronunciarlos aparece el deleite, se cubren de poesía, son casi versos que se corresponden con la localización de un lugar geográfico, con el sonido mismo de sus letras, y la toponimia se convierte en un sugestivo modo de decir caminos y recorrer instantes que se viven a sí mismos en la suficiencia de sus nombres.

Madrigal de las Altas Torres es, posiblemente, el lugar más sugerente de toda la geografía castellana; sin conocerle, sin haber estado nunca allí, el viajero que lea este nombre puede imaginarse lo que quiera, comprenderá, rápidamente, que no se trata de un lugar más, que detrás de su nombre tiene que esconderse, a la fuerza, un enigma y una historia, un paisaje y una identidad, un personaje y un episodio, una extrañeza que ha de sorprender forzosamente.

Madrigal de las Altas Torres puede sugerirnos la cadencia de la música, el amor que se dice en el verso, la exaltación de la belleza, porque Madrigal es una manera de enamorar, también, de señalar lo hermoso, de descifrar lo cortesano. Y además si las torres son altas, o albas, o centelleantes al sol de la mañana, y están allí, en la llanura morañega, y se levantan con brioso silencio, acompañando a los campos y a los vientos, todo será más comprensible cuando veas aparecer, lejanamente, su muralla y las puertas que dejan paso a todos los momentos y a cada encuentro insospechado con sus vestigios y sus sombras.

Habitarás la existencia de plazas que parecen soñadas, asomando a cada esquina, en cada recogido eco sigiloso, y te hablará de Isabel con insistente murmullo, y te hablará de conquistadores que se asomaron a las Américas, y una vez más tocarás la huella de aquella princesa de Castilla, y el mundo que rodeó su cuna, y te preguntarás qué fue de tanto galán, qué se hicieron aquellas damas, dónde se esconden sus bellezas juveniles, qué tocados y vestidos, el poder que acumularon en sus manos, la música que sonaba, dónde están; y mientras tanto recorrerás las calles con los ojos despiertos, tan abiertos que Madrigal de las Altas Torres parecerá aún más alta, y el ladrillo y la tarde se abrazarán para fundirse a una albura más clara, siendo altas y blancas las palomas, los aires, los madrigales que se cantan al son de cítaras y de laúdes, y esa sorprendente miscelánea acaparará la atención de cada instante, te hará más llevadera la búsqueda, se producirá el hallazgo que late en todo, y aquel devenir de lo que ha sido, de lo que se guarda en lo más hondo de Madrigal de las Altas Torres renacerá ante tu mirada como el resurgir de lo que esperas: cada huella y cada eco omará forma en la reconstrucción de la belleza que allí mora.

MONTE NEGRO

Sucede que se llenan los campos de una fina lluvia de motas negras, y viene desde lejos, como a golpes de viento, un nubarrón oscuro, denso, que todo lo cubre, que lo llena todo de una niebla terrible, preludio de la muerte, preludio del fin allá en el monte.

Lo que crecía, alegremente, al ritmo de los pájaros, mecía por los vientos, verde en su plenitud que en otoño se dora, sabe lo que es la primavera cuando avisa en la hierba, y se inicia otro ciclo de vida cuando el polen salta por los matorrales, se expande por la latitud de los caminos, lo que crecía dando la sombra en los veranos, acompañando las horas de descanso en el seno del monte, en las entretelas de la sierra, en el corazón oculto de la serranía, lo que iba creciendo al mismo paso que los tiempos, al mismo silencio que todos los nidos que allí velan, en un circular mutismo de vida necesaria, de belleza necesaria, de viento necesario, todo eso que crecía dando paso al orden de las cosas, al supremo orden de la naturaleza, al equilibrio de los seres, murió; la nube negra lo predijo, heraldo de la llama, anunciadora mano de la hoguera, y vino desde el monte que nada presentía, nunca pudo saber que era el fuego el destino, un año más, un verano más, una monstruosa vez más...

La mano de fuego, la dantesca presencia de la muerte, la destructora obsesión del hombre en su descuido, mucho más lastimosa en intención, criminal destreza de abatir los pulmones del mundo, de intentar, poco a poco, desangelar los paisajes, poner luto a los campos, vestir la sierra de manchones de muerte, y así sucede cuando el fuego se lleva el pinar y la vida que

habitaba oculta en su regazo, y así sucede cuando se da paso al desaliento de las llamas en su carrera rápida y veloz, en su furia desenfrenada, en su pólvora ingente, inmisericorde, y ves cómo arde tanto tiempo de espera, la crecida milagrosa de los árboles, la lentísima evolución de lo más pequeño y necesario.

Ya no habrá tala, o serán las migajas que resten del naufragio, y con ello la pérdida de lo que allí nacía sólo porque se espera, sólo porque no puede detenerse la vida, porque la savia corre siempre por los regueros de sus manos, y ponen el color a la tierra y al aire, y pintan las laderas de amarillos y verdes y grises, y perfuman el mundo, y saben la grandeza del orden secreto de las plantas.

Aprendemos a amar la vida cuando una flor o un paisaje nos son tan necesarios que su muerte nos duele, que sentimos su pérdida íntimamente. Aprendemos a amar cuando cada llama que destruye la vida nos destruye, también, un poco. Esos montes ya negros no sé si volverán a conocer el esplendor de otros tiempos mejores, quizás su mancha oscura sea una mancha más sobre la tarde que nos esté, diciendo a voces, que la mano del hombre en vez de acariciar, mata.

SERRANILLOS

Los pueblos de Ávila tienen identidad, vida y costumbres muy arraigadas, personalidad propia que les define en sus diferentes modos de ser, de sentir, de festejar y de transmitir su carácter de generación en generación. Ávila es un mosaico de geografías y de diferencias absolutas; en sus límites nos encontramos con polos opuestos, con contrastes curiosos y singulares, no sólo en los paisajes y en la naturaleza sino en la idiosincrasia y en la concepción de la vida, en el modo con que se enfrenta a la adversidad y a la alegría.

Serranillos se definiría, posiblemente, como el pueblo emprendedor: sus habitantes poseen el don de la supervivencia y son triunfadores del trabajo y el ingenio, de la simpatía y la generosidad. Allí donde vayas encontrarás a alguien de Serranillos, siempre en la brecha ocupando, seguramente, un lugar destacado, un puesto de responsabilidad, regentado un negocio próspero...

Esta es su identidad más personal, su trashumancia por el mundo, su paso por la vida sabiendo destacar siempre en lo que emprenden no sin esfuerzo. Lo de la tierra, lo da el carácter, lo da su visión de las cosas. Serranillos es cruce de culturas y una ventana abierta a todo, con los ojos siempre bien atentos, como al paisaje hermoso de su tierra que se abre a lo más inmenso como el cielo limpio y terso que se hermana con la sierra, como su fidelidad a las costumbres, a la legendaria jota, al buen vino y a la singular alegría de sus habitantes. Serranillos (diminutivo que bien podría ser aumentativo, pero que en su propio nombre identifica su sentido entrañable, su connotación más cariño-

sa) guarda la grandeza de los pueblos de Castilla, conserva las peculiaridades de su identidad más hermosa, es un lugar donde aún se siente, en toda su amplitud, la generosidad de sus gentes que forman la gran familia. Y cuando llega el tiempo de verano, todos sus hijos dispersos por el mundo, por esos mundos de Dios, vuelven al regazo de la tierra como quien espera el abrazo de sus orígenes, como quien llega al punto de partida que va siempre muy dentro de sus paisanos.

Y allí volverá Lucio, el popular Lucio que en la Corte mantiene su larga sonrisa castellana en su restaurante famoso y renombrado. Él es mensajero incansable de Serranillos, y lo nombra con el orgullo del que se sabe hijo de uno de los rincones más bellos y entrañables.

Y allí volverá Gaspar Moisés desde León, y traerá en su cartera algún verso nuevo y alguna nostalgia oculta en su tímida bondad, en su infatigable corazón de poeta: volverá a su casa y a sus raíces, a sus campos y a sus recuerdos de niñez y de alma, y volverá a su ventana y a su molino, a su sierra y al calor de los amigos, porque los oráculos de su espíritu se curan allí de toda sombría oscuridad, aunque en su último libro, que consiguió el premio de poesía La Cochera, los oráculos eran sombríos.

Todos vuelven a la tierra de todos, y en el encuentro y en la apacible alegría del verano en Serranillos, renace otra vez la memoria feliz de la vida y el ayer, del mañana y de siempre, de la tierra en toda su verdad y en su esperanza.

TIEMPO DE ESPIGAS

Hemos ido viendo crecer los campos que el cereal reviste de sus espigas. Iba llegando su estilizado junco sobre el campo, al salir de la tierra, al descubrirse al sol, hilos de verde que en su cabeza señorean débiles espigas, conatos de granos, como abriéndose suavemente un esperado esplendor de futuro.

Fuimos viendo, apenas sin notarlo, cómo se transformaban las llanuras que el campesino había fertilizado en sus surcos hondos donde la semilla se deposita como en vientre de una madre a la espera, larga y lenta, de su fertilidad. Y en esa lentitud, con insospechada memoria de siglos allí, latentes en su generosa verdad, al hacerse su sitio entre el paisaje, la espiga, a campo abierto, vive la libertad del aire, se codea con el viento que irá meciendo, poco a poco, sus brazos cimbreantes.

Esta es la Castilla del pan de sus manos, del trigo que en los siglos aguardará su definitivo camino, la Castilla del centeno y la cebada, la gentil y la bravía, que dijo Machado, la que la siega levanta un campo de pajas y empaqueta ya la dorada mies; pero antes, mucho antes de acariciar el fruto, el labrador conoció las labores que culminan en este tiempo de espigas, el campesino miró tantas veces al cielo, temió su desgarró y su sequía, no quiso creer que la cosecha tenía sed, que su terruño amado iba a dolerse de los hielos traidores y tardíos... y tantos días de mirar, furtivamente, con su quemada piel de sol y tierra, y conocer cómo crece cada momento, invisible y distinto, lento y dócil.

Primero fue un esbozo que se siente como testuz en el sembrado, retoño de palmera, niñez de tierna hierba que indefensa

se esconde en su propia ternura. Luego un adolescente que no sabe el valor de su peso, que presiente que la vida se abre y que aparece un mundo por delante, desconocido y ancho, difícil, y los campos son ya naturaleza sometida, esqueje de pasión y de lozana esperanza sin nombre. Más tarde, alto, del verde que en Castilla parece un charco de misterio que se mueve y no huye, que amenaza con escapar corriendo hacia las altas cimas de las montañas, como pájaros de alas imposibles, como oropéndolas o jilgueros silenciosos. Y ya maduro el fruto, cuando puedes caminar entre sus torres por sembrados lejanos, cuando la vista ya puede ver cada grano en su haz de apretadas semillas, y va tomando el color del verano, el puro color de la amarilla luz que les germina, amarillento suave que se va transformando en el tímido oro y que termina, como el ciclo mismo de la vida, en palidez y en caso blanca sombra sobre el viento.

El campesino llega hasta la espiga recibiendo sus sueños en su tierna piel tan esperada, llega hasta la carne que se ha labrado hermosa en forma exacta, hijos de un mismo campo, hijos de una misma caricia de la brisa, y redime su esfuerzo, lo amon-tona y lo mira, lo recoge con unción y silencio, y entonces aquel campo que esperaba la semilla y que un día vio las primeras sombras de su fruto y creció y fue ya vida, aquel campo siente su paz serena y se adormece en el vuelo feliz de esperar otro tiempo de espigas nuevamente.

BOHOYO

En la sierra de Gredos los rincones se suceden, los pueblos se reparten, los lugares se muestran con la primitiva severidad de su piedra y su luz, de tal manera que los parajes se adueñan de un acompasado secreto en sus fértiles instantes, en la sucesión del tiempo allí, en aquellas altitudes, entre sus árboles sosegados, en las aguas claras que dominan la tierra, en la espesura sesgada de cada metro de tierra, y la montaña, los picos y las altitudes que se escapan en lo más elevado de este instante, fresco en un otoño rubio y naranja de plateados ribetes de luz y plomizos silencios.

Bohoyo se esconde en su peculiar lugar de reposo y de quietud, y al buscar su escondite de sierra clara y de transparente sonido, todo el paisaje te va notificando la aparición de su honda presencia, te va anunciando un frescor que se reconoce en la alta profundidad de los riscos, en la mismísima precipitación del agua, en los manzanos sucesivos, y al llegar, al acercarse hasta el caserío que se reparte en la falda de la sierra, en los mismos brazos de Gredos, comenzamos a sentir esa verdadera proximidad de una vida lúcida y escasamente repetible, donde los segundos y los días tienen el mismo color, bello y confortable de luz presente.

Bohoyo se hace río y se torna en huerto, el caballo que cruza la tarde, en una iglesia recoleta y una plaza silenciosa, en los caminos de la altitud, en la trucha escondida en la piel del río, en la azul sonoridad de las aguas, en la verdosa promesa de la fuente. Se hace en todo pequeña nostalgia de cielos azules, donde hoy, oscureciendo, una luna inmensa corona con sus

dedos de agua el color de este otoño. Hemos ido acercándonos hasta la taberna, al centro de las horas, al corazón de la tarde, y todo se nos aparecía tan distinto y nuevo, como si antes nunca hubiéramos estado allí, como si en este momento Gredos pudiera hermostearse más, cubrirse de otra memoria y de otro fruto, a pesar de ciertas manchas negras que han despojado al monte de su verde caricia...

Aquí se nos presenta el recuerdo de Cela en sus andanzas viajeras por la sierra, andarán sin tiempo y con los ojos abiertos para toda sorpresa. Aquí llegó el gallego corpulento, en su vuelo, a posarse sobre la era amarilla de un verano no muy lejano. Porque en Bohoyo se deja la sierra un instante dormitado, se hace más niña la dificultad, y se aproxima el sosiego de los vientos.

Bohoyo es sorpresa para cualquier viajero una sorpresa de río y de fruta, de colmados caminos de sierra, de altos miradores de pinos, de estrellados cielos de invierno, de nieves que se alfombran blancas y desnudas y ahora, en estos días dorados del otoño, más que nunca, una vez más, más que nunca se sensualiza todo el milagro de este paraje de Gredos, y hallarás en su encendida hoguera el cielo enrojecido el lenguaje de la vida y del campo, la magnitud de las alturas sin pánico ni miedos.

Es Bohoyo, cuando alejamos nuestra vista, un precipicio de silencio y soledad, a estas horas cuando vuelven de las faenas del campo, cuando los hombres llegan de las huertas, cuando las mujeres atizan el brasero del cisco, al frío seco y duro de la tarde, ya el sol perdido en las montañas, ya el sol cayendo sobre la verde falda de Gredos, verde y naranja, oro, casi plomo y pajizo, todo el paisaje mirando esta luna como un pan entre dos nubes hilachadas y ausentes.

LA RECOLECTA

El campo se cubre de manzanos que apretados se cuajan de frutos y que el otoño verdece para su recolección. Toda la zona está plena de árboles que se colman, desde su primitivo nacer hasta este justo momento donde recibe la ayuda del otoño para desvestirse de su volumen y comenzar la desesperada caída, la plenitud de la madurez, el despertar de su rotundo jugo.

La Carrera, cercano a El Barco de Ávila, lo celebra con el entusiasmo de sus ritos y sus costumbres, en la vivencia de sus cercanos momentos compartidos como el descanso y la alegre esperanza en la tierra. Toda fiesta en torno de la vida, alrededor de lo que nos predispone a vivir el colectivo sentimiento que nos identifica, toda fiesta que se centra en la esperanza de sobrevivir lo más cerca de nuestras identidades y nuestros intereses. Por eso, el campesino siempre mira cada pedazo de su tierra como quien mira la vida, con el mismo ensimismamiento que el amor, con la misma atención que sobrepasamos los días con rutina y con indiferencia, pero atentamente, muy atentamente, hasta que ven crecer lo que esperaban, hasta que ven que todo se desarrolla con la misma intensidad que otras veces, y entonces se espera, entonces la mirada va descubriendo los buenos frutos, las mejores esperanzas, dónde nacerá lo más intenso y dónde el fruto se vestirá con más ternura.

La manzana es el fruto común de toda la comarca, se produce intensamente y de gran calidad; las variedades llevan a la mesa un jugoso fruto que la tierra ha ido engordando con mano generosa, con dulzura suave, haciendo crecer sus carnes prietas. Fue surgiendo como un pequeño retoño sobre las ramas y se

cubría de sol para madurar, de todo el sol que la primavera y el verano derrocha en estos lugares la vida. Esa primera y sutil presencia fue abriéndose, engendrando sus jugos, saboreando sus apetecibles carnes blancas, y se colma su corazón de transparencias sinuosas, se colma su incipiente solera de aterciope-ladas intimidades, y las manzanas van engordando hasta que el sol y el tiempo centellean, se amontonan, se cuajan, y en esa plena vivencia, los manzanos son como plazas de luces y de cristales, como plazas de flores desconocidas, llenas, con la lar-gura de sus verdes soledades.

Toda la comarca ofrece la aparición del fruto de Eva en un paraíso de gran belleza, muy solitario ya, con el abandono del tiempo y el éxodo de sus habitantes, en estos pueblos claros y serranos que en sus huertas se colman los manzanos cada otoño dorado y mustio aquí, dorado y sensitivo como la añoranza, al borde de Gredos, al borde de las alturas frías de este Gredos altísimo y azul como la soledad del viento. Toda la comarca se colma de estos manzanos encendidos de un largo tiempo de rianza, y cuando la recolecta llega, cuando se descienden en grandes cestos derramados de frutos, hay que festejarlo, hay que dar gracias a la tierra generosa y al cielo que lo hizo posi-le, juntando la luz y la frescura para que se mature toda la esperanza allí nacida, en cada ciclo de los años, en cada com-pensación de la añoranza.

LA VENDIMIA

La vendimia es otoño, de la misma manera que la primavera es la flor, cada estación es dueña de sus principios naturales, de sus dibujos asombrados, y en esa composición se perpetúa un cariz que asemeja cada tiempo sus contornos, cada historia a sus protagonistas.

La vendimia se apega a un ritual alegre y sutil que se asemeja al nacer y al vivir, al origen y a la nueva presunción de la uva en su néctar auténtico, en su verdad naciente, infantil viento de otoño que mueve los racimos, cada fruto que se cuelga de su brazo, que se apega al manantial de la bodega, altar de los oficios de la ebriedad, alcohol del sueño. Otoño de vendimia como otoño de hojas, y en Ávila, Cebreros, con sus campos de cepas, con sus caminos de uva, valle que guarda los secretos del vino, los silencios de sus cubas, como la memoria guarecida en el roble de sus brazos duros y tiernos.

Otoño de la madurez, cuando el sol ya ha dejado su vitalidad en cada arbusto, en las enanas viñas que enloquecen al sonido de los pájaros que picotean algún racimo, emoción, efímera de sus chorros, cuando se pisa el fruto y el mosto, su dorada presencia en caminos de olorosa memoria. Cada vendimia es la premonición de un vino nuevo, la repetida sobriedad de los campos aposentados en el sol que los madura, en la caricia que va puliendo su savia por los troncos hasta la hoja y la uva, para después regalar al paladar el último secreto de sus cepas, la primera juventud de su envejecimiento.

Por eso los cestos se llenan de jugo y de piel requemada, la misma que se subió en la madrugada del viento hasta su cima,

y convivió con el calor, y se adueñó del verano, para luego fermentar en sabrosos cultivos, en caídos claros como sangre dulce, en tintos ensangrentados, del color de las venas de los niños, en blancos perlados de ligera palidez como doncellas enamoradas, cada fruto su olor, cada color su cepa, cada uva su dominio y su locura estrellada, cada cuna su madre y un instinto perfecto.

Toda vendimia exhala un vergel y una gracia de fuego, se parece al paladar de los paisajes, al sabor de la quemadura, y se pasea por las gargantas como el origen de lo que vendrá, preludio de la incertidumbre de las bodegas, mano que sabe dominar los secretos de su consumación, el manto que tapaná las noches silenciosas. Los misterios del otoño también se acogen a la vendimia, son parte de su nacer y su morir, con ella termina y se inicia una singladura, la andanza de los duendes, el despertar de los fantasmas, la aparición de los aledaños de la palabra, la conversación sin fronteras, el buen comer... De aquí parte lo que renace y se llenan de nuevo los corazones de su fragancias, y los sentidos se destilan en sus mismos procesos, y hay un naciente corredor de palomas sin alas.

Toda la tierra sabe que la vendima aposenta su tentación, se cultiva lo recogido y lo esperado, lo primogénito en la resurrección, el amamantar de sus ubres sin tiempo. Siglos allí vertidos, siglos que se consagran en este altar de la opulencia, en el vivo manar de siempre; quien vea los primeros colores de su débil y estrujada secuela, verá las lágrimas del vino, también cada sonrisa, y es posible que encuentre ya en el mosto el rostro inquieto del otoño, la juventud de su sangre y la elasticidad de su engendrado sino: más allá de la vendimia se asoma, al ancho campo, la inesperada luz de la quimera.

PAISAJE INTERIOR

Resulta imposible separar el paisaje interior de Ávila de su coraza pétrea y firme, rocosa y árida, tan imposible que no se entendería la ciudad sin la huella, sin la presencia y sin el suspiro misterioso de Teresa de Jesús.

El paisaje interior se divisa, se mira, se contempla desde cualquier tiempo y desde todos sus rincones, tanto que suena ser visto, que se reaparece en cada instante, contagiando sus recias sombras de un impreciso color materia. En el paisaje interior la naturaleza de un momento, la vivencia de un segundo, el mensaje de las sombras. Algo que late por todas partes, que se desfunda de su escondite inquieto, que asciende y sobrepasa la realidad, la domina y la mece sobriamente, y de esa manera se huye, se emociona el mismo silencio y la andadura de los instantes prendidos de ese espíritu. Todo el que se pierde por la presencia oculta del espíritu de Ávila, sentirá, rápidamente, el rigor de las horas, el peso del tiempo, la carga de sus dedos rozándolo todo, tocando cada segundo la luz, cada milímetro de viento, cada siglo de tierra, cada paisaje íntimo, cada sombra sin cobijo.

Porque es llegar a Ávila y comenzar a viajar hasta la presencia constante de las secuelas del pasado, ese pasado que no se vence, que se acomete con sedentaria suavidad, hasta que cruzas los muros, las puertas, la casa de Ávila y vas sintiéndolo cada instante más próximo, en una proximidad de mensajes sin palabras, de ritos sin alas, de pájaros sin forma. Y pasas por la llanura del corazón de la tarde, o al filo del amanecer, o en la oscura noche de fríos líquidos y ya nada tiene remedio, porque

está allí, muy cerca, al mismo borde de lo indecible, en la plenitud de la quimera, como apostando en un lugar invisible, alejando sin remedio en tus ojos y en las sombras que escapan.

El paisaje interior de Ávila en la Encarnación, en la silente sobriedad del convento, acallado como un rezo que no tuviera labios, sólo presencia escapada, fuera de Ávila, divisando su correa de granito, la espadaña, los caminos que suben. Y la Casa Natal, en la plaza austera y noble, donde la escultura de Gregorio Hernández se aposenta para mirar la sombría capilla, desde esa Teresa que se asombra y no mira, casi se volatiliza en sus ojos muy perdidos, ausentes y próximos. Y el convento de Gracia, infancia y soledad, también enfermedades, lucha interior, hasta Las Madres, hasta el primer palomarcillo, la primera campana, el primer camino, la primera emoción fundacional. En todos los lugares, y en todas las esquinas, y en todos los recuerdos de la ciudad se perpetúa el espíritu de Ávila, el espíritu de Teresa, el paisaje interior que no tiene senderos, ni surcos, ni veneros, sólo aljibes que están culminados de recuerdos, que sobrepasan los límites de cada instante. Más allá de los lugares, de la presencia física, de su belleza visible, el paisaje interior está sometido a la brevedad de las cosas, a la diversa y distinta realidad, siempre renovado, siempre diferente. Esa es la esencia de su inquietante pulular por cada mínimo espacio, por el centelleo de su paso, a oleadas de huellas, a trotes sin jinete, y si captas ese paisaje, si un segundo se apodera de ti, descifrarás qué tiene de inexpugnable el tiempo, qué secreto guardó, en qué mirador se asomó la vida para dibujar este paisaje que se habita de íntimas horas esenciales.

EL TREMEDAL

Los parajes de Castilla se abisman, muchas veces, en las latitudes de la altura, en esa obsesión de vuelo y semilla que se sienten renacer en todos los paisajes de su variada geografía, en la diversidad de sus caminos, llanura larga y largo ascenso hasta lo más elevado, como una conjunción de su carácter, casi una perífrasis de su manera de sentir, cara y cruz de una moneda única y generosa. Los parajes se forman con su esencial alma, y con su raíz inequívoca y comprometida, porque de su testura se construye y se identifica lo más sutil de cada espacio. Esta Castilla, esta provincia de Ávila, infinita en su variedad sorprendente cuando nos sumergimos en su dispersa materia de luz y de misterio, como ascender hasta el Tremedal desde El Barco de Ávila, buscando los raros secretos de sus laderas, las arboledas que se encienden hasta la misma cima, hasta el encuentro con el poblado de casas perdidas, dispuestas en su altura como cerrando algo imposible; desde la carretera que va circundando el monte y lo culebrea con el riesgo de la belleza que allí se va abriendo, como abanico de silencio, como distante y alejado mundo a solas, y en ese perderse se va asumiendo la realidad montañosa de Castilla, el corazón de sus ángulos de viento, la vertiginosa presunción de la tierra hasta subir más y más, como con frenesí, como con duda, y divisar, desde este mirador que se acerca a la vista, todo el paraje desnudo y solitario.

El Tremedal es siempre una aventura. Al iniciar el viaje hasta su propio destino, comienza la permanente variedad de caminos que salen y cruzan, se pierden y se recuperan, huyen y se acercan, mientras el propio rumbo va subiendo, va dejando

atrás, casi minúscula la densidad del valle, y se dispersan los pueblos como puñados grises de piedra y tejas, como islas en un gran mar de campo abierto, lejos de las torres, de los campanarios esbeltos, lejos de las plazuelas cerradas y olorosas, y cuanto más se pierde la alejada presencia de los rincones, más cerca el Tremedal va siendo reconocible, el caserío humilde, la medieval figura de un puñado de casas bajas, el laberinto humilde de sus callecillas primitivas, y el prado con la fuente limpia de chorros fuertes y desnudos, tan claros como el sol allí golpeando y el aire que se escapa por las copas de los árboles, sonando a libertad, canturreando extrañas melodías.

El Tremedal tan alto, tan tremendo, tan arduo: espadaña de Ávila, bien pudiera servir de nido al silencio que se rumorea, coronar allí la frente de la luz y escapar en su desnuda verdad, solitario mutismo que nada nombra, que a nada sabe, sólo a tierra total como es la verdadera sonrisa de lo inmenso, como es el paraje de lo desconocido: y escuchar el correr del agua y el crecer del frío, el eco que devuelve las palabras con simpleza y perfume, la soledad que se nace para poder dibujar sus auténticos trazos. Lejos está la civilización que dicen, el vivir colectivo. Aquí sólo se puede conocer el azul y el verde múltiple de los árboles, la plata del agua y el gris de la hermosa pobreza, esa que el Tremedal se coloca, en la altura, para poder saber el nombre, nunca dicho, de las cosas.

PASTOREO

Aún puedes ver en Castilla los rebaños de ovejas detenidos en los campos, con una parsimonia y una lentitud miedosa, hacinados en su compañerismo y en su obsesión, doblegadas hacia la hierba seca, rastreando la tierra, olfateándolo todo, humildes ovejas que deambulan lentamente, de palmo a palmo, y que en la llanura se mueven como sombras que se desafían y todo lo soportan.

El pastor las vigila, desde lejos, rodeado de sus perros guardianes, ausente del acontecer de su entorno, meditabundo y serio, tal vez cansado de ver siempre lo mismo, errante por el campo, contador de las horas al borde del rebaño, con su morral y su cayada, con su piel requemada y negra de los vientos que se posan en su rostro y en su alma, en todos sus sentidos que están alerta de la sucesión del tiempo y de la luz que marca su trabajo.

Bien conoce el pastor cada movimiento de sus ovejas, cada soplo de aire, cada instante del sol, cada madrugada fresca, cuando abre la luz sus brazos, bien sabe distinguir el horizonte, su colaboración y las transformaciones de todas las sombras, el caminar del día sobre el cielo, las nubes que amenazan tormenta, el cambio de las estaciones. Mejor que nadie detecta cualquier síntoma de vida, el rumor más lejano, las costumbres de la naturaleza. Y comprende toda la escondida ley de los hombres, sus mecanismos diarios, sus hábitos que él ha constatado día a día, mirando, llevando cuenta de lo más pequeño e insignificante, lo no trascendente y que sólo su actitud puede comprender íntegramente.

Aún pueden verse los rebaños de ovejas entre piedras en medio de los campos anchos de Ávila, cerca de los caseríos, junto a los cerrillos lejanos, desde el alba que rompe con su blanca mano la noche hasta el oscurecer, cuando el pastor ya sabe que las primeras estrellas picotean el cielo, cuando la luna parece de papel, casi indiscreta, como colgada de la tarde, deseosa de ser vista, y el pastor lo sabe, la mira y la saluda con los ojos, la descubre para él y su rebaño, para su soledad y sus horas allí depositadas. Dura es la vida del pastor, en todo tiempo, errante, y más en el invierno crudo cuando los campos se escarchan y los días son tan breves como suspiros, y las madrugadas heladoras, casi oscuras, sólo noche, cuando sale a la tierra dura del invierno, cuando se abriga con su manta o se esconde en cualquier recodo de los campos. Dura es la vida, y recuerdo aquel gran poema de Leopardi, el gran poeta italiano, en su canto nocturno de un pastor de Asia, cuando compara su propia vida a la vida solitaria y sin destino del pastor, y sólo la luna, la otra gran solitaria de la vida, contempla y sirve de referencia al poeta para preguntarse por su propio destino y el destino de cada ser humano...

El pastor y sus ovejas se van retirando, en este atardecer, después de un día más, y vienen cansados, lentamente, con el paso del sueño, al lado de la luna que mira desde lo alto; parece que les sigue, que comprende la larga soledad de los días, unos en el campo, la otra en el cielo oscuro de la noche, preguntando, tal vez, como Leopardi, hasta dónde conduce este vivir, hasta dónde tu curso inmortal.





Institución Gran Duque de Alba

MONSAGRO

Sagrado monte que la sierra de Francia, hermana de Gredos, desde su peña inmensa, desde su altura, cobija un pueblo a la falda de sus agrestes paisajes, al lado de su monte infinito.

Y de camino, hasta llegar a sus pies, hasta llegar a Monsagro, las dehesas se reparten el vergel de estos campos, donde el toro bravo se pasea por sus caminos y sus largas laderas. Llanura para descifrar la sierra, cuando aparece como un gran escenario, y en su monumental grandeza se sumerge en el cielo que tan cercano queda, sierra ya, pinares que envuelven la roca y el granito en su vestir de verde sus desnudeces, hasta el camino de los lobos, subiendo más y más por las pendientes de un mundo mágico e intenso, nevando a grandes copos, donde el abismo se cierne al horizonte, al fondo donde termina España, en la línea de Portugal. El camino de los lobos cruza la sierra en una grieta difícil y compleja, escarpada y llena de irregular formas, de salvajes abismos. Queda Monsagro al fondo, caído en esta falda de serranía y nieve lejana, y perdida como en un raro paraíso de frutas y de alimañas que habitan a su antojo. Allí la vida se configura en la austera piedra extraña, piedra que acoge siglos de grana y negro, en la preñez de la tierra fosilizada, como esculturas del tiempo, como arbitrios del pasado.

Reposa paz cualquier rincón de esta tierra de castaños, de vegetación incontrolable, de sombra viva, y la pequeñez de sus calles, en la estrecha sobriedad, este monte sagrado, esta Peña de Francia, hermana de Gredos, al que da la mano con complacencia secreta, divisa el gran horizonte de las Hurdes, casi míti-

cas, casi desconocidas, lugar que más parece de la imaginación y del ensueño, alfombrando el paraje lejano de una enigmática realidad, la que llega en su severa tierra de vientos y de esquinas... Reposa paz cualquier momento de la vida sin tiempo al ritmo de las cosas en la medida que el hombre pone para vivir, sin mayores sorpresas, allí la taberna y el vino, la partida de cartas, el paseo con la mirada hasta la altitud sobrada de la Peña, casi como altar que se recibe en la lejanía, altar que vela en lo más alto de su geografía. Vive y se inspira la soledad de su propia piel de tiempo, la que se fantasea en este escenario para fantasías, para hallar la cordura, para imaginar lo más ausente. Monsagro está entre la iglesia y el huerto, entre el paisaje y una arquitectura esmerada, casi intachable, la que guarda en su madera y su piedra gigante el cálido verano o el invierno más arduo, la que se pone a florecer con desmayo y con furia en primavera, casi ahora, adelantada siempre, en el rosal o en el ave llano, en el castaño o en el espacioso y firme pino, en el nogal que se cubrirá de frutos para el frío; las chimeneas dejan su estela de humo que el aire limpio aleja. Vuelven con su sonido de campanilla, y el rebaño se disipa en la tarde. El mirador de la sierra amenaza más nieve en este día, casi en neblina la cumbre es un pecho de gris y verde corteza afianzando. Alguien está matando un cerdo en esta hora, y laboriosamente va cumpliendo los ritos de esta acostumbrada misión. Huele el aire a tierra y a fugaz memoria de tomillo, a esplendor de corola, a esa fragancia que deja la vida en sus esencias inmutables, en su verdad más honda.

QUIETUD AMURALLADA

Los versos del poeta Leopoldo Panero, en sus sonetos dedicados a Ávila, sirven de pórtico a la contemplación de este instante. Tenemos en la mano los versos, los hemos leído con serenidad, palpando cada matiz, cada pequeño indicio de sus palabras, y recorriéndolas, casi tocándolas, acompañamos a aquel poeta sutil y diáfano de la generación llamada del 36 por la crítica, junto a Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco. La literatura, y más concretamente, la poesía, es una manera de vivenciar la realidad distinta de esa misma realidad. El poeta se adueña de los matices y de las insinuaciones de las vivencias, y sobre ellas plantea su escritura, de tal manera que la poetización de un objeto o de una cosa es algo muy distinto a la propia cosa, pero a su vez, en un doble sentido de la propia palabra, es esa cosa, y aún más íntimamente, es más que esa cosa...

La literatura es una manera de conocer, y entre todos los conocimientos posibles, entre todos los caminos que se presentan, la opción del escritor es siempre sorprendente, porque de la capacidad de sorprender depende, en alguna medida, su propia existencia, el producto de su acercamiento a lo poetizado. De nada serviría que los versos de Leopoldo Panero no hiciesen más que describir, que narrar lo que el ser humano tiene ante sus ojos; sobrarían todas las palabras, del mismo modo que sobrarían todos los colores, toda la plástica, si nada aportase a la interpretación personal y distinta del mundo, si fuese una reproducción tan exacta y tan clarificadora como la realidad misma, sin otros elementos nuevos. De nada serviría, y por consiguiente sería inútil, intentar acercarse hasta Ávila con la reti-

na de la propia existencia de Ávila, es decir, desde sus propios y visibles esquemas, desde la vaga y limitada realidad.

La quietud amurallada de Panero, sus palabras, sus impresiones, su traducción poética, nos muestran otra ciudad, nos aproximan otra vertiente de la propia belleza visible y palpable de Ávila, y es esa visión la personal garantía de ser una interpretación, y por añadidura, de ser una manera de conocer más a fondo lo que los engañosos y vanos sentidos nos ofrecen. El valor del arte, el propósito de la palabra poética, se mueve en esta necesidad, en la propia urgencia de la realidad que lo está pidiendo a voces, y sin la que sería tan evidente y tan concreta que con una vez que la mirásemos serviría, sería suficiente de forma absoluta, no sería más. Pero la realidad lo pide a voces, quiere y desea que su existencia sea tan múltiple como variada es la retina de quien la mira, el corazón de quien la siente, el pincel de quien la pinta. Es la propia dinámica de algo tan innecesario como esencial que es la poesía, o la pintura, o la escultura. La palabra poética que es una de las formas de esta expresión, está al servicio de la quietud amurallada de la misma manera que la Muralla está al servicio de la palabra del poeta, y la una se identifica en la otra, se nutren en una necesaria simbiosis que justifica su realidad, que deja patente su urgencia. Por ello Leopoldo Panero sabía muy bien que al situarse frente a Ávila, desde la visión cercana o desde la contemplación de la lejanía espacial, algo estaba pasando en la palabra y algo estaba ocurriendo en la ciudad, en esos muros y esa piedra, en esa atemporal mole de siempre, en su palpable claridad de almenas, convertida, transformada, metamorfoseada en la sola palabra de un hombre, en el conocimiento de su implicación con las cosas y con el tiempo, con la claridad y con la vertiente universal de lo poético.

PANORÁMICA

Allá queda el reguero del río Chico, ahora desbravado, intensamente, en medio de ese valle que se deposita plateado hoy, casi certero, con la siniestra claridad del agua pérdida entre los campos, en los verdes primeros, en los grises tal vez, y desde el mirador del Rastro, como quien acude hasta el lugar porque presiente que desde allí se divisa la lejanía como una plaza ante la vista, como un gran campo abierto sin retornos.

Las cosas cotidianas son un exceso de luz y un penacho de vida. Ahí están presentes siempre, pero tan distantes, por eso la panorámica de cada día es distinta y goza de otros privilegios, de otros matices, enumerados siempre como parte integrante de las vicisitudes de esta hora. Se domina, con el débil conocimiento de cada vez, con la insinuación de cada cosa, y una vez más acudimos hasta los mismos precipicios de la mañana, hasta la historia repetida. Hoy desbordada el agua de su pequeño seno, de su camino puesto en la tierra como un hilo de acequia, como un sendero permisible, y en su deseo de escapar, en su deseo de salirse del cauce, el Chico, ya de por sí tan pequeño, se encumbra hasta que se desmonta en otros caminos.

La panorámica es en esta mañana una sorpresa; nevó con ganas y encharcó la nieve las calles un momento, sólo un momento, en sus copos gigantescos, en sus blancas motas delirantes, volando por el aire con sutil desplomo, y al caer en tierra ni se sostenían, no pudieron con su peso y se desarmaban hasta el desajuste de sus aguas someras. La mañana parecía presagiar todo un cambio, un tardón invierno que se sumergía en otro tiempo, en un marco más alocado que otras veces, en una

estación perdida de sus cauces. Y con el río lejos desparramado, abierto en sus aguas hasta almacenarse en las inmediaciones, todo podía sugerir un equívoco que no conocíamos, que pasaba desapercibido pero que estaba permanente, que nos enseñaba su rostro extraño. Surgió como de una impresión, curiosamente, y se fue encaminando el día hasta el sol, hasta la luminosidad, hasta el reclamo del azul, abriéndose y dejando pasar un desordenado columpio de claridad. Entonces el río Chico parecía un espejo, semejante a un cristal claro donde se recibía el trastorno de la luz, casi colada en lejanía, y su desbordamiento era como la mano que el río lanza al campo en espera de nuevas savias, de semillas tempranas, de vida dibujada.

En este candor seguro el frío se amontona como el revuelo de un pájaro, y nos sacude con su ráfaga hasta debilitar sus cuchillos, hasta asirse de la calle; ahora se respira, en esta panorámica de hoy, en cada minuto, en cada suficiencia, y si fue en la nieve viajero, si se dejó llevar por los copos hasta la montaña, hasta los puertos, hasta los caminos, aquí termina su viaje, mientras se va perdiendo el blanco de su velo, el desdén de su inusitada presencia, el contagio de su esponjosidad, y el frío, el agua, la nieve y el río se dan la mano, desde donde puedo disuadirlos, desde donde me es posible comprender mejor su atracción, su desnudez envuelta en la sobria distancia, en la incomprendible curiosidad de los caminos, cuando me queda el río más perdido y pequeño, más derrotado en su estallido de senda en este día.

LA TORMENTA

Se fue haciendo la tarde gris y sobre la ciudad fueron llegando, como empujadas por una invisible mano, grande manchones oscuros que se iban posando en la altura, densos y extraños, dando a la piedra una nueva tonalidad, un matiz diferente, algo fúnebre, casi diluido en su propia corteza, pero inocente, incrédulo, y la piel de la vida fue tamizándose con esa luz que, de repente, se perdió en el vacío. Algo amenazante se repartía en la atmósfera y, casi eléctrico, el silencio se fue partiendo en dos, como el cielo, como el horizonte, como una gran nube desfallecida en su blandura de agua acumulada.

Y de pronto, como un pistoletazo de salida, como cuando se baja la bandera para iniciarse una carrera de riesgos y de obstáculos insospechados, el primer rayo rompió en la inmensidad, se rizó entre las nubes y sonó, rotundo, el trueno amenazante, ronco y súbito, y una cortina de lluvia cálida cercó la tarde, fue derramándose como vivificadora inquietud, y a grandes sorbos, la tierra dura y seca fue calándose, haciéndose esponja que asumía todo el agua que se vertía, vertical como una espada muy débil, hasta llenar su porosa materia.

La hierba vertía un nuevo verde transparente, y las flores blancas y amarillas, violáceas, se ahogaban en su respiración, consumían la humedad en sus pétalos sedientos.

La piedra chorreaba, temerosa, la palmada de lluvia en sus fachadas, ennegrecían el granito como si hubieran sudado eternamente, a grandes manchas Ávila estrujaba los jugos, y las palomas se escondían en sus torres, miedosas, acurrucándose en su plumaje suave, húmedo y tembloroso, mientras volvían los

rayos a rasgar, sin medida, los nubarrones como un cuchillo que rajase la carne blanda de sus manchones en el cielo.

Ni un solo hueco azul, ni un aviso de luz, ni un pedazo de cielo abierto, sólo, tan sólo, un rayo que se filtra, agónico, entre dos nubes, y que culebrea como perdiéndose, y el eco ya alejándose con su monstruoso sonido, como un cabalgar despacio sobre el campo que chorrea y se ahoga. Lenta, más lenta, la lluvia que caía por las gárgolas se hacía un hilo que se descolgaba de sus bocas, como devolviendo a la tierra lo que es suyo.

Se fue abriendo la tarde casi mágicamente: como cuando recorres las cortinas, con fuerza, en las ventanas, y dejas, de repente, entrar toda la luz que esperaba retenida, aguardando el momento de atravesar el cristal. Y al ir debilitándose la desflecada lluvia sobre la ciudad, como un pulso que se fuese perdiendo en su ritmo paulatino, Ávila recuperó su nueva claridad de velo y seda, encendiéndose por los tejados un sol que estaba muerto, y los pájaros escapaban, otra vez, de sus nidos, desconociendo la extraña calma que se producía a su alrededor nuevamente.

Todo vuelve a la cotidianidad; los regatos se pierden en las alcantarillas, las fachadas se van secando lentamente, y despejado, como si nada hubiera sucedido, el cielo recupera su despejada claridad azulada. La Muralla y las torres de todas las iglesias abandonan su temor de ser heridos por el rayo, y los parques se sacuden la humedad de sus ramas. Cuando se encienden las primeras luces de la noche, el olor a tierra mojada y a campo envuelve la ciudad, y un frescor inocente se derrama sobre todas las piedras silenciosas.

EL VALLE AMBLÉS

La mejor manera de llegar hasta la lejanía más inmensa es subirse a la torre de la catedral, y desde allí, como desde un faro que vigilase toda la llanura, percibir, asombrado, la culminación de la tarde, sol y espacio, en la plaza del viento, en la consagración de toda la tierra en lontananza, campos que se rasgan y caminos huidizos, cerrando los espacios la sierra solariega, azul ahora, alta y adusta como sobria corona de roca y gris perdido.

La gran llanura termina en los mismos pies de la Muralla, se derrite y comienza a elevarse, pero antes, como por un encantamiento solitario, ha peinado campos de cereales, pueblos orillados que parecen amontonarse en su pequeñez, y la carretera de asfalto soleado, larga como una culebra sin fin, como un río negro que se fuese perdiendo en sí mismo, y creciendo a su vez, hasta que la vista olvida esa pesadilla de monotonía oscura.

El Valle Amblés es frutal y fértil; de sus entrañas mana la vida, una especial manera de crecer y apoderarse del néctar de los campos, recordando el olor del pámpano o el vuelo del polen que vivifica cada flor y cada primavera, y este valle que más parece una cadencia de verdes y ocre, de matices que se transforman y se envuelven en suaves colores, o agrestes desembocan en un campo de piedra.

Atravesar el valle puede ser, en las tardes de calor que palpitán sobre los sembrados, una ceguera de luminosidad casi imposible de soportar, un racimo de espuma que se apeg a los ojos participándote de los secretos de sus destellos, de su len-

guaje inconcreto. Entonces, la inmensidad se agranda aún más, esparce sus manos hasta lo invisible, y huye por los caminos, atraviesa los senderos y se acerca hasta las plazas de los pueblos que son recoletas, que tienen el sabor de la hierba y el heno, de la fruta y el agua, todo en esa planicie que desde la torre de la catedral parece que tocamos con las manos, que podemos abrazar, que con un esfuerzo puede modelarse con nuestros ojos.

La plasticidad del paisaje se torna noche; antes fue cayendo una cortina de oscuridad muy lenta que iba deslizándose por las cosas como si se desgastasen, desdibujadas, resbaladizas, y van perdiéndose en su densidad, circundadas por una nube roja o rosa, cuando apaga, definitivamente, la realidad para dar paso a un mar de lucecillas desperdigadas. Todo el campo de la noche revive en sus sonidos: las cantoras cigarras, los grillos taciturnos, las alas de los pájaros nocturnos, y el valle, grande y poderoso, inabarcable ahora, mientras algunos coches circulan apresurados como atravesando un túnel de largura.

La Muralla y el río agotan el valle y asumen su plana caricia, y la ciudad, al final de esta mano, al final de este oleaje de campo verdecido, detiene, con sus torres y almenas, la desnuda prisión de este valle sin límites.

CUATRO POSTES

La imagen de la ciudad más reconocida, en su total belleza, se produce al llegar, desde la carretera de Salamanca, cuando se divisa Ávila dentro, acariciada por la Muralla, diminuta en la lejanía, toda ella un castillo rocoso, pétreo, gris bajo el sol, siempre luminosa, y acercándose, rompiendo la distancia, se va haciendo presente, nítida, fresca en su dimensión de torres enlazadas, y al final, coronando sin pudor la colina, la catedral cierra, abrocha la ciudad con su pico tenue y duro de granito.

Parando en los Cuatro Postes, detenido en ese pequeño rincón, antes de entrar en Ávila, como un altar donde oficia la vista sus futuros placeres, se puede contemplar ya el camino que rodea esta ciudad de misterios y roces infinitos, se puede imaginar el espíritu que late en su interior, ya silencio de tiempo retenido, ya derramado el misterio de sus calles estrechas, ya la acumulación de sensaciones atemporales, la huella teresiana que en los Cuatro Postes se inicia con el famoso episodio de la huida de dos niños, dos hermanos que escapan a tierra de moros para dejar su vida en el martirio... Precioso episodio que la propia Teresa narra en su Vida, cuando fueron detenidos por su tío en la salida de la ciudad.

Los Cuatro Postes y la cruz en medio, en la rocosa subida que permite la observación de los interiores de Ávila, deja el Adaja cansado y sólo un hilo de agua y remanso, deja el Adaja que es sólo surco de otras corrientes que bajaron con prisa, para llegar a los molinos, para esconderse en las entrañas de la tierra, allí donde los puentes abren la entrada a la ciudad, dejan

paso abierto hasta la primera puerta que da la bienvenida al interior solícito de Ávila.

El río vive en su prisión de secana penumbra, y serpentea sus caminos, para llegar a Arévalo, muy cansado, y deja a un lado la ermita de San Segundo, y la pequeña vega de árboles suaves, y un poco más allá el Soto que es la sombra más tersa de su cansancio.

Desde los Cuatro Postes se conocen las entretelas de los tejados de palacios y casonas, de iglesias y conventos, los espaciosos jardines del Parador de Turismo, los árboles que hablan con el viento, la espadaña del Carmen, fina y delicada, casi mimbrosa, y todas las cigüeñas que se pasean por el azul de Ávila y acuden a sus nidos en la memoria ritual de cada día. Desde los Cuatro Postes se acercan un poco más las almenas y los cubos de la inmensa muralla, y parece que puedes amarrar con los brazos, como dijo Vivanco, su viento grande y su Ávila pequeña, el espacio que es insostenible y la ciudad que pende de su montaña recogida en sí misma, abrazada por sus propias aristas indefensas.

ARENAS DE SAN PEDRO

Al traspasar el Puerto del Pico se produce la ruptura y es, de repente, como si un modo de crecer, de latir y percibir las cosas, inaugurase su presencia ante el viajero, cuando el gran barranco verdoso y solemne, casi un escenario para divisar la tierra, se acrecienta ante nosotros sin avisarnos, irrumpiendo desde lo más alto un gran hondón de renovada magia azulada y nueva.

Y descendiendo el serpenteo del puerto, empinadas calzadas, rocosos tramos de precipicio vertical, curvas de coraje, verdura y fruta, olivos y cerezos, la efusión de la vida natural en todo su esplendor, atravesando el valle, para llegar a Arenas de San Pedro, más que arenas, frescor y ameno huerto, más que arenas, sombra de luz y transparencia de agua, como una isla que rodease un cielo siempre limpio, otro destello que descubres cuando llegas, después del puerto, con el asombro del camino, dejando atrás el recoleto monasterio de San Pedro de Alcántara, al que hay que volver los pasos, al que hay que visitar con el humilde silencio que allí mora.

Arenas de San Pedro se detiene en su brillo y en su incógnita de pinares que, a veces, el fuego ha destruido, desoladoramente, allí donde la mano del fuego ha puesto oscuridad y luto... Y a pesar de esa muerte, Arenas se reviste de esmeraldas sombras, de olivares y vino, con ese andalucismo de calor y sosiego, con ese misterio atemporal de sus racimos, galante tierra de aguas que se reposan, charcas desde las cumbres, que se remansan en estos parajes de belleza.

Y ese castillo de la Triste Condesa que aún guarda la desolación de una mujer apenada por el fatídico sino del poder y la

fama. Centro de la ciudad, donde se levanta el bronce del santo pobre y caminante, de raíces nervudas, recogido en su interior con la fuerza infinita del espíritu. Y son tantos los rincones que aún perduran en esta ladera de Gredos, la más fértil, la que hace nacer de las entrañas el néctar de los campos, la que ha recibido el beso de los dioses, y son tantos los rincones que aún se levantan junto al perfume de estas riberas de la sierra, en la fertilidad de la roca, en el verde entregado del granito, Arenas de San Pedro, más que arenas, árboles de frondosa sombra en el verano, eterna primavera en el tomillo, sabor a orégano que llena los rincones, esos que aún perviven para el gozo de todos los sentidos, para una paz que se busca en este valle sin contornos, tan sólo perfilado por las crestas de la sierra de inmensidad y luna transparente.

Si hay que verlo para creerlo; lo dicen porque sólo es posible llegar al fondo de su magnetismo y su rara serenidad de sur y sueño, acercándote hasta su misma orilla, atravesando el puerto y llenándote de su luz en cada instante.

EL RASTRO

Un mirador que se asoma a la sierra y al Valle Amblés, al llano y la montaña, al caserío que se pierde y a la nueva ciudad que se extiende, sofocada, a los pies de El Rastro.

Desde este paseo luminoso, casi solana que retiene el sol como un gran coladero de luminosidad y brisa, siempre apacible al lado de la ruda muralla, al lado de la roca que deja de crecer para ser muro y almena, cuando distingues lo más cercano y lo distante con la misma nitidez, con el mismo abrazo de mirada, como si allí se oficiase la fértil grandeza de la tierra y el culto a la tranquilidad en tus pasos posibles.

Algo inocente se perpetúa en el corazón del viento, sobre aquella rutina de niños juguetones, bicicletas que van y vienen, como volando, como los mismos pájaros que se balancean en sus vuelos, o la cigüeña que acude hasta la torre del convento de Gracia. Una campana, desde lejos, musicuea su libre derrota de moneda en la piedra, tintinca, frágil y rauda, como emanando surcos en el aire, mientras las cosas siguen su vivir sin descanso.

Este gran mirador por donde asoma Ávila a la inmensidad, en invierno detiene los fríos y las lluvias, en verano, allá al atardecer, apacigua el calor, apaga con unas manos frescas el sofoco del día y mece, consoladoramente, los árboles poblados.

Este gran mirador por donde late la soltura del campo allanado y distinto, espiga y tierra de barbecho, huerta de fértiles veneros, torres de iglesia y, como un círculo dibujado, la plaza de toros, anillo que se pone la tarde entre sus dedos, se alza en la falda suave, junto al Soto y el río, y Sonsoles, tan diminuta, al final de empinados caminos corona lo visible.

Allí se junta la niñez con un parque tranquilo, con la delgada memoria que se viste de pantalón corto, y se columpian el recuerdo y la infancia en un mismo sesteo de paloma y de fuente. Allí se sientan a conversar cigarrillos primeros y tardes de domingo que tenemos guardadas. Allí se hacinan las horas de novillos en la escuela de entonces, la batalla del tiempo que ahora es igual porque se llena de los mismos sentidos, se construyen idénticos, se renuevan con su cambiante nombre pero, en esencia, todo permanece.

Es el paseo de la charla amistosa, de la vejez que se acompasa en un ir y venir, desde la boca del Grande hasta la puerta de El Rastro, en recta asolanada, en camino de cortos pasos, mientras los pájaros recorren círculos sobre cada cabeza, y otros niños distintos renuevan la inocencia.

Desde este mirador se contempla la llanura y la sierra, la torre y la aldea, la carretera que se va perdiendo sin saberlo, algún camino polvoriento, también nuestra propia mirada que se ha quedado ausente y ha podido gozar, sin darse cuenta, de su propia memoria allí jugando.

GREDOS

Este trono del dios de España, incansable altura y filón de cresterías pulcras, aire de libertad que mece nieves perpetuas y orea soledades imposibles, paisaje transparente de velos y de infinitos manantiales de luz, a chorros de claridad, verde y azul cada camino, cada sendero que atraviesa este macizo de roca y de pinares, de riachuelos y lagunas de esmeralda.

Alta es la vida cuando se mira desde su intensidad, cuando atraviesas sus momentos más íntimos, allá en su corazón de salvaje sin sombras, allá en el fondo de su espesura, soledad que se habita en la grandeza intacta, sin contaminación de la rutina, sin la mano que todo enturbia. Ha de ser necesario mantener esta isla de verdad y de fuerza, donde luchan por seguir perviviendo el águila poderoso y la flor escondida, la música del viento y la rosada nieve en lo más alto, la cabra que es altiva y se pasea por los rincones de la sierra, el caballo, la soledad, el hondo silencio que te envuelve.

Gredos y cada cara de su cuerpo potente y duro, con la rudeza de lo más primitivo, donde siempre es posible caminar hacia arriba, buscar otro más alto horizonte de estrellas, acariciar una mágica nube que está tan cerca que una mano puede tocar sin miedo, rozar la lejanía de su corteza de piedra que una pradera dulcifica, amarilla y violeta, gris y verde, intensamente miel en las mañanas, cuando un sol aparece, tímidamente, para inundar con su fuerza las horas.

Esta sierra del Almanzor que sigue vigilando con su tenue mirada cada instante, que nada le sorprende después de haber soñado tantos siglos los mismos días claros y las mismas tor-

mentas, las neviskas que arropan su cintura, los vientos que despeinan, la incansable soledad sin retorno. Esta sierra con sus entrañas duras, con sus prados de pozas, su laguna sin fondo, su azulada materia que en las tardes de invierno se esfuma de repente.

Mundo de altura desde Guisando a El Tiemblo, desde el Puerto del Pico a Tornavacas, de los tres macizos, donde el Circo de Gredos, corazón de hondo mar. Laguna Grande, seno de la vida que fluye, palpito del secreto interior, mano líquida de impensables caminos, mundo de altura del Ameal de Pablo, Risco Moreno y Cerro de los Huertos, y las Cinco Lagunas donde el mundo es éxtasis en la contemplación de tanta cumbre y tanta belleza sin palabras.

Bien lo supo Unamuno, bien conoció la intensidad de este paisaje, la inmensidad de estos horizontes, el regalo de tanto cielo y tanta paz. El granito y el agua, la dureza y el frío, el Pelayo y el Tormes, bien conoció Unamuno dónde poder llamar, con su agónica voz de hombre que busca, al dios de España que tiene su trono en Gredos.

SONSOLES

Siempre recorreremos el camino, en subida, cansadamente, como quien va hasta el final de un punto que, marcado y conocido, culminó la hazaña, y allí encontramos la arboleda que en su viento refresca, y el agua que sacia, cierta paz incomprensible y un gozoso silencio que sólo los pájaros, quedamente, rompen con sus trinos.

Siempre, todos los abulenses, todos, han puesto sus pasos en la vereda del sendero, peregrinaje de amistad, excursión de adolescentes, solitarios paseantes que han hecho de esa ruta una tradición íntima y muy suya, casi una oración que se transforma en andarines ritmos, en pasos muy veloces. Pocas cosas, pocos lugares, muy pocas rutas tienen una marca tan abulense; el mismo nombre de Sonsoles es una identificación que no necesita ser explicada, conlleva en sí mismo, en su propia naturaleza, un rasgo de identidad evidente.

Y arriba, asomada a la ciudad como en un balcón de tierra y de campos, valle y río, casas que aquí y allá se desparraman, arriba, cuando se ha superado el camino, igual que el obstáculo más arduo, la ermita y sus entornos son vergel de recogimiento y de alma. Ávila aparece diminuta, casi un juguete para la vista, presidiendo en su ronca serenidad la vida entorno, pero callada y muda.

Pasear por el recinto de Sonsoles ofrece a los sentidos una acumulación de recuerdos y emociones íntimas: no hay infancia que no haya sido niño en su campo algún día, y recuerde el lagarto (como siempre decíamos) con un escalofrío de miedo y una temeridad sofocada al saber que estaba muerto. No hay,

posiblemente, adolescencia que no haya caminado, en tarde festiva, hasta la ermita para merendar en sus alrededores, y todavía perdura el olor a cera de la iglesia, aquel luminoso abanico de velas que chispean a un lado; y en medio, alzada en su altar y en su quietud, la Virgen ofreciendo sus dones, esperando los pasos callados de los peregrinos, presidiendo el devocionario cúmulo de oraciones que vuelan, que a veces sólo se dibujan en los labios de las gentes con un movimiento acompasado y suave, sin llegar a ser sonido más allá de sus pechos.

La ermita de Sonsoles es parte del sentimiento colectivo de los abulenses, signo de identidad de un pueblo. Apartada de la ciudad, como guardando en su recinto la memoria del tiempo, esconde el enigma de los anhelos vivos de los hombres, también sus esperanzas, puestas allí, a sus pies, en la soledad del campo, en el apartado rincón donde una Virgen, arropada por la luz de dos soles, mira el valle perdido en infinito.

BONILLA

Los restos aún perduran, pasado el puerto, cuando ha quedado atrás la fuerza de la tierra en su magna altitud, serpenteando en un paisaje de austeridad, al sol pleno, a la plena mirada que divisa la anchura de los prados, roqueros pedregosos, malezas y matojos, hierba seca, calvos oteros, acantilados como en un mar de campo sin orillas, casi perdidos, casi ausentes, bajo un cielo de totales azules y nubes galopantes, muy pequeñas, como bocanadas blancas en la altura, humo o chorro, regato blanquecino, el valle del Corneja, antes de entrar en Bonilla, antes de pisar la plaza solariega que irradia una inquietante sobriedad, un desusado pajareo de movimiento y de quietud, simultáneos, como una lucha incontrolada de ayer y de hoy, donde algún secreto parece que se oculta, receloso, entre la arena, a punto de salir, y se evapora por los pináculos, por los desfiladeros de la piedra en la iglesia más que iglesia, amago de catedral, irrealizable encantamiento, magnitudes desérticas de voces, de griterío, donde nada pueda sonar más alto para no despertar, para dejar dormir a los que pueblan el viento y los silencios.

Bonilla está esperando la carreta que llega, la comitiva que se acerca, a pasos quedos, procesional, cuando es verano y el palacio episcopal ya presto aguarda la llegada, preparados los mínimos cuidados, puesto el pan a cocer, traída el agua de los pozos de cristalinos chorros, limpias las camas y los manteles, esperando los caballos al trote en su última llanura, en el precioso instante que la campana hace notar, repicando indiscreta, repicando festiva, de sonora alegría todo lleno, y ya en la plaza,

con solemne ritual, respetuosamente, descienden de los carros, mientras cada mirada en cada campesino es una admiración que sobrevuela, una reverencial pregunta, un admirable roce que se posa en la figura del obispo como tocando el manto y el rostro muy severo.

Todo es verano y en las largas tardes de calor sofocante se pierde una paloma que se quema en la brisa. Los campos reseca- dos y amarillentos, el sopor de las horas, la siega intermina- ble bajo el sol que chorrea, y en los rincones umbríos de las casas las mujeres conversan mientras cosen.

Por alguna sombra solitaria, el obispo pasea mientras lee en su breviario y, pensativo, parece que musita alguna cosa. Pasa la mano por su frente y recoge una gota muy delicadamente, y hay algo indescriptible que perfuma la tarde y llega a bocana- das desde las eras, en el heno, en los hogares que ya humean, desde cualquier rincón, tal vez alguna fruta que se esparce en los sobrados. Y canta un gallo.

Cuando el sol cae, las agujas desnudas de la iglesia acari- cian suavemente el cielo.

EL BARCO DE ÁVILA

Los lugares tienen múltiples referentes; a veces sucede que las vivencias y los momentos pasados modifican, tamizan esas realidades, y la proximidad, los matices que tantas veces hemos conocido, cambian, inexorablemente, un lugar y los sitúan en otra onda, en otro contexto más subjetivo, sin que sea posible desprenderse de ello para pintar, con la mirada desde lejos, lo que se presenta delante de la vista.

Es entonces, cuando mezclándose sin orden, se agolpan las imágenes, sensoriales y lúcidas, se mezclan los elementos que forman un lugar, porque en ellos hemos dejado parte de nosotros, y lo que menos importa ya es si un castillo poderoso y esbelto se levanta, con medievales suspiros, frente a un río y una sierra, y ese castillo que en duemevela recoge tantos posos de vida, tantos vestigios de historias, ahora es escenario, recuperado, para otras vivencias y otras músicas.

Lo que menos importa es un río que desciende fugaz, pleno, donde las truchas han encontrado su paraíso, y al llegar a El Barco de Ávila se desploman bajo los cantos, se esconden, aún frías desde la sierra, y seguro que sueñan bajo el puente con una paz de estrellas y una ribera florecida. A las orillas, frescor y vergel, los árboles frutales ponen sombra a las tardes de estío, o en la Alameda, muy cercanos del agua, o en las Acacias, al pie de la iglesia esbelta y noble que atesora serenidad y arte perdurable, donde un órgano puede llenar de melodía la rotundidad interior de los muros tan firmes.

Lo que menos importa es ese cielo luminoso y exacto que parece que busca la transparencia, y que un vuelo de palomas,

de cuando en cuando, atraviesa como cercenando el azul, mientras huyen hasta sus nidos altos. O tantos lugares muy cercanos: Tormellas, La Carrera, La Retuerta, Navalguijo, Las Cabezas, El Tremedal, La Horcajada, Navatejares y tantos otros, pequeños parajes de inesperada belleza, a veces sorprendentes, como la altura imponente de El Tremedal desde donde es posible lo absoluto, casi pájaro y luz de intocables horizontes muy claros. Y, atravesando el puente, el Cristo del Caño con su dolor y su triste mirada, en una recoleta ermita que una fuente acompaña, con su rumor, el cauce del Tormes tan cercano.

Pero los lugares pueden convertirse en una acumulación no de plazas y piedras, no de restos gloriosos, no de grandes escenarios naturales, pueden llegar a ser una conjunción de vivencias y de gentes en la plenitud de la naturaleza y sus mensajes, una impresión que queda permanente junto a todos los rincones que sirvieron de guía en ese instante, mucho más que la hermosa verdad de un castillo y un río, de una ermita y un árbol, porque a pesar de tanta paz y tanto cielo, a pesar de todos los lugares que se habitan, un algo misterioso e indescriptible, un respirar sin límite, un vivir que se recuerda siempre, hace mágicas las horas y dibuja de otro modo cada paisaje y cada cosa.

LOS TOROS DE GUISANDO

De duro granito, macizo y fuerte, esculpidos por manos anónimas, esos toros duermen el silencio de siglos con una parsimonia y una quieta serenidad que sobrecogen: diestros en noches en vela, siguen murmurando su desconsuelo grave bajo la luna fría y las estrellas, en aquel descampado donde se asientan en inequívoca provocación, eternamente, sin importarles lo que sucede, lo que acontece a su alrededor todo campo y silencio.

Dura es su carne que soporta la pesada deleitación de los que allí se acercan: niños que sueñan cabalgando en sus lomos desgastados y limpios, que subidos, como dueños de la furia y la fuerza, han pensado en domar la pétrea tozudez de su trapío, el inamovible espíritu de siglos parados en la hierba.

Dura es su carne que soporta golpes de viento como capotes que confunden sus hocicos de miedo. Y también ilusorios, algunos aseguran haberlos escuchado mugir, en las noches claras del verano, con ronco acento de desafío y brusco grito.

Allí están, que si hablar pudieran, mejor que nadie contarían leyendas de lluvia y noche, y aconteceres que marcaron el rumbo de la historia, con sus ojos vacíos, con la hueca desnudez de su mirada, a través de sus ángulos de piedra, misteriosos y rudos, juntos, como en manada, defendiéndose ocultos del desgaste del tiempo, del roce que producen tantos años despiertos, sin poder reconciliarse con la niebla o el agua.

Estos indefensos y cansados habitantes de Castilla, cercados por el frío y compañeros de todos los confines, encerrados en un mutismo que es imposible romper, que nadie sabe ni

conoce, sólo responden con su presencia, con su insólita presencia indescriptible, y como si la vida les hubiera enseñado sus secretos, dando órdenes de no existir más allá de la piedra, ahí continúan lamiendo luz y frío, alimentándose de soledades, pero firmes y eternos, con una gravedad que muchas veces es insolente. Y ante ellos, ante ese esplendor de la piedra esculpida y rotunda, sólo sé pueden imaginar grandes empresas, misteriosos desvelos, imponentes sombras como es imponente su taciturna embriaguez siempre de ausencias.

Lorca escuchó su mugido, como dos siglos hartos de pisar la tierra, la feroz testuz de estos toros casi muerte y casi piedra, cuando Ignacio Sánchez Mejías dejó su vida en la plaza frente a otro bravo de sangre y tarde dolorosa.

Si aquella vez mugieron, si también estos inertes colosos de las sombras proclaman su dolor animal y milenario, es posible que cualquiera los encuentre algún día trotando por los campos, saltando piedras, sudando en un agosto por la llanura amarillenta, sí, muy hartos, de tanto silencio detenido.

LAS NAVAS DEL MARQUÉS

Los pinares perfuman un paisaje verde y fresco. La primera sensación que este lugar transmite al visitante es la calma de un purísimo aire que allí es transparente hasta límites infinitos; la sierra va adentrándose en fríos y en murmullos de árboles, y se va espesando la luz, se va condensando la altura mientras se confirma una voluptuosa paz, un silencio distinto que los bosques conocen, desde la Ciudad Ducal hasta la plaza misma, desde los caminos que se abren hasta el caserío que se aposenta en el descanso y la placidez de estos lugares.

Las Navas del Marqués es parada necesaria, casi un respiro que conocen bien los que buscan la tranquilidad de una paz ansiada, y por esta vida, el paraje se ha poblado de casas, de urbanizaciones y de lugares de recreo, pensados para el disfrute de una naturaleza que regala sus mejores dones. Hay soledades para sentir la armonía de un mundo natural, un ambiente que se puebla de murmullos y de rejuvenecidas palomas, y si el invierno es crudo, si los hielos arrecian, el verano es firme pureza de placeres diáfanos, casi un milagro suave y perdurado. La brisa viene caminando entre los pinos, y salta por sus altas copas verdes, se llega hasta el último rincón y reaparece balanceando su música y su ritmo. Algunas vacas pastan en los prados y los niños juegan en la sombra secreta de los rincones. La iglesia toca su campana en la tarde, rigurosa y maciza de granito calmo, y la vida se reparte por la villa, se acopla a los jardines, se pierde por las calles, recorre los bares que humean frescura, y se llenan todos los lugares de una vida repleta, de una contagiosa algarabía de sonidos y luces. Las Navas del

Marqués tiene el empaque de las ciudades con entidad y personalidad singulares. Lo rústico se mezcla con una distinción señorial, con un sabor distinto, y sus paisajes acompañan y completan esta visión distinguida, este halo diferenciador.

El castillo de Magalia sobresale como el guardián de las horas; en su alto mirador se aparece a los ojos envueltos en una distancia noble, en un sobresalto hermoso. Toda la villa se convierte en envoltorio y abrazo del castillo, parece que desde su sobriedad, desde su embellecida presencia, todo se domina, y todo se deja dominar, en una conjunción pensada y armoniosa, y en esa fusión se identifican todas las cosas, se unen en un mensaje conjunto, dan la dimensión exacta de su grandiosidad. El castillo pudiera ser la memoria que se ha instaurado en todos sus rincones, el corazón de un gran cuerpo que se habita en armonía, que se revive en toda la profundidad de alturas naturales, de la sierra, de los pinares, que dan color al viento que se confunden con la propia naturaleza de cada rincón. Las Navas del Marqués se escalona en peldaños naturales que quisieran ser infinitos, tan altos como una escalera parda y verdosa, mutable y creciente según la luz y el sol se instalan en sus granitos.

Para que los pinares, las aguas y los montes sean paisaje, Las Navas ha resuelto agigantarse tanto que todo es allí una comunicación de color y de olor, de armonía sensual y de tibieza soleada.

EL COLOR DEL FRÍO

Se presenta a los ojos sin el nacer de la vida, pero tiene el color secreto de su desnudez, el color secreto de su nostalgia. Fue cayendo al vacío del invierno, como en una posesión que acapara todos sus resortes, y al encontrar ese cauce, al disfrazarse de esa sórdida severidad, el invierno espera en el vacío de sus rigideces esperanzadas. Porque es necesario para volver a colmar sus copas y sus ramas, ahora el color es la tierra tal y como se apresura a nacer, en el puro seno de sus materiales desgastados, en una tonalidad que aprieta la presencia del hueco en sus entrañas. Estéril invierno de flores grises, de rostro gris, de mudo lenguaje que se apelmaza en los campos, yermos y soleados de verdura inocente, en los retazos que se vierten en sus surcos secanos, en sus aguas de acequias invernales, hijas de la lluvia, frías.

El color del frío se derrama en los rostros de los pastores, en los tejados blanquirrojos, en los yerbajos que se esparcen en los caminos, como olvidados o derramados sin ganas, en las cunetas, secas, sin olor, bajo las inclemencias de cada hora. Y es el color de los rostros curtidos de los campesinos, golpeados por el frío, en la madrugada, cuando escapan a sus trabajos en los pueblos de Castilla, o cuando regresan con el ganado, envueltos en toda la frialdad del atardecer. Color lleva el nogal desnudo que vio sus ramas repletas del fruto, o esa palidez que le nace al pino, verde pero con ráfagas de oro, y sin rosas el jardín vacío o los balcones que llevan colgados sus geranios entristecidos y mustios. El color del frío, que aparece insípido como un agua estancada que perdió sus transparencias, lejano

en la sierra granítica, en el acantilado de los ríos que rebrotados bajan con sus aguas nuevas, resbalando, entre el hielo y la mano del nevero más alto, en el corazón de la espesura. Marrones y ocre lleva su perfil el viento y sus brotes inocentes, y va dejándose caer en la ciudad como si la tristeza tuviera ese color, a modo de ternura en las cosas, con la desolación de sus palabras en el aire, a gritos si se hace ventisca o torbellino. Los ojos del invierno, con los que mira el frío su color en el tiempo, con el quieto pasar de sus azules en lo alto, cuando van retornando, cada vez más tempranas, las cigüeñas, a las torres de calmado granito, al lugar donde siempre se retorna con los vuelos de vuelta. Toma color verde de los parques tranquilos, sin otra sonoridad que alguna rama en movimiento, color del frío apisionado en sus bancos de piedras donde a las horas de sol tibio se acercan los ancianos a dejarse bañar por su cálida mano. Algún niño juega poniendo al frío un color de torpeza y de infancia sonora, pero es el transparente color de la ciudad, la cortina que se descorre en las primeras horas como un velo fino sobre todo el color más exacto, donde se pinta sus márgenes el día donde se escribe su claro mensaje de hielo pasajero, donde se aprieta su destreza suave sin límites ni orillas.

Se pone la aureola mustia cada camino, en la torpeza de lo bello y de lo más indefenso, y se acompasa la brevedad de las horas en un color de frío y una caricia de enero, la que penetra el lírico silencio de las calles, el que sobrevuela las plazas, y en el Mercado Grande se agolpan los colores abrigando los cuerpos, envueltos en la ropa que es del frío su piel como una imposición más de sus yugos. El color del frío pone en la catedral una pálida aureola de tiempo retenido, y la Muralla se hace más gris, más enfundada en su intemperie, más desordenadamente cintura de piedra en el vetusto color de cada instante.

SOLANA DE ÁVILA

Los pueblos se identifican por su emplazamiento, por el lugar que ocupan: son la sombra de su propia existencia, la que se crece en su naturaleza, la que se configura en lo que la conforma. Casi viene a descifrar el misterio de su vivir, la impresión que provoca, y en ese juego de identidad, los lugares tienen una cara oculta, un destino íntimo y una visibilidad interior.

Gredos da fuerza a esta solana que se hace a sí misma con el temblor de su cotidianidad, donde el tiempo se refugia para detenerse, con calma pudor, y sea sentir en todas las fuerzas que pone para mirar la sierra, al sol y al aire crecida, como fugacidad de un instante o como altura reclamada. Es esa conjunción de los misterios que en los pueblos de Castilla hace surgir de lo pequeño todo un poder sugerente, toda una vitalidad fugaz. Solana de Ávila se hace senda de sierra, camino de espesuras, riscos y árboles que se enmarcan en toda una comarca presidida por la austeridad de la belleza, esa que hace de lo elemental todo un signo, y donde las cosas esenciales se presentan en su pureza primera, en su original estado.

Todo lo puede el poder de la naturaleza; eso y sólo eso, pero suficiente. En esa plenitud se esconde un riachuelo, una penumbra de frutales, un campo esperando surco y semilla, y la imponente grandiosidad de las alturas que lo dominan todo como si nada escapase de su presencia gigantesca. Allí se domina la espléndida manada de la piedra vertical y acechante, en su gris y verde culminación, en su azul sin retorno sobre las gradas de la mañana. Mecido como en los sueños de la tierra, al sol porque se orienta para encenderse de esa luminosidad que todo

lo alumbra, acrecida en medio de un paraje de soledad y de silencio, esta Solana de Gredos, habitual de la luz de la misma manera que tiene por compañía la nieve cuando asoma por los picos, y se para a perpetuarse cerca y muy lejos, agua remansada, para luego descender hasta las lagunas o las fuentes, hasta los pozos de transparencia, hasta los frutos de las huertas, cuando una brizna de sol viene a florecerlo todo. Invierno crudo en la Solana como toda esta tierra que conoce rigores, y se humean las bocanadas que surgen de los hogares y los fuegos. Queda la quietud de este misterio solitario, porque cuando se acerca el estío, cuando el sol se rompe contra el paisaje, revive, se alza de su minúsculo mutismo y algo se despierta desde su sangretierra, savia, y aviva el vuelo cada instante, todo se eleva y un vendaval de vida, un movimiento desconocido se inclina hasta la entraña, y todo fluye veloz, todo se manifiesta hasta el vivir; la sierra ampara sus corrientes de furia, las aguas dejan sus caminos de plata, y se instaura la resurrección del color, el precipicio de los días. Solana reaparece de su sueño como si algo desconocido irrumpiera en la frescura, es entonces cuando se baña, más que nunca, de lejanías y de horizontes altos, cuando se predispone a la magnitud de las aves que vuelven, y el revivir todo lo puebla hasta impregnarse de matices infinitos.

Como el árbol repleto de sus frutos, la tierra se adueña de caminos abiertos, y se transita hasta sus lindes y más allá, donde es sierra de sorprendentes perfiles sinuosos, mientras queda recoleta la plaza, las calles que aún conservan el olor de los pueblos, y el ganado que se va lentamente hasta los prados, y todo está encendido al sol, solana suave, con cada mínima cosa que este momento deja escrito en las abiertas páginas del viento.

OTOÑO

Ya otra luz campea en la mañana: suave su reflejo en la piedra, y débil la golpea con el rayo que se aposenta en la firmeza atemporal de su carne; al colarse en la primera presencia de la vida que vuelve, algún frescor de ramas y de copas se adueña de las horas y las reviste con lentitud, casi mimándolas, con la perentoria soledad de las hojas que se van dejando arrastrar sin hacer ruido, sólo como manada anaranjada de tibieza, como nervio de lentitud, al unísono con el ebrio silencio.

Es el otoño que fue dando sus pasos sin ser notado nunca, que se adueñó de los paisajes como imponiendo su presencia y se quedó en la memoria de la rama, en el pétalo último, en la ribera de los ríos, en el verde de las praderas o el pinar escondido de la sierra; rito de otoño, y en Ávila una ventana al color, en su deuda con la belleza, en el caduco sesteo con la brisa, después de haber emigrado hasta el instante en que se comienza la destrucción sin tregua que el invierno hará suya.

Gredos sabrá de otoño en sus sendas de agua, en sus alturas de fiebre, al borde de su celeste sintonía, hasta copar de grises, de oro claro, de ceniza y vetusta coraza el insomnio del viento, donde es más alto el mundo de la roca que vive, que también late con sonoro silbido, sabrá del otoño que lo viste todo desvistiendo, lo amasa todo después de la desnuda mano que se ciñe.

El otoño que se detiene cuando sabe que el tiempo de volar se desentraña de los abismos de las alas, en el vendaval de la memoria, en el sagrado recinto de la fruta, allí donde la uva se madura para el vino, para el altar de Baco, siempre en otoño,

después del sol, después de las olas y los calores rigurosos, sus velos llegan tapando, sin sentirlo, el rostro de los árboles.

Ávila se dispone en el otoño a sorber con toda pasión los restos que la luz deja en cada cosa como secando sus vestigios, sobre el pellejo de los tejados, en los jardines de San Roque y San Vicente, en la espesura de San Antonio, concentrada en el Parador, bajo los pinos y en los abetos delicados junto a los sauces que ya no lloran sino que esperan su caduca renovación de altura y manto. En los cipreses tristes que señorean su punzón de afilada melancolía todo el verde de la ciudad y el musgo de los años que recubre el granito, que tapa con sus costras los siglos allí acumulados. Y lo más vivo del otoño, la plácida calma de la ciudad, el celofán secreto de su atmósfera acogido en sus instantes, escondido en las sombras, relajado en las noches calmas y, cuando llegue la plenitud, la fina lluvia regará las horas hasta cubrirlas de un salpicado llanto de tristeza.

La fuente, aquel rincón, la fachada rigurosa de un palacio, el nervudo tronco de los robles, la suavidad del Adaja que se almena de sombras, y siempre la muralla escapando a todos los vientos que la acechan, refugiándose en lo imposible, en la gracia ingenua de la silueta que contonea el caserío. Es el otoño y bienvenido sea el ocaso de las horas que se cubren de su destierro pasajero.

INDICE

	<u>Página</u>
PERSONAS	9
El obispo blanco.....	11
M. del Valle.....	13
Otro Platero.....	15
Teresa y Bernini.....	17
Cazadores.....	19
Lorca y Ávila.....	21
Manos.....	23
Somoza.....	25
El castaño.....	27
G. Caprotti.....	29
La huida.....	31
Bruja.....	33
Juan de Yepes.....	35
Eulogio Florentino Sanz.....	37
Sánchez Merino.....	39
D. Baldomero.....	41
López Mezquita.....	43
Tomás Luis de Victoria.....	45
S. Retana.....	47
El guardián del valle.....	49
Santayana.....	51
Don Claudio.....	53
D. Alfonso Querejazu.....	55
Búho real.....	57
Unamuno y Ávila.....	59
Luis Mazzantini.....	61
E. López Berrón.....	63
A. Oteiza y Ávila.....	65

M. Zambrano y San Juan de la Cruz	67
El maestro	69
LUGARES	71
La primavera	73
El Palacio Ducal	75
La sombra del ciprés	77
El Teatro Principal	79
El verano	81
Puertas de Ávila	83
La estación de trenes	85
La feria	87
Vestigios	89
Molinos	91
La vieja casa	93
La biblioteca	95
Ávila mágica	97
Rosas	99
La hora de nadie	101
La casa de los Nebreda	103
Fuente de la Alpargata	105
Vidrieras	107
Agua	109
Espadañas	111
Barro	113
San Vicente	115
Luz de mañana	117
El templete	119
Nieve	121
Memoria del tiempo	123
El espantapájaros	125
Luz de noche	127
La luna	129
Pepillo	131
La vida retirada	133
El tiempo	135
Extraña nieve	137
Las nubes	139
Cuevas del Águila	141
PAISAJES	143
La Moraña	145
El Soto	147

Arévalo	149
Candeleda	151
Madrigal de las Altas Torres	153
Monte negro	155
Serranillos	157
Tiempo de espigas	159
Bohoyo	161
La recolecta	163
La vendimia	165
Paisaje interior	167
El Tremedal	169
Pastoreo	171
Monsagro	173
Quietud amurallada	175
Panorámica	177
La tormenta	179
El Valle Amblés	181
Cuatro Postes	183
Arenas de San Pedro	185
El Rastro	187
Gredos	189
Sonsoles	191
Bonilla	193
El Barco de Ávila	195
Toros de Guisando	197
Las Navas del Marqués	199
El olor del frío	201
Solana de Ávila	203
Otoño	205

 Institución Gran Duque de Alba

SERIE MINOR

1. Carmelitas Descalzas de Duruelo (Ávila)
EL LUGARCILLO DE DURUELO
2. Eduardo Ruiz-Ayúcar
EL ALCALDE RONQUILLO
3. Emilio Rodríguez Almeida
**EL CÁLIZ DE SAN SEGUNDO
DE LA CATEDRAL DE ÁVILA**
4. Diego Martín Peñas, Alberto Sáez Gordo,
Francisco Javier Luis Jiménez
SAN BARTOLOMÉ DE PINARES
5. Jacinto Herrero Esteban
ÁVILA EN EL '98
6. José María Muñoz Quirós
EN ÁVILA MIS OJOS

